FRAY MOCHO



"El paseo por el bosque"

N.° 738



BELLEZAS DE CINE



Faire Binney



Ossi Oswalda



Edith Roberts



FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 15 de junio de 1926 — N.° 738

DORA

Por Belisario Roldán



I

Pero amas o no amas a tu mujercita? ¡Vamos a ver!

Miguel Angel Derval recibió la pregunta de su camarada, en el saloncillo del club lleno de humo de cigarros, con un gesto de sorpresa. ¿Cómo no había de amar él a su mujercita, la dulce Dora, toda bondad y ternura? ¿Es que habían podido suponer lo contrario? Verdad es, que la engañaba todos los días amando a otras; pero... ¿y qué? ¿No está resuelto desde los tiempos de los congresos provenzales, donde se discutieron gravemente estas cosas, que se puede estar enamorado a la vez de varias hijas de Eva?

Su verba pintoresca de hombre de mundo discurrió largamente sobre el tema; y agravando el tono a medida que avanzaba en la disquisición, concluyó por decir cosas graves y bellas, muy dignas de su prestigio de varón doctorado en la gaya ciencia del amor.

Poseía desde luego este Miguel Angel Derval, la elegancia sin afectación que tanto place a las mujeres, y esa "distinción de la palidez" de que habló Groussac algún día refiriéndose a la prosa de Alberdi. Era alto, delgado, flexible. Sus ojos, grávidos de penetración, relampagueaban en su rostro mate; y el cabello, ya un poco tentado de agrisarse, dejaba ver, echado hacia atrás, una brava frente varonil. Su vida, toda su vida, no había sido otra cosa que una incursión a los dominios de Venus. La existencia no tenía para él otra finalidad que esa: la mujer. Se le antojaba que la juventud masculina no debía llenarse sino de amor; y la vejez, la inevitable vejez, de los recuerdos del amor... Y así, amando primero y añorando después, era como debía describirse la parábola eterna que empieza en la cuna y que acaba en la sombra. Heredero de unas rentas que conservaba, no había tenido que rendir el tributo de preocupaciones mayores a la parte prosaica de la vida; y si no fuese porque su salud languidecía a todas luces en aquella curva de los cuarenta años que a la sazón doblaba, habría podido hacerse la ilusión de que estaba muy lejos todavía la hora de los recuerdos...

Por lo demás, era necesario admitir que Miguel Angel Derval había logrado ser, con todo, el más cariñoso de los maridos. Dora, la dulce Dora, no podía quejarse. Sus celos habían pasado, es cierto, por todas las gamas. Al principio cuando hubo de comprobar las primeras infidelidades, sintió formidables impulsos de rebelión y hasta la idea de la venganza se anidó alguna vez, bien que fugitivamente, en su cabecita de veinticinco años; pero el amor que le inspiraba Miguel Angel, un amor sin límites, de esos que no discuten ni razonan sino hasta por ahí, había concluído por sumergirla en una especie de dulce esclavitud. Todo lo aceptaba con tal de verlo feliz. La salud de aquel hombre constituía por ahora su preocupación más viva. No ignoraba que él hacía poco de su parte para conservarla y no le eran desconocidas ni mucho menos las aventuras galantes que lo absorbían por completo. Sus esbozos de protesta habían ido siendo cada vez menos frecuentes; y colocada ya en el camino de la resignación, había terminado por aceptar su destino de musa pasiva, casi como una enfermera de aquel Don Juan pálido y sonriente a quien habría sido imposible dejar de amar ni convertir en otra cosa...

CARICATURAS DE SANGUINETTI



Señor Eugenio Santos Tavares, nuevo ministro de Portugal en la República Argentina.

La sumisión había llegado a adquirir aspectos inverosímiles. Dora seguía, a través de informaciones fáciles de adquirir, los procesos amatorios de su marido; y le leía en los ojos — cosa extraña — la marcha de los procesos... Cuando Miguel Angel se mostraba sonriente y más amable aún que de costumbre, era que su galanteo actual marchaba bien; cuando, por el contrario, regresaba de la calle displicente y malhumorado y dejaba caer sin entusiasmo el sombrero sobre el primer sofá que tropezaba... era que el negocio no marchaba.

Mil veces se había preguntado a sí misma si semejante acatamiento no era incompatible hasta con su moralidad elemental de mujer honesta, y mil veces había intentado desasirse de esa resignación excesiva; pero siempre había concluído por retornar al punto de partida y caer de nuevo en la sumisión inevitable.

—Lo amo demasiado—solía decirse—y esto es todo... ¡Si no lo amase tanto!

Sufría, ya, sin decirlo, sufría mucho la suave y bella Dora. Sus ojos, de un azul celeste, habían recogido en lo más profundo el reflejo de ese color y estaban suavizados todavía más por la angustia íntima. Las cordialidades de su marido, siempre amable para ella, encendían en la curva deliciosa de sus labios una sonrisa que resultaba más bien una expresión de amargura recóndita; era un gesto dulce que temblaba en su boca como una flor marchita que fuese a caer del tallo...

Un pudor explicable habíala inducido a alejarse de sus amigas casi por completo.

—Vivo para él—se decía con frecuencia—para él y para el dolor...

II

Dos meses largos iban corridos desde que Miguel Angel había iniciado un "flirt" trascendental. La dama de sus sueños era ahora María Elena, la joven viuda de Céspedes, linda hasta lo inverosímil y amiga, a mayor abundamiento, de la pobre Dora. La intentona era atrevida de parte del galán, sin duda alguna. No estaba María Elena catalogada entre las mujeres fáciles y era evidente que el conquistador iba a habérselas con una fortaleza bien artillada. Así lo había comprendido él mismo.

—Es mi última aventura—había dicho a uno de sus íntimos.

Luego había añadido:

—Después, me cortaré la coleta. Yo necesito cerrar mi juventud con un triunfo sonado. Esta María Elena me gustó siempre, desde an-



tes de su casamiento con Céspedes. Y será mía, pese a quien pese...

María Elena — "La viudita", como la llamaban todos cariñosamente — no ignoraba, por su parte, los peligros a que estaba expuesta su reputación en presencia del galanteo susodicho. No era Miguel Angel de los que retroceden con facilidad, y harto se daba cuenta la muy apetitosa de que la batalla iba a ser decisiva. Frisaba en los treinta años y su hermosura, una hermosura de corte un poco indiano, estaba, sin disputa, marcando el momento principal. La tez morena había adquirido esa suavidad sedosa que se diría el coronamiento de la primavera carnal; los ojos, de un negro profundo, sugestionaban ahora más que nunca, y todo el porte se había impregnado de cierto imperio indefinible que parecía traducir la conciencia del propio dominio sobre los hombres. Aspiraba vagamente a un segundo enlace; pero lo que en realidad le llenaba el alma era un impetuoso afán de amor...

Su amistad con Dora databa de mucho tiempo atrás. Habían sido amigas de solteras, se habían frecuentado mucho de casadas, y ahora, después de la muerte de Céspedes, había más de un motivo para no dejar que se enfriase la vieja vinculación.

...Y he aquí a Dora asistiendo desde el fondo de su angustiada resignación, al nuevo romance de su marido. ¿Caería la viudita? ¿Triunfaría una vez más el Tenorio de siempre? ¿Le reservaban los hados esa nueva espina para su corona?

Los primeros tiempos no parecieron propicios al festejante. Como siempre, ella seguía en los ojos del propio interesado la marcha del episodio. Lo notaba triste, triste... Cierta vez que recogía en su seno algunos suspiros melancólicos de su marido, avanzó hacia él una interrogación casi trémula:

—¿Te va mal?

—¡Mal!

Y siguió mirándolo todos los días al fondo de los ojos, estudiándole los gestos, escrutándole el alma y duplicando, además, sus cuidados de enfermera, pues que para mayor complicación de las cosas, la salud de Miguel Angel decaía visiblemente.

María Elena escatimaba ya un tanto sus visitas a la casa de Dora. Iba sólo de cuando en cuando, siempre apurada, como si le resultase violento el encuentro. Las dos mujeres no se miraban de frente y hablaban poco entre sí, acaso porque tenían demasiado que decirse.

Y fué un día de junio, al caer de una tarde nebulosa y helada, cuando Dora—no lo olvidaría nunca—"leyó" en los ojos de su marido la noticia de la victoria. ¡La viudita había, pues, caído! A partir de aquel momento el rostro de Miguel Angel recobró su vivacidad habitual, recomenzó a ser más tierno con su mujer, y hasta su salud recogió los beneficios inmediatos de su estado espiritual... María Elena dejó de visitar a su amiga de otros tiempos y el invierno rodó sobre el nuevo idilio, mientras ella, en la penumbra de su salita íntima, a solas con la amargura, escondía su llanto de todos los días.

Cuando Miguel Angel regresaba de la calle, ya entrada la noche, anunciaba su presencia en el "hall" el eco jovial de su canción favorita que tarareaba invariablemente su buen humor. Ella, entonces, serenaba el rostro, procuraba alejar del rostro los últimos vestigios del llanto y se adelantaba a recibirlo. Tan visible era en él la mejoría de la salud y tan evidente el cambio favorable, que la desconcertada señora empezó a pensar si eran solamente expresiones de odio lo que debía inspirarle María Elena... El Don Juan vencedor trasudaba felicidad, operaba como un reactivo milagroso sobre su sistema fisiológico, a tal extremo que cuando el médico, satisfecho de sus remedios, los elogiaba en presencia del paciente, él y ella se miraban como si comprendiesen el uno y el otro que la panacea salvadora no era, en este caso, de las que provienen de la farmacia...

—Estoy más allá del amor—había pensado Dora una vez; y esta frase, glosa de otra que había leído por ahí, le repiqueteaba constantemente en el oído. ¡Más allá del amor, más allá del amor! ¿No sería así, en efecto? ¿No sería su pasión por aquel hombre, su acatamiento enfermizo, su esclavitud sonriente, una monstruosidad que salvaba los límites conocidos de la pasión eterna? ¡Qué hacer, de todas maneras! Hacía rato que se conocía a sí misma y había abandonado por inútiles las protestas y las tentativas de alzamiento.

...Lo seguía con los ojos de la imaginación hasta la alcoba tibia donde se encontraba con la otra; adivinaba el cuadro, las palabras, los suspiros, oía los besos... Era entonces cuando su alma se agitaba en crispaciones indescriptibles; y era a raíz de esas crisis cuando el dolor le desvanecía en lágrimas lentas, profundas, silenciosas, como esas lluvias de invierno que parecen destinadas a no concluir jamás...

III

Promediaba el mes de agosto, fecundo en neumonías, cuando Miguel Angel cayó enfermo gravemente. Los médicos se habían creído en el deber de alarmarse; y helo aquí en el lecho, afilado el rostro, más largas que de costumbre las barbas y desgreñado el cabello. Respiraba con dificultad, y el brillo de sus ojos se iba, se iba... A su lado ¿para qué decirlo?, palpitaba Dora, vibrante de ternura, insomne y heroica, más enamorada que nunca de aquel esplendor en desvanecimiento. Ante las primeras manifestaciones del mal habíalo olvidado todo. Sólo el amor quedaba en el fondo de su alma, titilando como única luz en su tiniebla, a la manera de una lámpara votiva ardiendo en la noche de una iglesia. Ya no recordaba los celos, ni el dolor, ni la angustia de otros días; ahora no estaba sino él, en el fondo de su esperanza palpitante, él que se le antojaba perfecto y cuya palidez avanzaba por momentos hasta confundirse con la blancura de los almohadones, donde se apoyaba su cabellera romántica de pecador del año treinta.

—Perdón—le dijo una noche, a altas horas, bajo la fiebre.

—¿Perdón? ¿Y por qué?

—Por todo lo que te he hecho sufrir...

Ella lo besó en la frente, le alisó el cabello, lo cubrió de llanto y de amor. Otra noche angustiosa—llevaban ya muchas así—él le tomó una mano y la miró profundamente con una mirada de enfermo en la que palpitaba una súplica desconcertante.

—¿Querrías?—le dijo.

Dora había comprendido.

—Sí—contestó.

Y a la mañana del día siguiente, María Elena, invitada a venir, anunció su prencia en la casa. Ella la recibió sin mirarla, le indicó el camino con un gesto, la acompañó hasta la alcoba. En la media luz del cuarto del enfermo, las tres criaturas temblaron en silencio; y cuando la visita se alejó, sin alzar los párpados e inclinándose levemente ante la dueña legítima de aquel moribundo, Dora sintió que acababa de rendir el último tributo de su amor atormentado al hombre de su vida. Después, volvió a su sitio y continuó velando.

Aquello terminó al amanecer de un viernes. El alba, insinuándose en los cristales, pareció como preceder a la muerte. Vino sin ruidos, casi dulcemente. Fué una quietud repentina que imprimió su albura de mármol al rostro de líneas graves y finas. En el paroxismo del dolor, ella se abrazó al cadáver y fué preciso sacarla de allí a viva fuerza, como quien consumase un desgarramiento separando entre sí dos partes de un mismo todo... Después el viejo cuadro sin cesar repetido y siempre nuevo, la mortaja, las luces pálidas, el gran silencio, la plegaria, el adiós.

. . . .

¡Más allá del amor, más allá del amor! ¿Era, pues, también que seguiría amando Dora más allá de la muerte? Su vida quedó suspensa del recuerdo como una lámpara encendida del aceite piadoso que la alimenta. Vivía de espaldas al futuro y de cara al pasado donde estaba él. Y como la Intrusa suaviza el rostro de los que mueren, habíanse esta vez dulcificado para ella hasta lo indecible los rasgos morales del muerto. Sólo añoraba las horas dulces, los buenos gestos, los primeros meses del matrimonio, las rosas del camino... Cierta vez que llegaba a la tumba con su ramo de flores de todos los días, vió a otra mujer que se alejaba cediéndole el sitio: era María Elena aquella otra mujer. La vió perderse entre la arboleda, como una sombra; entonces pensó en su viejo dolor. ¿Odio? No...; no lo sentía; era preciso confesárselo a sí misma. Sabía que su rival había llorado y sufría; y aquella solidaridad con su luto la obligaba a prolongar en la muerte del amado la resignación silenciosa y oscura que la subyugara durante la vida. Ahora, como antes, acataba el vínculo inconfesable y se inclinaba ante él. Era su destino. ¡Más allá del amor, más allá del amor!

Y así como su angustia anterior se desvanecía en lágrimas, esta de ahora encontraba su válvula en la plegaria. Rezaba con fervor desconocido, casi vehementemente. Fué entonces que la única persona de su familia que vivía aún—su hermano Enrique—regresó de Europa, atraído por el duelo y un poco también por las noticias que le habían llegado sobre el estado moral de su hermana. Era un hombre de treinta y dos años, inteligente y vívido. El abrazo de llegada reabrió todavía más la herida de Dora y él necesitó de pocos esfuerzos para enterarse en Buenos Aires de la verdad plena: su hermana había sido una pobre víctima de aquel profesional del amor, si así puede decirse; su vida matrimonial había sido un martirio constante y era preciso atribuir a una desorientación espiritual el excesivo dolor que demostraba todavía. Nada le quedó por averiguar respecto del pasado inmediato de su difunto cuñado, sin excluir el último romance, harto conocido, por lo demás, en todas partes.

Le pareció que la mejor manera de serenar a la viuda inconsolable era destruir el ídolo; y no fué poca su sorpresa cuando comprobó que nada nuevo podía contar sobre el asunto a su hermana y que ella lo había amado en la vida y lo seguía amando en la muerte tal como era él, con su donjuanismo ingénito y sus infidelidades un tanto impúdicas. Mayor aún fué su sorpresa al percatarse del sentimiento extraño que María Elena inspiraba a Dora. Y sus revelaciones sobre este particular no corrieron la misma suerte que las otras. Por el contrario, Dora las oyó con un asombro indescriptible. María Elena no había amado jamás a Miguel Angel. Su caída distaba mucho de ser la primera; y durante el pretendido idilio, la amante había engañado a su vez a aquel conquistador en descenso, a cuyos ruegos había cedido

LA EMBAJADORA

Yo soy poeta;
mas soy abuelo también, sabedlo;
tengo una nieta.

Es una nieta que mama y llora
y a la que llamo
"La Embajadora".

Esta mañana, muy tempranito,
"La Embajadora" vino del Cielo,
y una embajada trae de su abuela
para su abuelo.....

"La abuela — dice — venir quisiera,
pero no puede
Y allí os espera".....

¡Yo soy abuelo!.....
¡pero estoy triste sin la abuelita
que está en el Cielo!

VICENTE MEDINA.

¡Y ASÍ ES LA COSA!, por Rojas



—Me parece, don Hipólito, que con estos viajes de propaganda se prepara usted para ceñirse de nuevo la banda presidencial.
—Si me va tan bien como en Entre Ríos, creo que, en vez de la banda presidencial me voy a tener que conformar con oír la banda municipal.

—¡Que linda Florida, los domingos por la noche, con la exposición dominical! La música, los vendedores, las vidrieras...
—A mí me agrada mucho, porque me recuerda las retretas de Calamuchita.

—¿Son músicos Duggan y Olivero, mamá?
—¿Por qué lo preguntas?
—Porque en todos los puntos por donde pasan, quieren que toquen.

—Por un número no me ha tocado una de las casas baratas que ha rifado la Municipalidad.
—¿Qué número tenías?
—Yo tenía el 6662 y lo ha tocado a uno que vive en Rivadavia 6663.

más por viciosa que por enamorada. Por lo demás, ahora daba muchas fiestas en su casa, que tenía, desde luego, la más equívoca de las reputaciones...

No advirtió Enrique, seguramente, la impresión que acababan de producir sus palabras y se alejó de su hermana con ánimo de volver al día siguiente y proseguir en la tarea de emanciparla un poco de los recuerdos. Esas palabras habían tenido, sin embargo, la virtud de estremecer hasta lo más profundo el alma de la viuda inconsolable. ¿Cómo? ¿María Elena no era lo que ella había imaginado? ¿No se trataba de una virtud caída por obra y gracia de los encantos irresistibles del que fué su marido, sino de una viciosa vulgar? ¿Aquella solidaridad póstuma, con su dolor era, pues, una farsa? ¿Se había mofado del muerto, engañándolo vilmente en las últimas explosiones de su donjuanismo? ¡Y ella que había llevado su tolerancia, su acatamiento, su complicidad, hasta profanar la alcoba del moribundo con la presencia de la ramera miserable!

Sintió que un impulso extraño agitaba sus nervios, distendidos de súbito en una crispación inaudita y le pareció que todo, todo, se oscurecía en torno de su angustia.

Meditación sobre la muerte

Nos rodea en el vacío y silencioso espacio la sombra de los misterios. Pero bendigámosla, porque no veríamos sin ella las luminosas ideas, como sin la noche no veríamos los astros innumerables. Quien trate de conocer el misterio por la razón pura, y no por la fe religiosa, parécese a quien quisiera conocer las estrellas por el tacto y no por la vista. Del sepulcro no volverá nadie, jamás, pero en el sepulcro se avivan las esperanzas en nuestra segura inmortalidad. Somos los hombres como los árboles, que por sus raíces absorben el estiércol de la tierra y por sus hojas el éter de los cielos. El ataúd que mirado desde nuestra vida hiede, pues únicamente guarda podre y gusanos, mirado desde la eterna vida futura, es como cuna henchida de flores y rodeada de ángeles. Por eso asisto yo a los entierros con esperanza y a las bodas con tristeza, porque si el amor engendra siempre mortales, engendra la muerte siempre inmortales.. Y los más dignos de la inmortalidad bienaventurada, los predilectos del Eterno, son los mártires.

EMILIO CASTELAR.

IV

Dos horas después de esta conversación, la señora viuda de Céspedes, en su petit-hotel de la calle Esmeralda, acababa de bajar de sus habitaciones, ataviada de gala, para recibir a unos amigos a quienes esperaba a comer. Vestía de blanco y su belleza indiana relampagueaba de madurez. Hallábase sentada en un diván violeta sobre cuyo fondo esplendía la nitidez estatuaria de sus líneas, y arrojaba en ese momento al cenicero los restos de un cigarrillo perfumado. En el fondo de sus ojos, la fatiga había empezado a imprimir el destello profundo de los lagos de la noche. Sobre el escote bruno temblaba una constelación de perlas. Sonreía...

—¡Dora!

Dora era, en efecto. Toda la cólera de sus años de martirio había estallado súbitamente en su alma misteriosa. Así los fuegos subterráneos por la cresta de los volcanes. Chispeaban sus ojos como dos llamaradas de ultratumba. Quiso hablar y sólo le fué dado gruñir algún monosílabo incomprensible. Y mientras María Elena, trémula de espanto, se ponía de pie, la enlutada se apoderaba de un puñal antiguo que brillaba sobre una mesa y lo hundía dos veces en el pecho de su enemiga, hasta el puño, implacablemente.



EL UNICO AMOR

Por Jean Boucher

Con un paquete debajo del brazo, Juan Vélez salió del remate. La tarde anterior, no sabiendo qué hacer y en vista de la lluvia menuda que caía, se había metido allí a pasar el rato. Ya estaba terminando el remate cuando vino a dar a sus manos un cuadro que el rematador había hecho circular entre el público para que pudiera apreciar más de cerca su valor artístico. Era una pintura sobria, de pintor desconocido. Un retrato de mujer joven y hermosa que se tasaba en cien pesos.

—Ciento diez—gritó Vélez para darse aires de entendido y seguro de que inmediatamente subirían su oferta nuevos postores. Pero el rematador estuvo inútilmente gritando: "Ciento diez, ciento diez", por espacio de un cuarto de hora y nadie mejoró la suma, por lo cual terminó dando el clásico golpe de martillo y adjudicándoselo a Vélez. Y de retirar su cuadro salía aquella tarde.

"Puede ser que haya hecho una buena compra" — se iba diciendo por el camino.

Cuando llegó a su pequeño departamento, donde vivía solo con una vieja criada, no tardó en encontrarle sitio, porque las paredes estaban bastante desamparadas. Lo colgó en una del comedor. Poco a poco fué notando, que el retrato decía muy bien en aquel sitio y que experimentaba una intensa satisfacción al contemplarlo durante la comida y especialmente cuando terminada ésta se sentaba en un sillón a tomar el café y fumarse un cigarro antes de regresar a la oficina. Los sábados, que al cigarrillo y al café agregaba una pequeña siesta, cerraba los ojos contemplando el retrato y los abría encontrándose con el rostro de la hermosa y atrayente desconocida. No había vez que pasase por el comedor, y tenía que pasar a la fuerza lo mismo para dirigirse a su alcoba que para salir a la calle, que no le dirigiese una mirada.

Vélez era un hombre de mediana edad, soltero, empleado en una repartición del Estado, y de carácter tan tímido y retraído que no había tenido jamás una aventura de amor. Ni siquiera participaba en las conversaciones alegres de sus compañeros de oficina.

Una tarde, al regresar a su casa, se encontró en la esquina un vendedor de flores, y como si fuera una de sus costumbres habituales, compró un gran ramo de violetas y lo colocó en un florero debajo del retrato. Poco después entraba Portas, su más íntimo amigo de la oficina, a quien había convidado a comer unos tallarines hechos por la vieja Anneta, que, como buena napolitana, no tenía rival preparándolos.

—¡Qué callado te lo tenías! —exclamó, apenas se fijó en el retrato, que fué inmediatamente, porque sobre no haber ningún otro cuadro en la pared, las flores frescas y perfumadas atraían hacia él la atención más distraída.

—Alguna amiguita, ¿eh? — insistió su invitado.

—Sí—musitó Vélez, para evitarse más indagaciones.

Pero fué inútil, porque su amigo durante toda la comida no hizo más que dirigirle alusiones respecto a la linda y simpática dama del retrato.

—No te pregunto quién es, ni mucho menos dónde vive—le decía,—pero me permitirás que te felicite, porque es una mujer deliciosa. Y nosotros que creíamos que hacías una vida de asceta...

Vélez se reducía a sonreír y a engullir tallarines.

—¡Bravo!—insistía el amigo.— Ahora comprendo tu retraimiento. Teniendo una mujercita así, no hay tiempo para nada.

Inútil es decir que al día siguiente todos los compañeros de la oficina estaban al tanto de las relaciones misteriosas de Vélez, quien tuvo que soportar durante varios días una serie de bromas capaces de hacerle perder la paciencia a indiferencia de sus compañeros, comenzó a despertar la envidia.

Hasta la propia Annete se había atrevido a decirle una noche, mientras le servía la cena:

—Señor, me va a disculpar. ¿Por qué no me dice el nombre de su amiga? Ya sabe que yo soy de toda confianza...

Vélez se sonrió y le contestó al azar:

—Gloria.



FILOSOFIA

Cierto, haces bien en ser oblícuo y egoísta
y tú también al darte con tu juego a la vista
y tú que has ocultado tu tierno corazón...

Unos por la renuncia, otros por la conquista,
siempre tenemos todos un poco de razón.

JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ.

(Dib. de Lilí Bortini).

otro que no fuese él, tímido y retraído, quien no contestaba palabra, por lo cual se acabaron más pronto; pero que le labraron la fama de ser un hombre de aventuras galantes, un Don Juan peligroso y astuto. Todos tenían curiosidad por sorprenderlo con la dama en cuestión, a la que Portas había sublimado física y socialmente, haciendo creer que se trataba de una distinguidísima señora. Vélez, que sólo había despertado la

—¡Lindo nombre! ¡Tan lindo como ella!—respondió la vieja napolitana y luego añadió:—¡Que el Señor se la conserve por muchos años!

Al mes siguiente Vélez se quedó un día sorprendido al ver bajo el retrato un ramo de flores.

—¿Qué es esto, Anneta? — preguntó a la mucama.—¿Quién ha traído esto?

—Yo, señor—contestó la napolitana.—¿No ve que hoy es Sábado de Gloria? Es un obsequio que yo hago, por su santo, a la señorita...

Una tarde, al salir de la oficina, notó que Portas y otro compañero le seguían. Seguramente iban a ver si le sorprendían con la del retrato o con otra. Vélez tomó un "auto" y logró despistarles.

Cuando algunos de los muchos que ya estaban en el secreto le decían al encontrársele: "¿Siempre tan feliz?..., se limitaba a contestar: "siempre".

Tan acostumbrado estaba ya a que todas sus relaciones y conocimientos considerasen a la del retrato como una persona real, que él mismo no se había dado cuenta del cambio que aquella ficción había operado en su vida. Estaba compartiendo con él su existencia una mujer a quien todos sus amigos conocían, y que todos envidiaban. Muchas veces hasta apretaba el paso al regresar a casa, como si efectivamente le estuviera esperando en ella una mujer, y una mujer amada...

Muchos domingos que acostumbraba ir a pasarlos con unos amigos que vivían en el campo, la misma Anneta lo apuraba, diciéndole:

—Señor, apúrese que lo espera la señorita Gloria.

¡Cómo hubiera deseado conocer, realmente, a una mujer tan hermosa, y, sobre todo, tan espiritual y atrayente como debía ser la del retrato!... Con una mujer así se hubiera casado a cierra ojos y hubiese hecho la felicidad de toda su vida. Para Vélez era, la desconocida, ese tipo ideal y predilecto que cada hombre se forja en su mente. Esa mujer por la cual, si la encontrase en su camino, uno sería capaz de todo...

Habiendo alcanzado Vélez su retiro con el máximo de años de servicio, resolvió irse una temporada, con Anneta, su vieja mucama, a descansar al campo, a casa de unos amigos. Mientras tanto, alquilaría su departamento amueblado, para lo cual puso el correspondiente aviso. Aquel mismo día se presentó una señora, también de unos cuarenta y cinco años como Vélez, para ver la casa y enterarse de las condiciones del alquiler. Al entrar en el comedor y fijarse en el retrato, no pudo reprimir un pequeño grito de sorpresa:

—¡Cómo!—exclamó.—¡Tiene usted en su casa mi retrato!

—¿Es el retrato de usted?—preguntó Vélez.

—Hace ya veinte años que me lo hicieron—repuso la señora. — El pintor era entonces un artista de moda; pero lo han olvidado y yo también he envejecido. ¿Es que usted me ha conocido en aquel tiempo?—le preguntó.

—Sí—balbuceó Vélez, atraído invenciblemente por la mentira que había vivido varios años.—La he conocido—repitió—y la he amado siempre...

—¿Es posible?...

—¡Y tan posible!—asintió Vélez. —Estaba seguro de que algún día volvería a verla. Yo siempre la he esperado...—Y a Vélez le parecía que decía la verdad.—Dos seres que se han amado tanto tiempo no tienen más remedio que acabar juntos sus días.—Y tomando la mano de la señora la besó efusivamente, sin que ésta protestase.

Los dos sentían una nueva emoción que jamás habían experimentado.

—¡Usted ha sido el único amor que he tenido en mi vida!—dijo Vélez.

Lo curioso de aquel amor es que ella se llamaba Gloria.

Las pesquerías de perlas en el Oceano Indico

Por Máximo Serchor

Es antiquísima la fama de los bancos de perlas de Ceylán. Cuéntase que el año 600 (a. de J.), Vijaya, primer rey de Ceylán, regaló un cesto de perlas a su suegro, el rey de Madura.

Plinio discurre en una de sus obras sobre el valor de las perlas de Ceylán y sobre el proceso de su formación.

De tiempo en tiempo se han abierto lapsos de inactividad en la historia de sus pesquerías de perlas. Los bancos habían desaparecido. Las ostras jóvenes habían sido barridas por corrientes contrarias o habían sido destruídas por peces voraces.

Después de uno de estos intervalos, de una duración de diez y nueve años, se inaguró últimamente una pesquería de perlas en Febrero de 1925.

* * *

Los buceadores son, principalmente, tamules del sur de la India y árabes, éstos mucho más hábiles que aquéllos.

El tamul, si encuentra pocas ostras, emerge gritando: "¡No hay ostras! ¡No hay ostras!". El árabe vuelve a sumergirse una vez y otra, silencioso, perseverante, pescando finalmente en cantidad mucho más importante que el tamul, su inevitable compañero en la penosa profesión.

Los buzos emplean dos métodos de emersión, aunque se sumergen de la misma manera. El *manduck*, o sea el hombre que desde a bordo hace descender y ascender a los buceadores, está encargado de dos cuerdas. A una de ellas está atada una piedra o un pesado trozo de metal, y a la otra una cesta o un saco de malla. El buzo desciende con un pie en lo que pudiéramos llamar la masa hundidora o simplemente el hundidor, y liada al brazo la cuerda con el saco de malla. Una vez en el fondo del mar, coge las ostras y las echa en el saco; después da un tirón de la cuerda y el *manduck* lo lleva hasta la superficie.

El tamul no se agarra a la cuerda hasta que no está muy cerca de la superficie; hasta entonces ha ascendido nadando. El árabe sube a la superficie asido a la cuerda, economizando así mucho tiempo. El tamul se aprieta las narices con el índice y el pugar; el árabe con unas pinzas.

El tiempo medio de permanencia de un buzo bajo el agua suele ser de sesenta o setenta segundos. No obstante, se conocen casos de permanencia durante muy cerca de dos minutos.

Los buzos trabajan por parejas, y las ostras que cogen las echan en sacos diferentes a bordo de los *dhoneys*—que así se llaman los barcos pesqueros de perlas.

Los árabes saltan desde la superficie del agua a la cubierta del *dhoney*, con sorprendente agilidad y destreza, aun después de haberse sumergido tantas veces como para creerlos rendidos y exhaustos. Resaltan los músculos en sus cuerpos brillantes y luce su piel como bronce pulido.

A las doce en punto suena la sirena y el trabajo del día se da por concluído. El funcionario del Gobierno toma asiento en su bote y va de un barco a otro, sellando los sacos con el sello oficial. Tomada esta utilísima precaución, los *dhoneys* despliegan sus velas y se unen por un cable a los remolcadores, que tiran de ellos hasta la orilla.

Pocos espectáculos más hermosos que el de los *dhoneys* siguiendo a los remolcadores, con sus blancas y pardas velas brillando al sol, estremeciéndose como alas de aves gigantes, y rompiendo con sus quillas los cristales verdosos de las aguas.

* * *

Llegan los *dhoneys* a Marichukadi, la Ciudad de las Perlas... Invade la playa una compacta multitud. Los buzos bajan a tierra llevando sobre la cabeza los sacos cargados de ostras. Creyéraseles, como en la historia de Aladino, esclavos cargados con sus tesoros, y en ocasiones el cuento se hace realidad.

Los sacos son llevados al *kottu*—local en donde las ostras se cuentan y se dividen.—Funcionarios del Gobierno las cuentan y las ponen en sacos que han de contener 1.000 ostras cada uno. Al Gobierno pertenecen dos terceras partes de la pesca, y al buzo la tercera parte restante.

Los pescadores, con esta tercera parte que les ha correspondido, se trasladan al mercado. En éste, enjambres de compradores, procedentes de todas las latitudes, rodean a los buzos, quienes sólo venden en pequeñas cantidades. Al principio de la temporada pesquera del pasado año solían obtener una rupia por cada ostra, esto es, unos once pesos moneda nacional.

Los compradores echan sus conchas en sacos de hoja de palma y se apresuran a abrir sus probables tesoros. En grupos de dos o tres siéntanse cuchillo en mano, y buscan impacientes, absortos, ajenos a cuanto ocurre a su alrededor, las preciadas perlas.

No es fácil tarea el encontrarlas, pues la mayoría son muy pequeñas, y no pocas están cubiertas por la carne de las ostras.

Cuando los pescadores han vendido todo su *stock*, se dirigen a un estanque especialmente preparado para ellos. Buena falta les hace un baño de agua dulce, pues la sal ha formado casi una chapa sobre su piel broncínea.

* * *

Paseemos por el pueblecillo. De un árbol cuelgan lo menos 20 sombrillas. Dijérase extrañas aves con las alas plegadas. Sus dueños están en el mercado y no hay peligro de que nadie las toque.

Al atardecer, la Ciudad de las Perlas alcanza su máxima animación. Es la hora de la subasta de las ostras que han correspondido al Gobierno. Y se lleva a cabo en tres idiomas, por medio de intérpretes: en tamul, en senegalés y en árabe. Se venden lotes no menores de mil piezas cada uno.

Los compradores de grandes cantidades trasladan las ostras a los *totties*, locales en que se guardan los moluscos hasta que se corrompen. Es, pues, un gran banquete para las cresas insaciables. Los residuos se examinan y ciernen innumerables veces, de modo que no hay temor de que la más pequeña perla se escape.

La ostra perlífera o madreperla — *Margaritifera vulgaris* — no es una verdadera ostra; pertenece a la familia de los mejillones. En cierto modo, se parece a la venera en la forma, aunque las dos mitades de la concha son casi iguales de tamaño, y no tienen las corrugaciones características de la venera.

Como el mejillón marino, la madreperla posee un haz de hililos córneos, del que puede desprendere a voluntad y que luego renueva. Con ellos se adhiere a las rocas o a los objetos a propósito.

Anualmente hay dos temporadas de desove, que coinciden con los monzones del Noroeste y del Suroeste.

Durante los primeros días de existencia, la ostra, en forma de larva, flota en la superficie del agua, hasta la formación de su concha. Entonces desciende al fondo y se adhiere bien a otra ostra, o bien a una roca cualquiera. Si la infeliz cae sobre la arena, por lo general perece.

La pesca en 1925 duró treinta y siete días.

Debido al mal tiempo sólo pudieron ser cobrados 16.000.000 de ejemplares.

La explotación de la infancia

Según los datos estadísticos procedentes de varios Consulados, las mujeres y los niños dominan en todas las manufacturas chinas. Según ciertas acusaciones, las mujeres y los niños son los más explotados en las fábricas inglesas establecidas en aquel imperio, que en las indígenas. Pero otras investigaciones más serias demuestran que no es cierto. Sin embargo, las condiciones de trabajo de los obreros dejan bastante que desear.

Los niños comienzan a trabajar generalmente a la edad de cinco años. Las horas de trabajo son excesivamente largas. Según las estadísticas de la Comisión de Trabajo de Shanghai, el 14 por 100 de los obreros tienen menos de doce años, y el 80 por 100 no llegan a la adolescencia. Puede asegurarse que la mitad del trabajo que se hace en toda la China es obra de mujeres.

Las fábricas han continuado las tradiciones de las familias chinas, y los padres renuncian difícilmente a los pequeños jornales de sus chicos.

Si se consideran, dice una información, las viviendas de los chinos, se comprende que los padres quieran mandarles a las fábricas, donde, por lo menos, encuentran una sombra de confort.



EL ESPANTAJO

Por A. Hernández Catá

Bastaba ver su pelo de oro mustio, su aire frágil y sus castos ojos azules para comprender que el amor, al apoderarse de ella, tendría más de temblor de alma que de fuego de carne. Aun las palabras fútiles adquirían, al pasar por sus labios, blandura y caricia, y hasta cuando hablaba de cosas cotidianas parecía otorgar o pedir suavemente. La raza favorecía también su trasunto de Ofelia desterrada de algún parque romántico, por la brutalidad de la vida. Al verla por primera vez nadie pensaba que pudiera ser institutriz. Toda élla era candidez y espiritualidad. Sólo en el cuerpo tenía ángulos.

—¿Cuidará usted bien de la niña, *fraulein?*

—Sí, señora.

—Queremos que al romper a hablar aprenda los dos idiomas a la vez. No tiene los dos años aún.

—Sí, señora, sí. Es preciosa.

—Ha venido cuando ya casi no la esperábamos, y es la verdadera dueña de la casa. Si usted se da maña con ella estará con nosotros mucho tiempo. ¿Tiene usted novio?

—Sí, señora. No es de aquí. Es un muchacho serio; un compatriota que conocí en Munich. Puede usted pedir informes.

Se le llenó el rostro de rubor al decirlo; mas al través de las pupilas semidesleídas en la blancura de los ojos, la señora vió tanta ingenuidad que quedó tranquila. Su casa estaba presidida por el amor y no podía negarse a que la servidumbre disfrutara del único don que la iguala a los poderosos. "Con tal de que cumpliera a conciencia sus obligaciones... Ni ella ni su marido eran tiranos".

Y la alemana cumplía sus deberes con ese esmero automático de la raza, que hace pensar a veces en algo inhumano e infalible. Jamás mostraba la niña en sus vestidos mancha ni arruga. Gracias a sus cuidados, la maternidad dejó de exigir a la señora el duro tributo de sacrificio de los primeros tiempos. Ya podía vivir casi como antes; ya no era preciso abandonar al esposo ni pasar malas noches, ni contener sus caricias de enamorada, temerosa de que pudiera interrumpirlas el llanto tierno y pertinaz, como si el fruto del amor se obstinase en no dejar florecido el árbol otra vez.

Poco a poco las normas de disciplina rigieron con severidad inflexible la vida naciente. "Las niñas guapas no se manchan las manos ni se mueven sin ton ni son para que se les deshagan los rizos; las niñas guapas no piden más dulce ni miran con ojos de gula las cosas buenas; las niñas guapas no preguntan dos veces seguidas; las niñas guapas..."

¡Qué difícil resultaba la vida para las pobres niñas guapas! Pero la madre sólo percibía las excelencias del método, y pensaba: "En verdad que hemos hecho una adquisición venturosa... Bien puede disculpársele lo del novio, máxime cuando el mocetón desgarbado se apodera al punto de la simpatía con su tartamudeo y su aire de bobalicona honradez".

Muchas veces, al entrar o salir, los vieron paseándose frente a la verja del jardín, cogidos de las manos.

—Si éstos hubiesen ido a poblar el Paraíso no tendríamos pecado original—solía decir el marido.

Y la dama suspiraba mimosa, y al pasar bajo la enredadera de donde caían frescos susurros, sentía locos renuevos de adolescencia.

—De seguro que nunca se han dado un beso así, ¿verdad?

El idilio de los alemanes llegó a constituir para la casa una diversión. Jamás dos enamorados vieron desarrollarse la complicada madeja del amor en tan dulce paz. Era un amor rubio. Las almas, enlazadas en el deliquio, iban incansables, día tras día, por el camino de las evocaciones. Hablaban de la patria, de su primer encuentro en una tarde llena de fragancias, de cerveza y de música de Wágner en la clara Germania del Sur. Y las naderías, al ir de uno a otro, saturábanse de esencia de cariño, por completo libre de la bullente escoria sensual. Viéndolos sonreírse con los ojos tan pálidos y las bocas tan castas, las baladas con que ella dormía por la noche a la nena, adquirían verosimilitud. Los rigores de la vida no empañaban el espejo poético en que contemplaban el mundo.

En su escritorio él alinearía cifras y cifras, mientras en la casa ella atendía sus menesteres sin retrasar ni atropellar uno; pero ni obligaciones ni guarismos lograrían impedir a las almas volar por encima de la ciudad para buscarse y decirse esas tonterías divinizadas que el mágico amor saca maravillosamente del fondo de las vidas más sórdidas. Basta que el uno pensase en el otro para que números y menesteres se dorasen con luz de madrigal.

—¡Ah, si tú me quisieras así!... —añoraba la señora al hablar de ellos.

—No tendríamos entonces el bebé —atajaba, picaresco, el marido.

Y cada vez que alguna criada desfallecía bajo las solicitudes de su galán, o que el eco de alguna fechoría del amor pasaba por la casa, el ejemplo de aquel idilio elevábase a categoría de lección.

—¿Cuánto tiempo llevan de relaciones *fraulein?*

—Dos años, señora.

—¿Y siempre así, sin cansarse?

—¿Cansarnos?... ¡Oh, no!

La dama reía al escuchar la convicción atónita; pero un dejo de envidia y respeto sedimentábase en su alma, que también habría anhelado el amor absoluto. ¡Ah, querer y ser querida de aquel modo!... Aquella mucha debía de tener el místico corazón de María tras de su pecho, un poco desnudo de gracias paganas. A los seis meses ejercía en la casa una especie de autoridad compatible con la subalterna de su estado. Los criados buscaban su influencia y los señores le hablaban siempre en tono de consulta. En cuanto refería a la niña, no se atrevían a intervenir. ¡De seguro que ellos no hubiesen podido educarla igual! Eran demasiado mimosos... Daba gusto ver el cuarto tan limpio, con la cunita llena de encajes cerca de la cama de la que iba a enseñarle con las primeras nociones de la vida, la blancura y la constancia del amor. Ya podían salir, no importa a qué hora, convencidos de que ningún cuidado iba a faltarle. Ahora la hija no era para ellos un deber, sino un premio.

Y de nuevo empezó para ellos el interrumpido júbilo de ir juntos a los espectáculos. Volvieron a ser como dos amantes, casi como dos novios. El coche que los llevaba por las tardes cruzábase a menudo con el cochecito donde paseaba la nena. Llegó un célebre actor italiano y pudieron abonarse a todas las representaciones. Al regresar del teatro, entraban siempre a dar un beso a la niña,, un beso de adiós. Los bracitos, llenos de hoyuelos, tendíanse hacia ellos; pero la voz nasal decía desde debajo del embozo: "Las niñas guapas duermen en su cuna sin querer salir", y el gesto retozón se apagaba, y la cabecita incrustábase en la almohada con los párpados muy apretados.

Una noche, estando en el teatro, casi al principio de la función, la señora sintió súbito malestar, no del cuerpo, sino del espíritu. Tal vez la atrocidad del drama, representado con bárbaro esmero, afectase sus nervios, que siempre fueron enfermizamente sensibles. Removíase en la butaca y miraba al marido con ojos de súplica.

Si te impresionas mucho piensa en otra cosa y mira un rato a los palcos para distraerte.

—No, no es eso. ¡Es que tengo una angustia!... Que no hago más que pensar en la nena.

—¿En la nena? No seas tonta, mujer. Estará soñando con nosotros de fijo... ¡Ea, cálmate!

—Por más que hago no puedo. Lo que me pasa es más fuerte que yo. Vámonos. ¿Quieres?

—¿Pero qué le va a ocurrir a la nena, boba? Sé razonable. Atiende a la función y verás.

Realizó un gran esfuerzo para obedecer y estuvo unos minutos inmóvil, sin que el drama revivido en la escena desalojara de su alma aquel sentimiento a un tiempo vago e imperioso. Era como si desde lejos su hijita la llamase, como si sus entrañas, que se torcieron de dolor al traerla al mundo, volvieran a sufrir y tomaran voz para pedirle: "¡Vé..., vé...! ¡Sal por encima de todo y vé!"

Sólo faltaba para concluir el acto una escena, y le pareció inacabable. En cuanto descendió el telón entre el crepitar de los aplausos, salieron y subieron al coche. Ya sin la traba del público, los nervios turbados se distendieron y la voz perdió toda continencia:

—¡Dile que corra! ¡Dile que corra!

A medida que se acercaban la impresión de ahogo se agravaba en vez de mermar, y el marido se sintió contagiado también. Subieron por la escalera de servicio, situada a espaldas de la casa, para llegar antes, disputándose casi los peldaños. Si él era más fuerte, los pies femeninos eran más ágiles y tenían además las alas de la maternidad. La casa quieta, el ambiente tibio, el orden y el reposo de los muebles familiares no lograron calmarlos. Ningún paso extraño ni ningún trastorno percibíase; mas, sin embargo, los espíritus no se recobraron. Cruzaron la alcoba, el gabinete, y llegaron al cuarto de la niña. Ante la puerta detuviéronse de pronto, como si reunieran fuerzas para entrar, y también allí fué ella más rápida. Sus ojos taladraron la penumbra, y su grito, lleno de alma y de espanto, rasgó el silencio:

—¡Mi hija, mi hija!

Sonó una blasfemia, y luego los dos quedaron mudos, paralizados y casi insensibilizados por la inmensidad del dolor. Balanceándose trágico y grotesco, un espantajo hecho con unos pantalones y una chaqueta rellenos de almohadas, colgaba de la lámpara; y sobre los hierros de la cuna, los bracitos color de cera y la cabecita mustiada, donde el horror había transformado los ojitos de uva en algo monstruoso, yacían inertes. La boca, antes de amoratarse, debía haber gritado muchas veces, muchas veces, "¡Mamá...!, ¡Mamá!"

Los criados y una crisis de nervios, precursora de la locura, salvaron de la venganza maternal a la institutriz, que llegó atraída por los gritos. A las preguntas del juez respondió cándidamente que, por estar la niña muy majadera y no bastar las amenazas de costumbre, se le ocurrió hacer el espantajo para poder bajar a hablar con su novio: "Aunque la señora le daba permiso para verle todas las tardes, como aquellas noches eran de luna y el jardín estaba tan poético..."

Enciérrate en tu huerto...

Deja pasar los hombres con su carga de males
en esa horrible guerra que se clavan puñales
de envidia..... Si es cierto que a todos por igual
da su fuente la vida, que es su eterno caudal,
en ella, todos luchan y viven siempre en guerra,
para después fundirse en un poco de tierra.
Tú permanece incólume, forjando tus canciones,
lejos de las insidias y las bajas pasiones,
que si llevas un rayo de sol sobre tus alas
invisibles, tus horas serán de paz, hermosas.....
¡Pon una gran barrera para las almas malas,
enciérrate en tu huerto, vive para tus rosas!

FELIX B. VISILLAC.

LAS PRIMAS

Por Javier de Viana

Juana y Pepa eran primas.

Juan y Pepe eran dos hermanos que se querían mucho, que penaron mucho y al fin salieron triunfadores, si es que adquirir fortuna es triunfar.

La "Estancia del Medio" la compraron en sociedad y en sociedad la poblaron: ¡como que no había nada más que un solo cinto para guardar las onzas!...

Trabajaron y prosperaron, como prosperan todos los hombres que tienen salud; y como tenían salud, eran buenos. Discrepaban a veces, pero no reñían nunca.

Un día, Juan, el mayor, le dijo a Pepe:

—Sabés, hermano: voy dentrando a viejo y esperimento la necesidá de un calorcito.

—Cubija pal invierno...

—Sí. Y l'asperanza de cachorros que metan barullo y me den ocasión pa enojarme. ¿Por qué será, hermano, que yo no me enojo nunca?...

—Y... será por que no ti dan motivo.

—¡Ahi está!... Y d'eso resulta boba la vida. El asao gordo y bien asao...

—Cansa.

—No, pero empalaga. Pa tomarle gusto...

—Hay que churrasquiar pulpa, de cuando en cuando, flaca y dura, revolcada en la ceniza...

—¡Eso! ¡Eso!...

—Quedar con hambre...

—¡Asina!...

—Y ahi está por qué vos querés casarte. No tenés pulgas y te da rabia ver que otros se rascan... Casate... ¿tenés novia?

—Novia no tengo. Pero, mirá... ¿Qué te parece la hija del vasco Anselmo?...

—¿Cuála? Tiene dos.

—La mayor, María... La otra es un gurisa...

—No es fiera. Y es de lomo duro. Una vez, en el baile de lo de Uriarte, ¿te acordás, cuando se casó Belarmino?... yo la saqué pa un chotis, y así, sin saber, ¿comprendés?... en la güelta cerré l'armada.

—¿Y ella?...

—Ella me sacudió una patada en la canilla que hasta áura m'está doliendo!... Y allí mesmo me largó y me dejó plantao en mitá e la sala... Es güena muchacha, ché... Con que la vieja Ulogia no encuentre nada pa desorejarla, y pa la vieja Ulogia hasta las onzas de oro tienen defectos.

Y Juan se casó con María. De esa unión nació Pepa.

Un año más tarde, José dijo un día a Juan:

—Hermano, yo también comienzo a sentir frío y m'están dentrando ganas de buscar cubija...

—¡Lindo!... Hombre sin mujer y sin hijos, es como caballo sin querencia.

—Del mismo modo pienso.

—¿Tenés novia?

—Pa bien decir, no tengo... ¿Qué te parece Malvina, tu cuñada?

—Güena muchacha, che... Y en esa coyuntura se suelda más la familia.

Y Pepe se casó con Malvina y al cabo de un año nació Juana.

Claro está que los dos matrimonios vivían en la misma casa, y vivían felices. Después de Juana y después de Pepa, vinieron otros cachorros.

Así pasaron varios años de prosperidad y de felicidad ininterrumpida.

Demasiada felicidad, demasiada prosperidad, decían los agoreros, presagiando catástrofes.

Renato Frías, el hijo mayor de don Luis, estanciero vecino, visitaba asiduamente la "Estancia del Medio". Buen mozo, decidor, siempre alegre, Renato fué ganando al mismo tiempo el corazón de ambas primas, y cuando al fin él mismo se "enredó en la cuarta", prendándose de Pepa, Juana experimentó horrible pena.

¿Por qué el mozo había preferido a su prima, que tenía dos años más que ella, que era más blanca y más rubia, es cierto, pero pecosa... y no sabía bailar?

Al principio decía:

—Pepa es linda, sin duda; y es muy güeña. Pero yo también soy linda y güena y...

Mas, rápidamente fué agriándose.

—Al fin, ya es medio vieja, Pepa; y no es linda tampoco; tiene dos dientes picados... Y después... ¡una hipócrita!... ¡Quién sabe cuántas cosas le dijo de mí a Renato pa ganarseló!...

A las pocas semanas el odio había invadido toda su alma. El odio es como la hiedra: cuando arraiga en un corazón, cubre hasta el último intersticio de los muros, no deja sitio para la vegetación de ningún otro sentimiento.

Y en aquella ocasión, arraigado en tierra rica, llena de savia pasional, fué un odio ciego, implacable, creciendo y desparramándose con ímpetus de torrente, que por fuerza debía estallar en tragedia.

Y ésta no tardó en presentarse. Se acercaba el día señalado para la boda. Concluída la cena, se hablaba del próximo acontecimiento que alegraba a toda la familia. De pronto, Juana exclamó:

—Dicen que los negocios de don Luis andan muy mal.

—Parece que no andan bien,—respondió Juan; y agregó riendo: —¡Mejor!... Así tendré el gusto de ayudarlo con la herencia de m'hija...

—¡Que será grande!

—Igual que la tuya, más o menos.

—Igual cosa que la mía no.

—¿Por qué?—interrogó extrañado el viejo.

Pálida, contraídos los labios, temblándole la voz, enloquecida por los celos, Juana silbó:

—Porque según se asegura, tata le dejará la mitad de su fortuna a Pepa...

—¿Quién dice eso?—preguntó don Pepe.

—Todos,—replicó ella con firmeza;—y añaden que es porque...

—¿Por qué?...

—¡Por que Pepa no es hija de tío, sino hija tuya!...

La horrible calumnia heló la voz en todas las gargantas y hubo un largo y doloroso silencio.

Los dos viejos hermanos, puestos de pie, se miraron con los ojos llenos de lágrimas.

Don Pepe fué el primero en romper el silencio, gritando enfurecido en la cara lívida de Juana:

—Vos sí que no sos m'hija!... Vos no podés ser m'hija... ¡Yo no h'engendrao víboras!...

Y levantó iracundo el puño; pero don Juan se interpuso:

—Dejála hermano... La pobrecita está envenenada por los celos... ¡Yuyo malo, los celos!... Dejála; élla no tiene la culpa.

Los hermanos, estrechamente abrazados, confundieron sus lágrimas y sus barbas grises. Después, don Juan fué hacia su mujer que permanecía idiotizada ante aquella incalificable calumnia de su sobrina, y dándole un beso en la frente le dijo con infinita ternura:

—Viejita, cierre la jeta que le van a dentrar moscas...

Y volvió a besarla.

LA CONDESA PALATINA

La condesa palatina y su doncella atraviesan el Rhin en un ligero esquife, a la luz de la luna. La doncella remaba. La condesa dijo:

—¿Ves esos siete cadáveres que nos van siguiendo a nado? ¡Cuán triste el nadar de los muertos en la noche! Fueron un tiempo brillantes caballeros, alegres y enamorados. Arrojáronse rendidos en mis brazos y me juraron fidelidad eterna. Para asegurarme de que jamás romperían su juramento mandé que los echaran al agua. ¡Cuán triste es el nadar de los muertos en la noche!

La doncella va remando. La condesa suelta una carcajada que el eco de los montes repercute con tono burlón y lúgubre. Los flotantes cadáveres sacan el cuerpo fuera del agua hasta las caderas, guiñan sus ojos vidriados y alzan las manos como en actitud de jurar. ¡Cuán triste el nadar de los muertos en la noche!

ENRIQUE HEINE.



PAGINAS OLVIDADAS

DUDAS CRUELES

Por Nemesio Trejo

—Hermano, me venís como anillo al dedo. Más vale cair a tiempo que ser convidao, como dicen, y pa vichar lejos, más ven cuatro ojos que dos.

—Pa refraniar no te gana ni don Pedro Cernadas. ¿Qué tripa se te ha cortao?

—Ando, hermano, como siempre, ya sabés, más prendido de un cariño que bicho e cesto, orejiando voluntades, a ver si ligo el amor de una ingrata que me está martirisando con sus desdenes y porfías.

—¿Y quién es esa?

—Una, che, del tenor siguiente.

—¿Ya la has tallao?

—Sí, hermano, uno cuarenta de estatura, el pelo tirando a saina, alta de pechera, sinturita e muñeca, la naris como un juguete, una boca derramando gracia y un par de ojos que paresen faroles de automóvil; conque sacále el molde si querés dormir a gusto.

—¿Y ande te has agenciao esa orquidea?

—En el baile de don Lucas, el sábado pasao. Ya sabés que yo soy pal primer tirón como caballo cadenero, y en cuanto la vide remoliniar en un valse y amacarse en un tango peresoso, me dije pa mis adentros: Lindo pájaro pa mi nido, y cuando la desocupó el que la traiba oprimida, me le fuí asercando hasta que fondié al lao de su silla y le tiré una miradita más picante que ají colorao. Hise como que raiba con malisia y la muy pícara asetó mi intervensión y tuvimos una conferensia panamericana de dies minutos, y de ahí salimos trensaos pa una polka seguidora, hasiendo derroche de habilidá y poniendo en movimiento la sintura.

—¿Entonses la mosa era de toma y traiga?

—De línea, hermano. Veterana en el manejo el pico y las travesuras de ojos. ¿Querés crer que me almarió en las primeras maniobras! Yo, acostumbrao a correr con mancarrón manso, le empesé a largar rienda y cuando acordé me tiró contra los palos, ¿me entendés la comparasión?

—Sí: que te puso un estorbito como al truco.

—Eso es. Me dijo: Mire moso, hagamos como en el tiatro; de telón pa fuera, todo lo que usté quiera...

—¿Y de ande ha sacao eso?

—Qué sé yo, será de algún libro. El caso es que me atajó el pasmo. Entonses dentré a jugar con la taba sin cargar y me le apunté de novio.

—¡Qué novio fulero!

—¡Que querés, todos no han de ser Anchorenas como vos.

—Es que no te veo uñas pa pelar ranas y vos sabés que pa sepillar malambo hay que tener garrón juerte, porque no es lo mismo olfatiar al oscuro que adivinar el tanteo.

—Tenés rasón, si yo no dejo e conoser que el que nase pa pistola, no va a llegar nunca a escopeta, pero, que querés, si se me ha metido entre cuero y carne ese amor tan redepente, prefiero aunque me cueste, ser hombre honrao un tiempo y juntar ventito pa la seremonia dándole gusto al deseo.

—Hasés bien, ¡qué diantre! de todos modos, no va a ser la primera barbaridá que has hecho.

—Claro.

—¿Y aura en qué andás?

—En una duda cruel, hermano.

—Esplayate.

—Que hoy es el santo de ella, cumple vainte y nada más justo que refilarle un regalito, ¿no te parese?

—Dejuro.

—Pero ¿diande yerba? si ando más miso que mercería e turco y si bien yo de vergüensa, pa desirte la verdá, ando muy mal; en este caso estoy por atropellar a un amigo y pedirle que me saque del apuro, aunque me ponga colorao. Esa es la duda, ¿qué me desís?

—¿Vos querés mi opinión?

—Sí, y franca como acostumbrás vos a desirla.

—Mirá, no es por atajarme, porque yo pa mis amigos soy como la escarcha cuando le da el sol, me deshago por servirlos; pero yo que vos iba de vasido no más, pa no acostumbrarla mal y le desía: — M'hija yo sé que usté cumple años hoy y por más que he buscao una alhaja digna de sus orejas, no la he encontrao. Entonses he vestido mi corasón con todas las joyas de mi cariño y aquí se lo traigo pa que lo guarde en su alcansía. — Eso le va a gustar más que un par de painetas y quedás limpito como vigilante de parada.

—Tenés rasón, hermano, te agradesco el consejo; me has sacao de un entripao que me tenía bastante fastidiao.

—Si yo soy especialista pa resolver dudas crueles.

—Ya lo veo. En cuanto me meta en otro compromiso, te volveré a ver.

—Cuando querás. Ya sabés que soy tu amigo y no siendo plata y cosa que represente valor, en confianza nomás contá conmigo.

—Grasias, hermano, adiós.

—Adiós.

SONETOS DE LA RETRETA

NUNCA....

No creí amarte... Anoche, en la retreta,
con qué dulce emoción pasé a tu lado,
con qué placer mis ojos que han llorado
por tí, vieron tu lírica silueta.

Pasé de largo. La canción secreta
nació en mi corazón ilusionado;
quise avanzar, mas desandé lo andado
y nuevamente renació el poeta.

Al contemplar mi rostro macilento,
—¿Está enfermo?—dijiste.—El sentimiento
ahogó en mis labios una frase fría...

Y comprimí el dolor de todo un mundo
al pensar, con amor ultraprofundo,
que nunca, nunca, nunca serás mía!...

RENUNCIACIÓN

—¡No quiero verte más!... — Clamé. Un gemido
desgarrador no fuera más doliente.
mi triste corazón adolescente
se doblegó, cual pájaro aterido.

¿Por qué, Señor, haberla conocido?
¿Por qué soñar y amar y nuevamente
sufrir el fuego de una llama ardiente
renovando las piras del olvido?...

—¡No quiero verte más!...:—dije temblando.
Y tú reíste con placer, pulsando
la trágica inflexión de mi lamento.

Parpadeaba la luz de la retreta.
¡Y era mi amor igual a una veleta
que ya no sabe donde sopla el viento!

EDUARDO MARÍA DE OCAMPO.

HIPÉRBOLE HISTÓRICA

He aquí el parte oficial después de los combates de Pelligen y de Grew-Machern, en 1791:

"Después de tres horas de reñida lucha, los enemigos han sufrido diez mil bajas. Las pérdidas del ejército francés se reducen al dedo meñique de un soldado de cazadores.—General Bernonville.

Paris se divirtió mucho con la fanfarronada y de ella hizo una canción popular.

Algunos días después, un chusco del regimiento de cazadores escribió al Ministro de la Guerra:

—"Señor: acabamos de recuperar el dedo meñique que perdimos".

Las alcachofas con sal

Sabido es que todo hombre de mérito cuando ha conquistado los laureles y la fortuna le sonríe, se ve poblado de gentes que todo se lo alaban. La siguiente *procza* lo prueba una vez más.

Cuando Bonaparte volvía de Italia dejando tras sí huellas de su genio, llegó una mañana al alojamiento de algunos de sus oficiales, rodeado de un grupo de cortesanos. Estaban desayunando y, de pronto, preguntó Bonaparte a Louis Courier:

—¿Son alcachofas eso que estáis comiendo?

—Sí, general.

—Vos, Rapp, ¿las coméis con aceite?

—Sí, general.

—¿Y vos, Lavary?

—Yo, en salsa.

—Pues yo, dijo Napoleón, las como con sal.

Entonces Lavary, lleno de entusiasmo, se puso a decir:

—¿Con sal? ¡Ah!, general, sois un gran hombre. ¡Con sal! ¡Sois inimitable!

El señor cura va de caza...

Por José A. Luengo

—¡Qué, señor cura! ¿Viene usted con nosotros?

Don Baldomero—tal era el nombre del ventrudo y beatífico párroco—contempló al conde de Vilches, que le dirigía la palabra, y a sus acompañantes, cuatro jóvenes aristócratas madrileños invitados por él a pasar unos días cazando en sus tierras.

—¿Yo ir de caza? ¡En mi vida lo hice, hijos míos! Se me habían de poner las bestezuelas de Dios a dos metros de la escopeta, y aun así...

—No a dos metros, señor cura, sino dentro de la escopeta se le meterán, si es preciso... ¡Hala!... Va usted a divertirse mucho...

—Es que yo, con esta andorga, apenas puedo andar.

—No andará usted nada. Se sentará en su puesto, esperará y, en cuanto se presente un animalito, ¡pum!, disparo, voltereta trágica del infeliz, y hasta otro... ¡Le aseguro que va a divertirse enormemente!

El señor cura aceptó la invitación. Al instalarlo en el puesto, el conde le dijo:

—Usted está aquí quietecito pase lo que pase, oiga lo que oiga o vea lo que vea. Si se presenta una pieza, a cobrarla. Y si no, tenga una poca paciencia y aguarde a que vengamos a buscarle.

—No tema que me mueva, no. Y por lo que hace a matar, procuraré matar el tiempo, que ya es bastante.

Acomodóse el señor cura en el puesto, hecho de piedras, como un alto brocal de pozo. Frente a una de sus aspilleras abríase un pradecillo de jugosa hierba, orillado por unos chaparros. Tras ellos desaparecieron los cazadores, repitiéndole por última vez:

—¡Va usted a divertirse mucho!

Era una mañana invernal. El frío apretaba de firme. Soplaba un airecillo sutil. El cielo estaba plomizo. Reinaba en el monte un gran silencio, apenas turbado por el piar de algún pajarillo. Lejos, desde el llano, subía a veces un intermitente tintineo de esquilas trémulas.

El señor cura esperó en vano un rato largo. Al cabo de él oyó unos disparos. Sus compañeros tenían más suerte. ¡Paciencia! Hubo, pues, de recurrir a diversos procedimientos para entretener su inacción. Miró por las cuatro aspilleras del puesto. Había poco que ver: peñascos, jarales, chaparros y las siluetas retorcidas, como convulsionadas, de algunas encinas. Por allí cerca debía de correr algún regato, pues en los respiros momentáneos del viento, llegaba a sus oídos un leve canticio de agua invisible y susurrante. Silbó luego unas cuantas cancioncillas de su mocedad, ya lejana, igual que aquellas esquilas que se estremecían allá lejos, apenas perceptibles. Descubrió después que se había pasado toda su vida sacerdotal sin saber los botones que tenía su balandrán, y los contó varias veces, de tal manera, que siempre obtuvo suma distinta. Bostezó repetidamente, y hasta sintió un conato de adormecimiento. Para evitarlo comenzó a leer preces en su sobado breviario de una manera maquinal, mascullando unos latines cuyo sentido se le escapaba.

De pronto sintió dos o tres punzadas frías en el rostro. Comenzaba a nevar copiosamente.

Don Baldomero, sin embargo, continuó en su puesto. Esperó media, una, dos horas interminables, con el deseo de ver asomar por aquellos parajes a sus compañeros, quienes seguramente desistirían de la caza visto el cariz que tomaba el tiempo. Los cazadores, en efecto, habían renunciado a su empeño y, olvidados del pobre párroco—¡oh alocada juventud!—tornaban ya hacia el pueblo. En tanto, el buen presbítero aguantaba el caer constante de los copos, que hacían albear su balandrán. Somormujó, canturreó, rezó, levantóse para sacudirse la nieve en varias ocasiones.

—¡Caramba!... ¡Caramba!...—rezongaba.

El silencio tornábase cada vez más profundo. El monte, entumecido, parecía agonizar bajo el blanco sudario.

Ya principiaba la tarde. Don Baldomero se anquilosaba en su escondrijo. El aburrimiento tiraba de una comisura de sus labios, y el hambre tiraba de la otra, con lo cual su boca abríase cuan grande era hasta desquijararse. Sonó, al fin, un silbo prolongado y surgió un pastor tras unos jarales. Al ver a don Baldomero corrió, asombrado, hacia él.

—¿Qué hace usted aquí, señor cura?—le preguntó.

Don Baldomero, entonces, muy semejante a un lapón, alzó la venerable y mofletuda cabeza, y con un gesto entre resignado y socarrón le contestó:

—¡Hijo mío, dicen que me estoy divirtiendo!...



¿LA ARGENTINA EN LA CUMBRE?

SI y NO

Por Francisco A. Barroetaveña

SUMARIO: I. Lo primero "sí", que enaltece. — Capacidad económica. — Tráfico ferroviario. — Movimiento portuario. — Vida urbana en ciudades muy importantes. — La instrucción pública. — El territorio. — La legislación. — Materia internacional. — Instituciones armadas. — Orientación científica. — Sistema económico. — Las zonas. — La prensa argentina. — Exponentes de alta cultura. — Síntesis valiosa.

Con frecuencia oímos juicios muy favorables y encomiásticos de la República, tanto en el interior como en el extranjero, halagando mucho nuestro amor propio; y no son raros los conceptos desfavorables del país, lo cual nos desagrada y hasta nos irrita. Es bueno darnos cuenta clara de lo favorable y de lo adverso, de lo grande y de lo pequeño, del progreso y del atraso, de lo plausible y de lo censurable, para rectificar errores, corruptelas y abusos; para asegurar los elementos sanos del progreso, nuestro bienestar y la solidez del porvenir. Me propongo catalogar en dos capítulos los factores que realizan y que deprimen nuestra nacionalidad, con el fin de apreciar razonablemente la crítica, de corregir las deficiencias, y de impulsar la marcha próspera de la Argentina, en el concierto americano, ante la Europa, que nos contempla, que nos necesita, que nos ayuda y que nos critica. Para desenvolver temas tan amplios en un artículo, forzosamente debo hacer un trabajo de síntesis.

I

Lo primero, "sí", que enaltece, helo aquí:

Es su *capacidad económica*, su desarrollo industrial, agrícola y ganadero, que avanza en progresión geométrica, en cantidades enormes; su selección y refinamiento, invirtiéndose grandes capitales en adquirir factores (semillas, maquinarias y progenitores) de los últimos progresos en los países más ricos y prósperos de Europa, Estados Unidos, Australia y Canadá. Por ello pesa ya seriamente la Argentina en el comercio internacional, con sus granos, carnes, lanas, cueros, maderas, combustible y tanino; de grandes bosques, yerba y hacienda en pie, como empieza a hacerlo también con azúcar, harina, vinos, algodón, petróleo, frutas y reproductores bovinos, caballos de carrera, carneros, etc. Tanto la cantidad como las excelentes calidades de esas grandes industrias arraigadas, son puestas a muy alto nivel, por sabios y profesionales extranjeros de mucha reputación, que han estudiado nuestro país, especulado con nuestros productos y constituído jurados competentes para clasificar nuestras admirables exposiciones. Corona la notoriedad de este sorprendente enriquecimiento, el volumen de nuestro comercio internacional, representado por tan grandes valores, que mueven la riqueza interior y acumulan ahorros al pueblo y crecidas rentas al Estado.

Es el *tráfico ferroviario* por todos los ámbitos de nuestro extenso territorio, con líneas extensísimas y costosas (la mayor parte de empresas privadas y varias líneas del Estado) a causa de la trocha ancha y de obras de arte abundantes, que encarecen un tanto la producción nacional con fletes excesivos, mientras no aumente el tráfico, por la amplitud de población, de cultivos y pastoreo de haciendas, y mientras no se utilicen los ríos, que, según Alberdi, corren silenciosos y estériles, y se construyan canales.

Es el *movimiento portuario* de grandes proporciones, enfocado en la Capital, en Rosario, en la Ensenada, en Bahía Blanca, en Santa Fe, Paraná, Concordia, Ibicuy, etc., sirviendo rápidamente para la exportación de nuestros enormes productos y cosechas, como para la importación de manufacturas, maquinarias, animales finos, movimiento de población que inmigra y que sale del país en condiciones regulares, ya por las instalaciones portuarias, ya por las líneas férreas que concentran y dispersan el tráfico de hombres y cosas. En todos los puertos se han adoptado los progresos más eficaces de otras partes; y llenan satisfactoriamente las necesidades de la exportación y de la importación, como también sirven al despacho aduanero, que provee al país de la principal renta. Las construcciones portuarias son del Estado o de empresas particulares, varias como apéndice de ferrocarriles.

Es la *vida urbana* en *ciudades muy importantes*, por su población crecida y notables progresos en todo; encontrándose también en buenas condiciones la edificación de pueblos, aldeas y casas aisladas, de vivienda y de industrias. En la Capital, especialmente, y en las otras ciudades más populosas, descuella la Argentina por la ornamentación, estilos diversos y elegantes de las casas; por la salubridad, afirmados, escuelas, universidades, teatros, iluminación, policía, hospitales, fábricas, templos, edificios públicos, plazas, hipódromos, avenidas, parques, jardines zoológicos y botánicos, museos, etc., todo de las mejores imitaciones del extranjeros y peculiaridades nuestras, con prudencia, seriedad y buen gusto, — figurando nuestra Nación en todo cuanto vamos diciendo, a la cabeza de las repúblicas de origen hispano lusitano, que, a su vez, se van transformando según las corrientes inmigratorias e instructivas que nos vienen de Europa, con nuevas inclinaciones diversas.

Es la *instrucción pública* satisfactoria en general, desde jardines de infantes, escuelas comunes elementales, colegios nacionales, escuelas normales, profesionales de mujeres, de artes y oficios, de comercio, de industrias, de seminaristas, especiales (hasta de ciegos y sordo-mudos), Universidades, tal vez excesivas, observatorios astronómicos y oficinas meteorológicas. Escuelas agrícolas y veterinarias, vitivinícolas y para azúcar, como vendrá para el cultivo del algodón, etc., etc. El presupuesto destina partidas ingentes para instrucción pública, y también las Provincias, aplicándose los mejores métodos y utilizando el concurso de autores, sabios y especialistas, que nos vienen de Europa y Estados Unidos, máxime ahora que prevalece el canje recíproco de profesores ilustrados y conferencistas. Cabe observar, sin embargo, que la gran difusión instructiva del país, siempre índice de progreso en todas partes, está recargada de enseñanza teórica y enciclopédica, nociva a los conocimientos positivos que se deben adquirir en el tiempo más breve posible, para utilidad práctica de la vida en cierta edad de trabajo eficiente y gozar luego en la vejez, de reposo y comodidad con familia. A pesar de lo mucho que se ha hecho en difusión escolar, y de marchar también la Argentina a la cabeza de las repúblicas hermanas del Continente, hay todavía muchos miles de niños analfabetos por falta de escuelas, de maestros de campaña, de libros y útiles. La enseñanza obligatoria, laica y gratuita, ha dado muy buenos resultados. Hay que extender también la enseñanza, siquiera elemental, de leer, escribir y contar, a la masa muy crecida de adultos analfabetos, criollos de la campaña y venidos del exterior, especialmente de España, de Italia, de Rusia y de Turquía.

El *territorio* de la República Argentina tiene tal amplitud, diversidad de zonas y feracidad de suelo, clima templado, regularidad atmosférica, lluvias, vientos, temperatura, numerosos ríos navegables, lagos, lagunas, delta extenso, etc., que lo hacen apto para contener en buenas condiciones de vida y de bienestar, a *doscientos* y aun *trescientos millones* de habitantes, mientras sólo cuenta con *diez millones*. Tiene una Capital enorme y magnífica, desproporcionada a la población actual, a la espera del gran desarrollo territorial que promete su riqueza; a la mejor inmigración europea, fácil

EL DAÑO

Hoy crucé por tu lado. No sé qué pensamiento
turbador, tejió sombras en tu clara retina.
¿Rozó tu nuca el soplo cálido de mi aliento
y evocaste el perfume de mi piel ambarina?

Pasé sin saludarte. Mis pupilas curiosas,
recorrieron la curva de tu mentón agudo,
y luego, sin quererlo ¡recordé tantas cosas,
que en mí se hizo el recuerdo como apretado nudo!

¿Eras tú, aquél? Tu boca se plegaba tranquila
—yo la besé en un tiempo bajo la tarde lila—
y poseí el secreto de tu espíritu huraño

pero hoy, tus claros ojos se entornaron al verme
como si el dulce miedo de volver a quererme
te licuara en las venas la certeza del daño.

ROSARIO SANSORES.

Hombres estancados

El ideal se encarna, se mueve, palpita; se llama Dantón en la tribuna, Palafox en la brecha, en la hoguera Servet. Alumbrando con sus fulgores el cerebro del héroe o del genio, le lleva a Ginebra Calvino, a Roma Galileo, a América Franklin, Bonaparte a Lodi. Nacido en las nebulosidades de un cráneo, acaba por alumbrar a los mundos con fulgor que sólo se extingue cuando los pueblos y las razas oyen ese supremo llamamiento, tras del cual se derrumban en el templo, dejando tras de sí el polvo de oro con que la historia cubre los nombres augustos de las civilizaciones que fueron.

¡Vivir! Vivir es eso: surgir al eco de una voz, encarnar una idea, realizar un destino, cumplir un fin; no pasar como sombra funesta sobre un pueblo o sobre un hogar, sin dejar otra huella que el soplo helado que se cierne sobre los sitios muertos, sobre las aguas estancadas; porque las aguas, como los hombres, como las sociedades, no pueden estancarse sin infestar el lugar en que habitan.

ANTONIO ZOZAYA.

de asimilar, constituyendo en Sud América, al émulo fraternal de Estados Unidos, cuyas instituciones, buenas costumbres y audacias industriales imita.

Su legislación, en materia constitucional, de instrucción pública, electoral, de obras públicas, de asistencia social, de inmigración, ferroviaria, de puertos, de ciudadanía, los códigos civil, penal, de minería, de comercio y de procedimientos; su organización de justicia, el régimen federonacional, a que se llegó concordando tendencias históricas y en armonía con los progresos de los pueblos más adelantados, — el conjunto de su legislación es conveniente y adelantada, salvo reformas que va aconsejando el tiempo; pero tal como está, garantiza regularmente la libertad, la justicia, el progreso, la propiedad, el bienestar y la familia.

En *materia internacional*, es esencialmente pacífica; devota del arbitraje, ha solucionado en forma definitiva toda cuestión con sus vecinos, y cultiva muy buenas relaciones con todos los países, como lo reconocieron con valiosos obsequios en las fiestas del Centenario; y asistiendo a congresos, conferencias, etc.; y ahora se apresta a concurrir a la Liga de las Naciones, para propender a la pacificación del Mundo, y a las múltiples iniciativas y asuntos de interés mundial, de progreso, de higiene y de humanidad; de impulso al desarrollo económico, coordinando su vasta producción ganadera y agrícola, con necesidades apremiantes de países de población, de manufacturas y de maquinarias desbordantes. Para el logro de tan fecundos asuntos, facilitan estos rasgos nacionales: tolerancia, igualdad civil, cultura, hospitalidad, simpatía al inmigrante sano y trabajador; como su sistema laico escolar, que previene los odios, el fanatismo y aun las guerras religiosas, facilitando la fusión pacífica de las mejores razas humanas, bajo los ejes y patrones argentinos, de nuestra constitución adelantada. Son normas reconocidas, la igualdad civil del criollo y del extranjero, como la protección a las familias e intereses económicos. No existen rencores ni incompatibilidades inavenibles de razas: todos los humanos conviven bajo garantías comunes.

Las *instituciones armadas* del país, el ejército, la escuadra y la aviación, con el servicio militar obligatorio, las escuelas técnicas, en buen pie y justamente elogiadas por viajeros competentes; la modernización de los dreadnoughts y el buen estado de acorazados construídos en Italia, de cruceros, y la eficacia del Puerto Militar, como la utilidad de los campos de maniobras y de los ejercicios en marchas y campañas, puede afirmarse que aseguran la paz y el respeto de la Nación, bajo los altos comandos discretos y preparados, como de una oficialidad esmerada y competente. Todo está proporcionado a nuestras finanzas; ampara la soberanía contra cualquier agresión; y basta para mantener nuestro rol en Sud América.

La *orientación científica* dada en nuestras Universidades, como los planes, edificación y programas de la instrucción popular en múltiples escuelas distribuídas en todo el territorio, como asimismo la instrucción especial en muchos institutos, todo armoniza con iguales tendencias intelectuales de los países más adelantados, consultando aquí las exigencias primordiales en bellas artes (pintura, poesía, escultura, música), en industrias, profesiones (de hombres y mujeres), y en comarcas donde se especializa e intensifica la riqueza rural.

El *sistema económico* que prevalece ,es el proteccionista, algo atenuado; el cual, no obstante las graves objeciones que se le hacen con verdad y razón, es el dominante en la gran mayoría de las naciones; y siendo esto así, como después de haberse empleado grandes capitales en industrias que requieren para vivir al amparo de la muralla aduanera y que representan enormes intereses en obreros y capitales, se tolera y hace llevadero, mientras se suprimen o atenúan los abusos y los excesos, a cuya sombra enriquecen industriales privilegiados, a costa del pueblo consumidor, tan nacional como las industrias protegidas a igual título, muy regalados por un fisco que chupa demasiado jugo al pueblo. A pesar de los daños económicos que producen los sistemas fiscales artificiosos y de privilegios, aquí como en los demás países proteccionistas realizamos progresos muy apreciables, aproximados al desarrollo económico gigantesco de la patria del librecambio, la Gran Bretaña.

Las *zonas* de cultivo y de ganadería, aumentan de año en año, merced al crecimiento de población, prados de engorde, irrigación y a la demanda del comercio interior y exterior, como así mismo influye en este progreso, la mejora de productos por cuidados, cultivos y semillas superiores, que aconseja la enseñanza de las escuelas, y lo que aprenden en el exterior los jóvenes becados y que aplican aquí. De esta manera, aumenta y mejora la producción, por exigencias y ventajas de la concurrencia mundial.

La *prensa argentina* ocupa un elevado nivel de cultura, de propaganda y de civilización, como en los países más adelantados de Europa y América, exhibiendo secciones mejor atendidas que en éstas, ya en servicio telegráfico, ya en colaboradores de primeras firmas, en materias literarias, políticas, industriales y científicas, grabados finísimos, poesías y novelas. La propaganda de los diarios alcanza a todo el país; los hay muy buenos en las demás ciudades y aldeas, para servir los intereses locales. Cada persona que sabe leer y escribir, recibe su diario, en castellano, en francés, en inglés, en alemán, en italiano y hasta en árabe, instruyéndose con su propaganda diaria. Numerosas revistas, publican trabajos más eruditos y sesudos; y muchas librerías y bibliotecas ponen los libros al alcance de todos, los extranjeros y los argentinos.

Como *exponente de alta cultura*, exhibe hombres de volumen continental, periodistas famosos, autores de libros de valer, estadistas, de obras de mérito, limitándome a una breve enumeración de los principales: Rivadavia, Moreno, Saavedra, Monteagudo, Paso, Rodríguez Peña, Pueyrredón, Laprida, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Juan B. Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Bernardo de Yrigoyen, Valentín Alsina, Vicente López, Esteban Echeverría, Vicente Fidel López, Guillermo Rawson, Roque Sáenz Peña, Manuel Quintana, Virgilio M. Tedín, Carlos Guido y Spano, Almafuerte, Olegario V. Andrade, Aristóbulo del Valle, Ignacio Pirovano, Leandro N. Alem, Carlos Pellegrini, Carlos Calvo, Luis M. Drago, José M. Estrada, José Lino Churruarín, Onésimo Leguizamón, Pedro C. Molina, José M. Moreno, Miguel Cané, Julio A. Roca, Francisco Berra, Francisco Moreno, Estanislao S. Zeballos, Ricardo Gutiérrez, Dalmacio Vélez Sársfield, Mamerto Esquiú, Marcos Paz, Rufino de Elizalde, Lisandro Segovia, Torcuato de Alvear, Florentino Ameghino, Félix Frías, Rafael Obligado, etc. Dan también alto relieve mental al país, los famosos militares, como San Martín, Paz, Belgrano, Dorrego, Urquiza, Guido, Brown, Lavalle, Güemes, los Mitre y J. A. Roca, cuyas hazañas gloriosas ilustran nuestra historia.

Cabe apuntar esta peculiaridad, que entre los más eminentes, varios fueron autodidactas, sin haber cursado en ninguna universidad, como Mitre, Sarmiento, Guido, Pueyrredón, Almafuerte, Andrade y Guido y Spano. Sólo enumero los principales prohombres muertos, omitiendo muchos de singular valer; y cantidad considerable de personajes sobrevivientes, que descuellan en las letras, en oratoria, en política, en industrias, en ciencias, en artes, en el gobierno, en el Foro, etc.

Los intelectuales de la República Argentina son muy dignos de figurar con honor entre las clases dirigentes ilustres de cualquier país; y al nivel de los altos méritos de los prohombres citados, me basta recordar la figura brillante del doctor Mariano Castex, tan aplaudido en París, en Roma, en Madrid, en Berlín y en Estados Unidos; la solicitud de varias universidades de este país, para que el Dr. Drago fuese a dar un ciclo de conferencias sobre derecho internacional; la jira de discursos notables del Dr. Zeballos en la misma república; el papel airoso de nuestros delegados en congresos de Europa y de América; los juicios muy favorables europeos, sobre pintores, poetas y publicistas argentinos.

Estos factores de hombres y de cosas, que dejo esbozados, entre muchos ejemplos similares, dan renombre a nuestra República, colocándola en alto nivel, en la "*cumbre*" de país afortunado.

En la enumeración sintética precedente, acerca de la riqueza natural, de las industrias y del desarrollo económico del país, por abreviar, no menciono la potencia, la expansión y el impulso enorme dado por los grandes bancos de la Nación e Hipotecario Nacional, con numerosas sucursales en todas las provincias.

(Concluirá).

FUGACIDAD

A Eduardo G. Mazzola.

Sueños de niñas enamoradas:
¿Quién dice rosas? ¿Quién ilusión?
¡Si la alegría de los jardines
Está en la lluvia del surtidor!

El cielo finge toldo de raso;
Los cisnes bogan en lago azul.
¡Pasa corriendo la primavera
Y nos sonríe la juventud!

Las aves cantan sobre los pinos.
Luna de Italia, sol de París...
Noches, mañanas: ¡cómo sois lindas
Por lo distantes que estáis de aquí!

Si en la otra vida, cuando reencarne
Mi alma—¡oh, celeste transmigración!—
Vuelvo a sentiros como algo mío,
De luz y sombra será mi amor.

Por eso ahora digo el romance
De las campiñas en la ciudad,
Como el que sabe que cualquier día
Sus grandes ojos se cerrarán...

SANTOS AGUILERA.

Otoño, 1926.

CURIOSIDADES

Se calcula que fueron más de 200.000 personas las que quedaron enterradas debajo de las montañas que se desmoronaron durante el terremoto que hubo en 1921 en la provincia de Kansa, en China.

* * *

Dice un filósofo francés que si no vivimos más de cien años es porque se cree que ese es el límite de la vida humana. Si la gente abandonara esa idea, viviría muchos años, seguramente siglo y medio.

* * *

Los escarabajos pueden entenderse y comunicarse entre sí mediante el ruido que hacen golpeando con la cabeza en algo de madera, aunque se encuentren a tres o cuatro metros de distancia uno de otro.

* * *

El Monasterio de San Benito, de Valladolid, fué fundado por D. Juan I, sobre el solar del antiguo Alcázar.

* * *

Las lluvias matan miles de ratas que viven en los campos. El agua entre en los nidos y ahoga las crías. Una larga estación lluviosa es también fatal para los conejos, pues una dieta constante de hierba húmeda les produce disentería y enfermedades del hígado. La mortandad es grande en esas épocas. En cambio, la liebre no padece con el tiempo húmedo.

* * *

Joseph F. Mikulec, es propietario del libro de autógrafos mayor del mundo. Contiene 50.000 firmas de príncipes, magnates, hombres de Estado, escritores, artistas, etc. En su búsqueda extravagante, Joseph F. Mikulec ha recorrido veintiseis países, por espacio de veintidós años.

* * *

La civilización de los cazadores de mamuts floreció en Europa central durante un intervalo en la edad de hielo; entre este intervalo y la época de retirada de los hielos, se extiende un período de unos 10.000 años de duración.

* * *

Ibsen es el autor dramático que escribió con más lentitud sus obras. Aun cuando se pasaba diariamente en su biblioteca cinco horas trabajando, tardaba más de cinco meses en escribir un drama, y no produjo más de uno al año, pues, por lo general, escribía y retocaba tres veces cada una de sus obras.

* * *

El arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, reunió en Alcalá de Henares su célebre Concilio durante el cisma entre Urbano VI y Clemente VII, en 1378.

* * *

En el atrio de la iglesia de San Miguel, de Segovia, se efectuó la proclamación de Isabel la Católica, como reina de Castilla.

* * *

La mula, el elefante, el camello, el reno, la llama, el yack, la cebra, el perro, el búfalo y el buey son bestias de carga en diferentes países del mundo.

* * *

Es curioso el hecho de que hubiera en Londres antes de la guerra más de dos mil limpiabotas callejeros y ahora no pasan de cuatrocientos, y cada día disminuyen más.

* * *

La Municipalidad de Londres gasta todos los años cerca de veinte mil pesos en arena para echar en las calles cuando están resbaladizas, a fin de evitar que los caballos se caigan y que "patinen" lateralmente los automóviles.

* * *

En los bosques frutales de los Estados Unidos hay más de doscientos millones de manzanos.

* * *

Pocas profesiones existen más arriesgadas que la de recolectar alcanfor.

La isla de Formosa, que prácticamente abastece al mundo entero de alcanfor, está habitada por una raza de Cazadores de Cabezas, cuya crueldad no tiene semejante. Miles y miles de buscadores de alcanfor, principalmente chinos, han pagado con la vida el derecho de ejercer su peligroso oficio.

Repartidos por la isla, con el propósito de obtener la tan discutida droga, existen unos ocho mil operarios, agrupados en pequeñas colonias, protegidos por tropas japonesas. Esta medida de protección no siempre es eficaz para librarlos de los terribles cazadores de cabezas, quienes asaltan esas colonias y asesinan a los que las forman y destruyen cuanto encuentran en ellas.

Formosa es el único punto del mundo donde existen grandes bosques de árboles de alcanfor. Una idea de la inmensa fortuna que representa eso, se puede formar calculando que de un árbol cuya circunferencia en su base es de doce pies, se ha extraído alcanfor por valor de 1.000 libras esterlinas.

El gobierno japones no parece resuelto a que esos feroces salvajes continúen evitando que puedan ejercer uno de sus más valiosos monopolios.

Además de haber votado un subsidio de un millón de libras esterlinas para contribuir al desarrollo de esa industria, ha dispuesto el envío de más tropas a la isla, a fin de exterminar a los cazadores de cabezas, si no aceptan las condiciones de civilización.

* * *

Capricho de millonario fué un paseo organizado por un magnate norteamericano a través del Mediterráneo en un vapor de lujo, siendo el costo de la excursión de siete mil pesos oro argentinos.

La navegación duró dos meses.



Fiesta organizada por el Círculo de la Prensa





Con gran lucimiento, llevóse a cabo en el teatro Coliseo, la fiesta artística organizada por el Círculo de la Prensa y en la cual prestaron su concurso numerosas y destacadas figuras de varios elencos teatrales. — A la izquierda: los artistas Fanny Anitua, Luisa Bertana y Titta Ruffo, con los maestros que los acompañaron en el piano. — A la derecha: las Fisher's Girls, del teatro de la Opera, bailarinas que interpretaron el "Ukelele Lady".



Vistoso conjunto de los teatros Maipo, Porteño y San Martín, con las primeras tiples Iris Marga y Laura Hernández, al frente, que tomaron parte en el cuadro titulado "Valencia".



El dramaturgo español, señor Gregorio Martínez Sierra, acompañado del veterano primer actor Rogelio Juárez y de otros valiosos elementos teatrales, que también prestaron su cooperación a la fiesta.

Almuerzo en honor del Sr. Díaz Vélez



La comisión directiva de la Liga Nacional de Contribuyentes Territoriales organizó en honor de su presidente, señor Eugenio Díaz Vélez, un almuerzo que se sirvió en el salón Elizabeth del Jockey Club. — El obsequiado, con un grupo de caballeros de los que concurrieron a la demostración. — El acto fué ofrecido por el doctor Nicolás A. Avellaneda, a quien contestó el interesado, agradeciendo la distinción de que se le hizo objeto.

Liceo Nacional de Señoritas



Con la asistencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, realizóse en el Liceo Nacional de Señoritas un acto en honor de los profesores doctora Ernestina L. de Nelson, señorita Elena C. Rossi, doctora Elvira V. López y señor Manuel A. Paez, con motivo de retirarse de la enseñanza. —Ofreció la demostración el rector de dicho establecimiento, doctor Abeledo, a quien siguieron en el uso de la palabra, la ex alumna, señorita Ravinovich, el ministro, doctor Sagarna, y la señorita Rossi, que agradeció el homenaje. — El ministro de Justicia e Instrucción Pública, mientras se realizaba el acto.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la ceremonia.

Homenaje a la memoria del almirante Sáenz Valiente





Con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte del almirante Juan Pablo Sáenz Valiente, realizóse en el Centro Naval un acto rememorativo, que consistió en la colocación de un retrato del extinto, adquirido por dicha institución. — A la izquierda: un aspecto de la concurrencia en momentos de descubrirse el retrato de referencia. — A la derecha: el contraalmirante Enrique Fliess, acompañado por los hijos del extinto, leyendo un discurso de circunstancias.

Misión científica



Doctor Enrique Feinmann, a quien el P. E. acaba de designar para que estudie en Europa las condiciones en que se desenvuelven los establecimientos hospitalarios de la clínica del trabajo y reeducación profesional, y la organización de los Ministerios del Trabajo.

Bibliografía



Señor Carlos Prendez Saldías, distinguido poeta chileno y autor del libro titulado "Devocionario lírico", recientemente dado a publicidad.

Vida administrativa



Ingeniero don León Emilio Walls, que después de una destacada actuación, al frente de la subdirección general de Arquitectura, del Ministerio de Obras Públicas, acaba de acogerse a la jubilación. Con tal motivo será objeto de una demostración el día 19 del actual.

Sociedad "San Crispín"





Festejando el septuagésimo aniversario de su fundación, la Sociedad de Socorros Mutuos "San Crispín", organizó un gran festival artístico - danzante que se realizó en los salones de la asociación "Unione e Benevolenza". — Dos simpáticos grupos del elemento femenino que dió realce a la mencionada fiesta.



Una vista parcial de la sala, tomada durante un intervalo del baile, que constituyó uno de los números del programa de fiesta.



Fiesta de beneficencia organizada por el Asilo Israelita Argentino





Con objeto de allegar recursos en beneficio de las obras que sostiene el Asilo Israelita Argentino, la comisión directiva de esta institución organizó un baile de gala que se llevó a efecto en los salones del Prince George's Hall y que alcanzó lucidos contornos. — Dos grupos de señoras y señoritas que tomaron parte en la fiesta.

GENTE MENUDA



María Valle



Víctor Carbone



Lucía Olga Ramos Acerbi



Juana Angela Carbone



Emilio Alvarez



Fermín Alberto Alvarez



Dora Carmen Pogliacomi





Alberto Nicolás Castagnasso



Tito Hernández

Fallecimiento del dibujante Diógenes Taborda

Toda la amplia popularidad, toda la afectuosa simpatía que Diógenes Taborda supo conquistar entre el público porteño, acaba de ponerse de manifiesto en la exteriorización del hondo pesar, con que una numerosa concurrencia, acompañó, hasta su última morada, a los restos del malogrado artista, prematuramente detenido en su ruta triunfal. Con la muerte de Taborda, nuestro colega "Crítica" pierde, en su fisonomía moral, aquel inconfundible rasgo de contagiosa risa, de ingeniosa travesura, que imprimiera a sus páginas el lápiz del extinto y que tantos éxitos le valiera entre la gran masa de sus lectores. He aquí una original fotografía del artista, en su mesa de trabajo, mientras diluía su natural gracejo en sus célebres "monos".





El cortejo fúnebre saliendo del local de la Sociedad Unione e Benevolenza, donde fueron velados los restos.



El féretro, al pasar frente a la casa del diario "Crítica", recibe el último y sentido homenaje de los compañeros del extinto.



El señor Claudio Martínez Paiva, pronunciando una oración fúnebre al ser sepultados los restos en el cementerio de la Chacarita.



Inauguración oficial de las usinas de Cacheuta



El gobernador de Mendoza, doctor Orfila, acompañado de las demás autoridades provinciales, durante el acto inaugural de las usinas de Cacheuta.



Núcleo de ingenieros que dirigieron la construcción de esta importante obra pública.



El vicegobernador de la provincia y el gerente de la Compañía.



Una vista de las usinas



El doctor Orfila da paso a las aguas, abriendo la primer compuerta del gran dique, acto con el cual inauguró la mencionada obra.



Vista parcial de las compuertas del dique



Grupo de personas conocidas que concurrieron a la inauguración
(Fots. Capra).



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — La señorita Rita Raquel Vivas y el señor Raúl Gorlero Pizarro, recientemente desposados.



Enlace de la señorita María Catalina Enciso con el doctor Juan Savón Salaberry. — Los novios después del acto religioso.



La señorita María Felisa Echevarría y el señor Eduardo Cartier, después de su matrimonio.



ROSARIO. — La señorita Lilia A. Di Persia y el señor José Luis Giacosa, después de sus desposorios.



CAPITAL FEDERAL. — Enlace de la señorita María Angela Sánchez Lima con el doctor Juan C. Hettich. — Los contrayentes después de la bendición religiosa.



Señorita Prestianni, que en breve contraerá enlace con el señor José Jacomosi.



ROSARIO. — La señorita Margarita Percilo y el señor César Pedofa, después de su casamiento.



Enlace de la señorita Maruja B. Chiavarello con el señor Oscar Ochoa. — Los novios después del acto religioso.

NOTAS INTERESANTES DE TODO EL MUNDO



Su cara... vale una fortuna. Helen Lee Worthing, quien durante algún tiempo formó parte de las Ziegfeld Girls, que luego se dedicó al cinematógrafo y que ha cedido, por 100.000 dólares, a una Compañía fabricante de perfumes, el derecho de utilizar sus retratos como reclame de los productos.



Esta fotografía fué tomada momentos antes de producirse la catástrofe. — Frank Robinson, a quien se ve jineteando un toro en un rodeo realizado en Salinas (California), fué lanzado al suelo y pisoteado por el animal, saliendo bastante maltrecho del lance.



Un curioso aparato empleado en Alemania para educar y fortificar los músculos de los atletas, durante su entrenamiento.



Nuevos cañones antiaéreos de cinco pulgadas, emplazados a bordo del "West Virginia", primer buque de la flota norteamericana que ha sido dotado con ellos. Tienen un alcance de 12.000 pies.



Mrs. Kermit Roosevelt, con uno de los hermosos ejemplares de tigre que cazó durante su permanencia en Nepal.



Dos originales fotografías tomadas en el jardín zoológico de Nueva York. Trátase de un pájaro pescador, en el momento de zambullirse en el agua y tomar impulso, y después, cuando ya ha alcanzado su presa, que aparece ensartada por su agudo pico, a manera de terrible lanza, dirigiéndose a la superficie del líquido para devorarla cómodamente.



Spike Webb, entrenador de dos equipos olímpicos norteamericanos y actualmente en la Academia Naval, conduciendo una cantidad de guantes para sus discípulos.



UN ARTISTA ARGENTINO

El escultor Santiago José Chierico



Figura artística en la cual el autor profundiza sus conocimientos de anatomía.



El escultor Chierico, en su taller de Liniers.



Figura simbólica de un mausoleo



''Retrato del señor S. Ferrari'', obra presentada en el Salón de Rosario.



''Retrato de un niño''.

Hace quince años, o más, o acaso menos,—que en esto de las fechas la memoria suele serme infiel,—conocí a un joven, con aspecto de viejo, que se dedicaba con entusiasmo, con pasión, al arte escultórico. Antes de conocerle, un poeta amigo me había hablado de una obra de ese novel artista; una obra atrevida por la forma y por el fondo. Más aún: me invitó para que fuera a verla. No fuí, Por la descripción que me había hecho el poeta, era la obra de una tendencia artística que no me atrae. Yo las defino así: ''Obras de hospital''.

Mucho oí hablar, y por muchos años, de esa obra de Chierico, que no fué expuesta. Hay obras así, que tienen suerte, que van ganando popularidad merced a las opiniones de los visitantes intermitentes.

No conozco esa obra de Chierico, ni siento deseos de conocerla. He podido apreciarle dentro de una obra sana. ''suya'', — y esto significa mucho, —una obra que podríamos definirla ''clasicismo moderno''.

Conoce profundamente la anatomía del rostro. Y es en los rostros de ancianos, rostros secos, escasos de carne, donde esta envidiable virtud del artista se revela plenamente, maestramente.

Cuando visité a Chierico por primera vez, en Flores, sólo tenía ahí obras de pequeñas dimensiones. Su taller estaba instalado en Liniers. Pero en esas obras pequeñas,—cabezas de niños, en su mayoría,—descubrí relevantes condiciones.

—¡Oh! Muy hermosos sus muñecos,—le dije.

—Muñecos? ¡Así califica usted el producto de mi cincel?

Y rió con risa amarga.

En seguida recordé un pasaje de una comedia de Benavente. ¿Cuál? He dicho que mi memoria suele serme infiel. Ah? Acaso ''La noche del sábado''. Sí. se habla de un escultor de talento, quizá genial, que podría asombrar al mundo con una obra colosal y que se dedica ¡exigencias de la vida!, a plasmar arcilla para dotar de alma a estatuitas, muy bellas, en verdad, pero que se destinan a escritorios comerciales, donde se utilizan como prensa - papeles.

Hacía poco tiempo que Chierico había contraído enlace. Muy joven su compañera. Era su sonrisa infantil. Su cabecita me recordaba esos cromos que representan niñas norteamericanas. Pero en esa niña, en esa jovencita, había un alma muy fuerte. Acaso la obra de Chierico,—quien ahora empieza a surgir,—no se hubiese realizado sin su influencia.

A pesar de las apreturas económicas, aquel hogar, aquel pequeño departamento, sonreía. Diríase que la esposa de Chierico le trasmitía su alma optimista, encantadora. Y el escultor, así reconfortado, se improvisó un tallercito en una reducidísima piecita alta, donde trabajaba por la noche.

A Chierico,—por su indumentaria, sin duda,—se le creía un anarquista. Una vez, y sin motivo, las autoridades le detuvieron. Y él, aburrido de esa inmovilidad, de la inacción que le imponían, se entretuvo haciendo la caricatura de varios empleados policiales, quienes, al descubrirlo, rieron de buena gana.

El mes de mayo lo pasó en la ciudad de Rosario de Santa Fe, realizando una obra que se le encomendara: dos figuras decorativas, tamaño doble natural, destinadas al palacio de la Liga Agraria. Se le ha encomendado también una estatua de Ceres y el busto de Rivadavia, obras que realizará así que dé fin a otros trabajos de escultura aquí iniciados.

En la última exposición del Salón Nacional obtuvo un segundo premio. Es un paso más hacia el triunfo definitivo.

Actualmente, el artista reside en Liniers, con su esposa y tres hijos, de los cuales la mayor,—una nenita, —declama admirablemente.

Si el gobierno o las instituciones argentinas,—instituciones de arte, — le prestaran apoyo, Chierico realizaría obra fecunda en belleza.

Con todo, a través de la lucha por la vida, Chierico va abriéndose paso, entre el egoísmo de unos y la simulada indiferencia de otros. Ojalá llegue allá, adonde su visión artística le guía.

LEONARDO A. BAZZANO.



''Cabezas de estudio'', adquiridas por el Museo de Artes, de La Plata.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



La nueva actriz Dolores Costello, protagonista de "La presa del faro", que interpreta con John Harron, cinedrama que la General estrenará el viernes próximo.



Owen Moore, Pegy Hopkins y Eearle Williams, protagonistas de "Entre perlas y rasos", superproducción Marshal Neilan, que la Corporación exhibe actualmente.



Priscilla Dean que, con John Howers, interpreta "La mujer peligrosa", cinedrama que Max Glucksmann estrenará el viernes próximo.



House Peters y Wanda Hawley, en el cinedrama "Entre llamas", que la Universal estrenará pasado mañana.



Margaret Livingston, Magde Bellamy y George O'Brien, protagonistas del cinedrama "Desolación", que la Fox presentará el jueves próximo.



Conjunto de admirables bellezas que aparecen en la cinta "Entre perlas y rasos", (Peggy Hopkins, de pie, en el centro), que la Corporación está distribuyendo.



Colleen Moore y Lloyd Hughes, en el cinedrama "Flor del desierto", que Max Glucksmann estrenará el domingo próximo.



La representación mendocina en la Exposición de Vialidad

La típica carreta mendocina que, junto con otros exponentes característicos de aquella provincia, se exhibe en la Exposición de Vialidad, Transporte y Turismo, instalada en la Sociedad Rural de Palermo.



José María Fernández, el paisano engalanado con el mejor apero que se conoce en Mendoza y que también puede verse en la mencionada Exposición. (Fots. Capra).



Doctor Daneuman, delegado del gobierno de Mendoza, en el citado torneo.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE





Festejando los éxitos periodísticos del diario "Reflejos", el director de dicho colega, señor José María Caffaro Rossi, fué objeto de una demostración de simpatía, consistente en un banquete que le fué ofrecido en el Bar Los Bancos. — A la izquierda: vista parcial de los comensales, durante la realización del acto.—A la derecha: el obsequiado, señor José María Caffaro Rossi.



La semana del maíz.—Grupo de cerealistas, reunidos en el local de la Bolsa de Comercio, escuchando la conferencia pronunciada por el ingeniero agrónomo, señor A. Porcel.



Match Tiro Federal - Rosario Central. — Capitanes F. Sarasíbar y R. Cochrane y el referée que suspendió el partido, a causa de los incidentes promovidos por el público.



Componentes del team Tiro Federal.



Jugadores que integraron el equipo de Rosario Central.



Competidores que tomaron parte en la carrera ciclista Rosario - Arroyo Seco - Rosario, o rganizada por el Nuevo Club Ciclista Rosario. (Fots. Flores Toledo).



Enrique Calvo, ganador de la prueba.



De Mendoza - Las fiestas patrias - Tiro Federal



El gobernador y vice de la provincia de Mendoza, doctores Alejandro Orfila y C. Saa Zarandón, respectivamente, presenciando el desfile militar del 25 de Mayo.



El senador nacional, doctor Carlos Wáshington Lencinas, el doctor José Hipólito Lencinas y el secretario de la Gobernación, doctor Klot, durante las fiestas patrias.



El gobernador y vice de la provincia, los ministros del Poder Ejecutivo, el coronel Saf ourcade y otros caballeros, ocupando el palco oficial, mientras se efectuaba el desfile.



El mandatario mendocino, doctor Orfila, el vicegobernador doctor Saa Zarandón y el jefe de policía, señor Evans, en la inauguración del Tiro Federal.



El doctor Orfila, como ante un blanco del ''régimen'', trata de poner la bala donde pone el ojo, a fin de que el primer disparo sea digno de la ceremonia inaugural.



Las autoridades y los dirigentes del Tiro Federal, durante el lunch con que aquéllas fueron obsequiadas. (Fots. Capra).

INFORMACIÓN GRÁFICA DEL INTERIOR





VILLA LA PUNTA (Santiago del Estero). — El oficial primero de la gobernación de la provincia, señor Carlos Lugones, su esposa y otras personas, durante un paseo campestre realizado por los alrededores de Villa La Punta, pintoresco lugar cuya primaveral temperatura y aires sanos, atraen a no pocos turistas de la región santiagueña.



BALNEARIA (Córdoba). — Señoritas de Dotti, Ferpozzi, Mattos, Gonzáles Leiva, Bianco, Lavarda y Pfeiffer, y señores Ferpozzi, Gianoni, Bitti, Vega, Mattalia, Rosetti, Colomé, Gutiérrez y Vietto, que bailaron el pericón nacional en la velada organizada por la comisión de señoritas pro edificio escolar, a beneficio de la escuela nacional N.º 64.



Señor Colomé, que dirigió el pericón nacional, en dicha velada.



SAN JUSTO (Santa Fe). — Una vista del lugar más pintoresco y preferido por el público, del jardín "El Retiro".



CAÑADA DE GOMEZ. — Estado en que quedó la fábrica de fideos recientemente destruída por un voraz incendio.

(Fots. Jordán, Bon y Flores Toledo).

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipiri







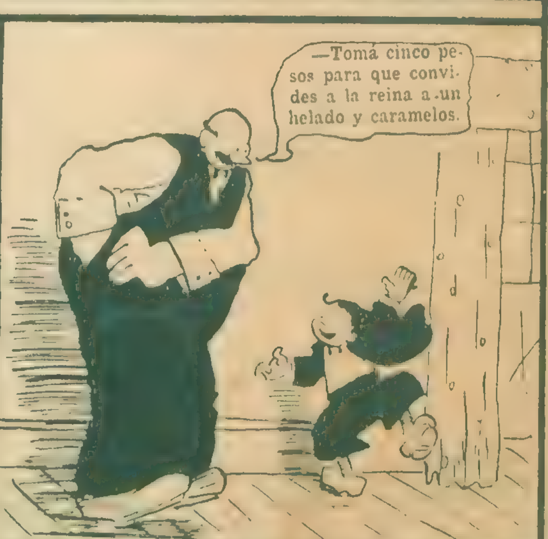






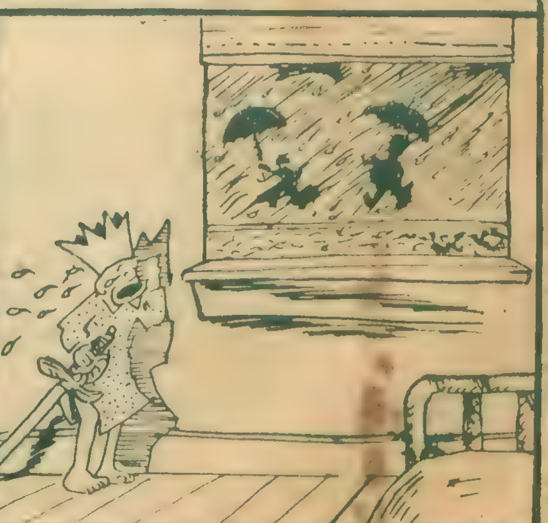












El laurel de Apolo

Por Charles Géniaux

(Traducción de Federico Leal)

Los pescadores de sardinas de Finisterre son realmente unos héroes, y su vida una verdadera epopeya.

—¡Me parece que exagera en la calificación de aquellos pacíficos bebedores de aguardiente!

—¿A quién podrá usted hacer creer que esos hombres que todas las noches se enchiqueran en sus camadas son marinos selectos?

—A usted mismo, ¡mi escéptico amigo!, que sin gran esfuerzo confesará que aquellos pescadores merecen que se los admire.

—¡Lo que son los juicios humanos! Señores, les ruego que me escuchen.

—Por lo menos, me concederá usted que el país de esos navegantes, la casi isla de Penmarch, con sus torreones medioevales, sus casamatas de granito y su capilla de Nuestra Señora de la Alegría, llaman bien la atención. ¡Qué suelo más sublime!

—¿Cómo se atreve usted a calificar así a aquel litoral desvastado por los huracanes, al punto que no queda ni una brizna de hierba?

—Perdón, calumnia usted a Penmarch, porque yo conozco allí un árbol, a decir verdad, un arbolito que está en el cercado de un pescador.

—Si es que habla usted del laurel de Herbot Guivión, tengo el sentimiento de comunicarle que ese fenómeno vegetal ha desaparecido, así como su valiente propietario.

—De vejez, seguramente.

—No, la cosa es más dramática, tanto para uno como para el otro. El único árbol de esta península ha sido asesinado, y yo fuí casi testigo de este crimen.

—Contadnos esa tragedia, querido artista.

—Encantado — respondió Julián Morel, el marinista.—Y desearía de buena gana que mi relato os permita representaros con detalles de verdad las cosas y las gentes de aquel extremo de las tierras bretonas; porque nuestros parisienses juzgan, según están de humor, bien por sus digestiones o por aventuras de hostería, al volver del veraneo, a las cosas de aquella tierra, calificando o de santos o de bárbaros, de héroes o de borrachos, a aquellos jayanes que podrían condimentar sus flaquezas con algunas virtudes reales. De ello váis a ser jueces.

* * *

Y el pintor Morel comenzó su relato de esta manera:

—En aquellos días, mi caballete y mis lienzos danzaban de Kerouil a Guilvinee. Armé mi tabanque en Saint Guenolé, y vivía en una casita de granito con una tapia entre dos rocas de la costa. El famoso Herbot Guivión, poseedor del árbol fabuloso, era mi casero.

Con que recordéis del *Abuelo de la verruga*, del Chirlandajo, en la sala de los Primitivos del Louvre, tendréis una imagen exacta de este patrón salvador. Aquel "valeroso marino" — como le calificaban en las sesiones de la Sociedad Central de Salvamento—tenía la apariencia de un buen hombre completamente paternal. En mitad de su cara abultada, su nariz amorfa, especie de roja patata holandesa, no contribuía ni mucho menos a darle la apariencia majestuosa que se exige a un héroe. Con sus ojos de un gris plomo, con puntos de oro, y entreabiertos entre los pesados párpados, parecía estar en perpetuo estado de somnolencia.

Picado de viruelas, los carrillos le temblaban cuando andaba pesadamente con sus enormes pies, calzados con suecos forrados de piel de conejo, pues Herbot daba la sensación de mansedumbre de un escribiente de un notario. En aquel lobo de mar no había nada que infundiera terror más que su frente, dura, inexpugnable, piedra musgosa embutida en la boina azul, que le llegaba al cogote, dejando ver como una especie de borla de cabellos que habían resistido al pellizco de las ventoleras. Ordinariamente, este marino no hablaba con voz ahogada y con resonancias roncas, como el eco de las ondas que salen de una caverna. Cuando se sentaba en su puesto de mando, con la caña del timón al costado, Guivión probaba que, como el océano, tenía todas las modulaciones y sus voces de mando estallaban con fuerzas sobrehumanas.

En tierra, Herbot Guivión adoptaba de ordinario la actitud taciturna de un labriego. Cuando mirando al Atlántico éste verdeaba de bilir, tenía una manera de mirar al mar que enmudecía a los más charlatanes. Los que le sorprendían en, estas meditaciones solían decir:

—¡Herbot huele la muerte!

Este es, pues, el hombre que plantó y cuidó de que creciera durante treinta años el único árbol de ese Penmarch de los huracanes.

* * *

La primera vez que vi a este célebre laurel fué el día que visité a Herbot para obtener de él en arriendo una chavola de su propiedad, para guardar mi quitasol y mis caballetes.

En la fonda me habían dicho:

—Reconocerá usted cómodamente la casa del patrón Guivión por el árbol que la distingue de todas. No hay forma de equivocarse: desde lejos le guiará a usted el árbol.

Sin embargo, conforme iba avanzando sobre la casi isla, buscaba vanamente el árbol que debía servirme de guía para no perderme. Cuando me asomaba por encima de los tapiales superpuestos, que dividían los huertecillos de los pescadores, no veía más que las coles. En aquel desolado paisaje marítimo, raso como un chaleco, mostraban aquellas verduras sus esbeltos tronchos como palmeras, con sus hojas encorvadas como las plumas. Una col, por muy gigante que sea, no puede pasar como un árbol ni aún en el Penmarch, dije a un pescador, de encapuchado capote que bajaba al poblado con los remos cargados al hombro.

—¿Pero donde busca usted el árbol?—dijo.—¿En el cielo? ¡Nada, hombre! Apunte más abajo, en aquella dirección, y topará con su plumero. ¡Eso, eso! No es ninguna escoba apoyada en la muralla, sino la encina de Guivión!...

A pesar de tales indicaciones, me costó bastante trabajo el distinguir una pequeñísima fronda que verdegueaba como un paraguas, que sobresalía como un pie por encima de un montón de piedras destinadas a cortar los vientos.

El tono zumbón del marino que me encontré me sorprendió algo. ¡Qué voz más desagradable! Unas cuantas piedras removidas en una lata vieja no darían sonidos mucho más agradables! Aquel marinero de atlético tórax tenía una cabeza ridícula de gaviota. Sus ojos lenticulares tenían una fijeza insolente. Este villano personajillo, de vez en cuando echaba miradas de odio al "árbol" de Guivión.

—¡Si usted supiera las trapisondas de este hombre para sacar adelante a "su bosque" y defenderlo del Noroeste, echaría usted pestes de él, señor! Y, sin embargo, le han recompensado bien, le han dado una cruz a su horticultura en defecto de sus hazañas de salvamento. Para hacer justicia, este hombre debía colgar su Legión de Honor en su laurel, como se hace en los concursos agrícolas, puesto que a él debe su éxito. En fin, si tuviera corazón se debía colgar él también para probarnos que sus ramas resisten mucho.

En aquel punto dejé con la palabra en la boca al envidioso sardinero para preguntarle su nombre.

—Tudnal Liscoet, segundo de la lancha de salvamento. Nuestros remeros votaron por el marino del árbol, siendo yo el que debía mandar la embarcación. Su "árbol" es lo que le da fama.

Con tales palabras amargas, aquel pescador, de zuecos forrados y abarcas, cuyas cintas rodeaban las piernas, se alejó a pasos lentos y pesados que querían aplastar la grava.

Ciertamente, que el que acababa de encontrarme no era un amigo de Herbot Guivión. Me encaminé en seguida hacia el "árbol" envidiado, para fijarme en sus menores detalles. Aquel laurel se había vendido con otras plantas destinadas para hacer setos o macizos. Con su industria, Herbot había transformado esa planta de ornamentación en una especie de árbol solitario. Todas las ramas sueltas que compró, las ató, y sujetas las plantó verticalmente. Aquel pobre laurel de Apolo se vió constreñido a no extenderse, obligándole a elevarse al cielo como un pino.

Por el otoño le ataban los nuevos brotes del verano para que salieran para arriba. A los veinte años, juzgando Herbot su laurel suficientemente alto y derecho, dejó a la cima o capa que se desparramara para tener alguna sombra. Os puedo afirmar con exactitud que la envergadura de aquella frondosa copa llegaba, pulgada más o menos, a



mi quitasol de artista. En aquella especie de isla, final de la tierra, expuesto a las furias de las tempestades, aquel árbol se conservaba de milagro. Unas paredes de piedras, colocadas en forma de pantallas, defendían por el Norte, Sur y Oeste a aquel árbol único de las borrascas invernales, que se le habían llevado como a una paja.

La casa de Herbot cerraba el sendero. Cubierta mitad de pizarra y con cañas erizadas a la manera del pelambre de una fiera, se parecía como una barca sardinera a otra, a todas las demás viviendas del país.

—Ya en la puerta, llamé a Guivión.

—Entre usted.

La habitación estaba empedrada con grandes guijarros, y en el fondo aparecía la cama adornada de viejos bronces y clavos de cobre, procedentes de alguna iglesia. En una escala, que desaparecía a la entrada del granero, había, colgada de un escalón, una jaula que tenía unos loritos o pericos verdes.

—¡Quién hay!—dije entrando en aquella obscuridad.

—¡Pase!

Detrás de una mesa-artesa, hecha con trozos de caoba, y debajo de la chimenea, vi a una aldeanota, de una gran espetera como la proa de una barca, que estaba sentada ante la olla en que hervía el caldo de nabos. A los pies de la mujerota dormía un gato rubio y un perro, a quien llamaban *Foca*, porque bufaba de una manera rara, que parecía decir: "¡Esto no marcha, no marcha bien!".

En el entablamento de la chimenea se veía encerrada en un frasco de pepinillos la guirnalda de azahar de una desposada. Los diplomas de los salvamentos de Herbot Guivión, pegados a las paredes encaladas, daban un ambiente de gloria y de drama de una grandeza especial a aquella humilde morada armoricana.

—¿Su marido no está en casa?—pregunté a la vieja gorda, que alzó la frente con su cara de tártaro de pupilas a medio abrir.

Sin dejar el cuidado de la olla, aquella mujer, extendiendo el brazo, me indicó saliese por donde colgaba una campanilla que doraba un débil rayo de sol. Atravesando un pasillo, donde el pescador tenía sus útiles, que olía a salmuera y a yodo, fuí a salir a un huertecello, en donde algunas legumbres medio tísicas se extendían en aquella tierra miserable.

Agachado y con la boina en la coronilla, como un santo viejo, Herbot Guivión, con la pipa terrosa y ahumada hasta el gañote, fumaba contemplando el laurel.

No podría afirmar que aquel personaje estuviese a la sombra, porque, en verdad, que hacía falta buen humor, aún para un hombre chico, para sostener que bajo aquel arbusto podría guarecerse de los rayos del sol... ¡No! Mucho más modesto de pretensiones, Herbot lo que hacía es, a algunos pasos de su obra maestra, contemplarla con sus ojillos grises, llenos de ternura. En aquel día de Julio, el follaje del laurel no dejaba de tener un cierto resplandor de esmeralda semejante a una hermosa cerámica de Loc-María. Algún espíritu criticón o descontentadizo quizá hubiera echado de ver que algunas hojas de aquel árbol ya viejas aparecían resecas y como roídas por los ratones. Mas tal crítica sería injustificada. Ya era bastante prodigioso que aquellas frondas diminutas pudieran narrar los tramas tremebundos del invierno. Sí, mientras que el patrón salvador de náufragos se encontrase brincando por la cresta de las olas, aullarían con una voz como salida de las entrañas de las ondas.

—¡Valor, compañeros; echad todas vuestras fuerzas, que hay hombres en peligro de perecer!...

Y el valeroso arbolillo, aguantando heroicamente las garras malditas del huracán, permanecía incólume, para que al volver su glorioso dueño, cargado de vidas salvadas, pudiera encontrar a su árbol querido. Hay que imaginarse los transportes de mutuo regocijo del héroe y de su laurel, cuando, aún anhelantes ambos, se volvían a ver, después de una tragedia del océano.

—Siempre valeroso y firme en su puesto, ¡bravo laurel mío!—le decía.—¿Qué te ha pasado? ¿Que el rodrigón que te he puesto se ha venido a tierra? ¡Qué cobarde!

Y mientras el pescador le endilgaba este discurso, el arbolillo, agitado aún por las últimas ráfagas de la tempestad, parecía que le contestaba:

—Amo mío, no me pongas esas muletas. Gracias a Dios y a tus cuidados estoy lo suficientemente robusto para defenderme. No obstante, si quisieras levantar las piedras que se han caído de aquella pared, no dejarías de ser prudente y previsor, pues si el enemigo intentara por esa brecha darme un nuevo asalto, quizá entonces el ataque fuera superior a mis fuerzas!

—¡Te comprendo! ¡Te comprendo!—gruñía Guivión, ante los signos que parece que le dirigían las ramas, y se ponía a arreglar la desmantelada mampostería, evocando las recientes escenas horribles del naufragio; las verdosas caras de los ahogados y las ondas teñidas con la púrpura de la sangre de los heridos. Maquinalmente, el cándido héroe repetía, mientras cargaba con los pesados pedruscos:

—Trabajad con alma, compañeros. Que hay ya almas de ahogados que nos llaman.

Luego, Guivión, echando una ojeada amorosa a su árbol, que se bamboleaba con el viento, le decía:

—¡Ten confianza! ¡Que aquí estoy yo!

—Si usted gusta, señor Guivión, la casita azul, cerca de la Virgen de la Alegría, que es vuestra, ¿me la alquila usted?

El sardinero, que contemplaba el humo de su pipa, volvió hacia mí su cara del *Abuelo de la verruga*. Hay que añadir que aquella verruga ,tamaña como un rábano, acababa de darle el aspecto de una patata holandesa. El pescador me dijo:

—Querido señor mío, al verle aquí creí que era usted uno de esos paseantes de Brest, Quimper o París que a cada momento vienen a ver mi laurel. ¡Caray! Desde la Torche a Kerity es el solo árbol que hay en estos parajes. Esto lo sabe todo el mundo. Ultimamente, un catedrático, de vuelta de un viaje a Ceylán, me decía: "He visto allá árboles de sesenta metros y grandes como la torre de vuestra iglesia; pues bien, todo ello es menos chocante que su laurel, que ha crecido en medio de este mar salvaje. Pienso dar cuenta de ello a la Academia; patrón, cuidadle bien, pues posee usted una curiosidad famosa". No hacía falta que me lo recomendase aquel sabio. Después de la educación de mis ocho hijos, ya colocados todos, salvo el último, el árbol es el que me ha dado más preocupaciones. He sido al mismo tiempo su padre y su madre. En los primeros días de plantarlo lo velé como una niñera a un bebé. Todavía existen Liscoet y otras porquerías que se burlan cuando me ven arrodillado delante de él con las brisas del Noroeste, para que se tenga derecho. ¡Y lo que le he regado y estercolado! Seguramente se burlaría usted de mí si me viera usted recoger en las carreteras y echar en el cesto las boñigas, con perdón de usted—aquí se echa la mano a la boina,—porque hay que ver lo delicado y friolero que era cuando llegó. ¿Creerá usted que este laurel era un griego, un hijo del sol?

—¿Cómo es esto, Herbot, es un griego?

—Sí, señor; antes de replantarlo aquí en este campo de Penmarch, este árbol navegaba a todo viento y conocía a Atenas y la Acrópolis.

Figuráos que un día de niebla, en Enero, la sirena y el cañón nos anuncian que allá, por el lago del mango de la Torche, hay gentes en peligro. El horizonte estaba cerradísimo y las nieblas subían al cielo como penachos funerarios. ¡Hay que ir a ver qué pasa! Sin embargo, se echa al mar el bote y, bogando más sobre las olas que sobre la superficie, damos vista al tres palos *Herakles*, acostado sobre una banda. Partido de parte en parte, sorbía el agua con un ruido terrible. De vez en vez, las olas, altas como montañas, peinaban aquel velero como un cepillo a un sombrero.

—Es imposible que haya nadie en ese pellejo desinflado, me dicen mis remeros. ¡Volvamos a tierra, patrón!

—Es mejor verlo, hijos míos. ¡Aguantad fuerte!

Me expuse a que nuestra barca, empujada por la resaca, se quebrase como un avellana contra el bandaje del griego. Al aproximarnos nos pareció oir la voz débil de una mujer y gritos de chicos. Por una de las escotillas vemos de pronto dos cabezas, una pequeñita, blanca como la harina, con la boca tan abierta que le cabía el puño, y la otra, verde como las hojas y larga como una barra de pan, a fuerza de miedo. Estas personas daban gritos en lenguaje que de

SONETO

Amada buena, me quisiste tanto
que aún a trueque de amargar tu vida,
cuando me hallaste con la fe perdida
y la faz toda humedecida en llanto,

me cobijaste bajo el noble manto
de tu alma triste, por Cupido herida.
Me alivió tanto tu pasión sentida
que hoy me desbordo en este humilde canto.

Tú, que supiste comprender mi pena,
me curaste tan bien, amada buena,
que hoy formamos un solo corazón.

Si hay una pena, juntos la sufrimos,
si una alegría, ambos la sentimos,
tan grande y tan pura es la comunión.

ERNESTO E. BRUNO.

ALEGORIA

La envidia: se la representa mirando al cielo, porque si pudiese usaría sus fuerzas contra el propio Dios. Hazla con una máscara sobre una faz de bello aspecto. Hazla herida en la vista por palmas y ramas de olivo; hazla herida en los oídos por laureles y mirtos, significando que la victoria y la virtud la ofenden. Haz salir de ella humo para significar su mal decir. Hazla pálida y seca, y rodéale el cuerpo con una serpiente. Dadle un arco y flechas largas, porque es así como ella ataca. Vístela con piel de leopardo, porque este animal mata al león por astucia. Pon en su mano un vaso lleno de flores y entre ellas escorpiones, víboras y otros venenos. Hazla cabalgar en la muerte porque la envidia no muere, languidece solamente; haz la brida cargada de diversas armas, instrumento de muerte. Desde que nace la virtud, despierta contra sí la envidia y no hay ya más cuerpo sin sombra que virtud sin envidia.

LEONARDO DE VINCI.

nada podía servirle, porque no lo entendíamos. Izamos a la dama y le hicimos seña de que sacaríamos a su hijo por la escotilla, porque el subirse al puente era un juego peligroso. A la señora la vimos vacilar, y entonces hice intención de volverme a la playa. Con la boca contraída por el horror empujó al chico por la abertura y cayó como una bola entre nosotros. Una ola nos lleva y evita el que nos estrellemos contra el barco, y la valerosa muchacha, al incorporarse por la escotilla, cae al mar, se hunde y vuelve a aparecer. Sus hermosos cabellos flotaban como algas. La cogí fuertemente por la cabeza y la saqué del agua donde estaba desmayada. El dolor la hizo volver en sí y dió un grito.

—Perdone usted, la pesco por donde puedo.

* * *

—El día siguiente, el síndico encontraba a los seis marineros y al capitán del *Herakles* entre los restos del naufragio. Aquellos desgraciados intentaron mantenerse en vaivén entre el velero y unas rocas. Después de varios días, la dama del navío griego, que la cuidaba en casa, se fué a buscar entre los despojos del barco alguna de las cosas que perdió. Yo la acompañé. En el camarote que ocupaba encontramos una planta no del todo estropeada por el naufragio. Este laurel era el único jardín de a bordo, y como trozo de la patria de aquellas pobres gentes. Aquella desgraciada viuda, que no sabía cómo demostrarme su gratitud por haberla salvado, me dió su arbusto de Atenas, su ciudad natal. Lo había cogido de las tierras cercanas a los templos de los antiguos dioses. Y de esta forma he replantado en este dominio de Bretaña el laurel de Apolo, germinado al sol del Mediterráneo entre el mármol pentélico. Esta es la historia—dijo Herbot.

* * *

Por una singular coincidencia, la casa azul que había alquilado cerca de la Virgen de la Alegría, estaba al lado de la cabaña de Liscoet, el pescador de la capucha y perfil de gaviota, que odiaba a muerte a mi casero, el del árbol. Hablando de esta rivalidad, el síndico de los marinos me llegó a decir:

—¡Es un mal asunto! Herbot Guivión y Tudnal Liscoet son iguales en destreza y valor. Mas era necesario que los remeros de la lancha de salvamento eligiesen un patrón, y escogieron a Herbot; y a un segundo patrón, y éste fué Liscoet. Desgraciadamente, estos dos marinos nunca embarcan juntos por no disputarse y arrancarse la gloria como el pan en la boca. Cuando Herbot manda una salida, Tudnal se abstiene de partir dejando que le tengan por cobarde, y en cambio, cuando Herbot ve que Liscoet se le adelanta en el mando de nuestra lancha, éste asegura que su adversario ha visto el temporal demasiado fuerte para poner en peligro su usurpada gloria.

¿Por qué estos audaces marinos se detestan en esta forma? Como pescadores de sardinas son igualmente maestros y ambos son de los que sueñan en las corrientes marítimas que arrastran los bancos de pescado. En los lugares de pesca, sus órdenes y disposiciones se encuentran y entrechocan. Si Herbot ha mojado el primero sus redes, Liscoet le llama bandido. Si, por el contrario, Tudnal empieza a retirar la red con su recolección de sardinas, Herbot, congestionado por la ira, le grita:

—Este estúpido me está espiando siempre.

¿Cómo arreglar y poner de acuerdo a estos dos bravos? Es muy difícil, y mucho más que las condecoraciones, los diplomas y los premios van siempre a manos de Herbot Guivión, que es el preferido, por sus modales más finos, a ese Liscoet, un verdadero puerco espín, por la acritud de sus formas. ¡Es de temer que estas envidias acabarán mal!

* * *

Llegó el otoño, ese dulce otoño de las tierras del Poniente, en que se enternece y dulcifica la ruda Armórica. Un sol pálido, apenas más luminoso que la llama de las velas, alumbra la granítica península, y sus calvarios plantados en las placitas de los caminos se parecen a las cruces que se erige en memoria de los que se ha tragado el mar.

Y en un día de paz y de silencio supremo en los aires y en las ondas, Herbot casó al menor de sus hijos con una dependiente de las freidurías. Casi un centenar de parientes e invitados se reunieron en el cercado del laurel de Apolo, y se les vió en seguida, agrupados en círculo contra la cerca, ponerse serios y taciturnos. La alegría en Bretaña no es más que un accidente, y pronto vuelven todos los que la sintieron un momento a retratar en sus rostros la austeridad. Marinos y muchachas, con sus corpiños bordados de amarillo, se agrupaban alrededor del árbol fenómeno para oir contar a Herbot algunos incidentes de la existencia azarosa del laurel. Aquellos invitados nupciales miraban con religioso respeto a la humilde planta, y es que en el pecho de todos aquellos celtas, en la antigüedad salidos de los bosques azules hacia el Occidente y al mar, ardía un amor nativo hacia los árboles; aquel laurel único, tenía para ellos una significación sagrada y se convertía en el símbolo de las aspiraciones de la raza. El marido y la joven desposada se escurrieron contra el tronco débil y se pusieron debajo de la copa, que esparcía una sombra parecida a un quitasol. Alzando su cabezota con una alegría ingenua, Herbot gritó:

—¿Qué os parece? Esto no está mal del todo...

En este momento, por encima de la cerca, el perfil agudo de Tudnal Liscoet apareció, y como nunca semejante a una gaviota, con la carencia de gracia que estas aves tienen cuando con sus ojos amarillos, fuera de las órbitas por la voracidad, se echan sobre los peces que arroja el flujo de las mareas. Sí, a estos groseros pajarracos se parecía el envidioso Tudnal Liscoet. Apoyado, de codos sobre la mampostería y con aire de desafío, gritó a los desposados:

—Agacharse, muchachos, agachad la cabeza, no vayáis a estropear el ramaje. ¡Más abajo! A ver si humilláis el plumero de Herbot. Abajo todo el mundo, que se va a caer la escoba... apuntalarla...

—¡Tú, Liscoet, largo de aquí! —vociferó Herbot, con los gritos de los días peligrosos. — ¡Fuera de aquí!

—¡Más calma, boquerón mio! —repuso Liscoet. Yo te haré saber que mis botas andan sobre un camino que no te pertenece a tí. Y, además, estoy muy bien anclado donde estoy para que ahora largue las amarras.

Ante semejante provocación, Herbot rugió como un león marino, y puso una cara que ya ella sola era una tempestad. Saliendo de su cercado se arrojó sobre su enemigo, pareciendo que los dos luchadores intentaban incrustarse uno en otro. Los invitados tuvieron que separarlos. El pescador de la capucha, con sus ojillos amarillentos cercados de cardenales por los puñetazos, levantó el índice y en acento medrosamente profético, exclamó:

—¡Ahora veréis lo que pasa!

Y se fué con paso a la vez terrible y entusiasta, como un ermitaño desterrado en el desierto por el odio de los hombres de mala fe.

* * *

Por todos lados, en posadas, tahonas, tabernas, tenduchos, bares, talleres; en los muelles, en las casas, entre pescadores, conserveros, comerciantes, artesanos, se murmuraba lo ocurrido, porque nadie se atrevía a decirlo en voz alta:

—Lo sabe usted ya; el árbol de Herbot lo han cortado.

—¡No es posible!

—¿Está ya en el suelo?

—No, nada de eso, pero más valiera. Lo han serrado, y una vez descortezado, se morirá de hambre. En efecto, ya la savia no podrá subir. Si se muere el laurel, ya no tendremos ningún árbol en el pueblo.

—¡Qué desdicha! ¿Y qué dice Guivión?

—No me hable usted de eso; está como loco.

En efecto, al día siguiente vi pasar a Herbot entre las cercas de piedra de los pradillos de la aldea. Su cara afeitada estaba rojiza como un ascua que se apaga. Vestido con un traje bronceado, parecía una estatua, la de la venganza, cuando al encontrarse a alguien en el camino, extendiendo el brazo hacia el océano, como tomándole por testigo, gruñía:

—Me parece que conozco al malvado y lo ahogaré. Lo mandaré a alimentar a los cangrejos, a cien brazas sobre el agua. ¡Cobarde! ¿Por qué no lo confiesas? Si yo estuviera seguro, pronto se te iría el alma del cuerpo.

EL BORRACHO

¿Hay algo más abyecto que un borracho? El borracho resume todas las indignidades humanas. Es, como dice San Basilio, "lo que queda de un hombre, como las ruinas son lo que queda de un templo".

Pero el borracho no aisla en sí la indignidad. La trasmite como una epidemia: inficiona el hogar con todos sus relajamientos. Turba la paz, paraliza el trabajo, gasta el dinero, escarnece el decoro de la familia.

El hogar de un borracho es como un foco pestilente: de allí emanan los miasmas peores: la ociosidad, el escándalo, las palabrotas, las injurias, los malos tratos a la esposa, el abandono de los hijos.

"El borracho—escribe Novicoff—es cáncer social. Su exterminio sería la liberación de nuestro país (Rusia)."

La campaña contra el alcoholismo compete a todas las mujeres, víctimas principales del borracho.

CRISTÓBAL DE CASTRO.



—¡Consuélese, Herbot, su árbol no lo han cortado! Quizá, cuidándolo, no se perderá; póngale betún o alquitrán. Seguramente que con un emplasto se salvará.

Ante estas frases consoladoras, Herbot movía la cabezota y se alejaba, con la boina encasquetada hasta las narices. Aunque no nombraba a nadie, a la legua se conocía que acusaba a Tudnal Liscoet, su enemigo hereditario, pues desde tres generaciones estas familias de pescadores principales de Penmarch se disputaban la preeminencia, y la suerte había favorecido a los Guivión, condecorados, premiados, y por último que se habían hecho célebres con su árbol, aquel árbol que quizá bien pronto no sería más que un recuerdo glorioso.

Hasta de Kevity, del Guiloinee y aún del pueblo de Pont-l'Abbé, iban las gentes para ver cómo estaba el laurel. Con la corteza levantada en una extensión de tres dedos, la médula parecía un brazalete pálido que rodeaba al tronco negro como el hollín.

—¡Total—decía un anciano,—que el árbol está todavía muy verde para el tiempo que tiene!

—No, no—refunfuñaba un pesimista,—le encuentro que amarillea bastante. ¡Mirad, cerca de una docena de hojas tiradas por el suelo!

—¡Hombre! Eso es la estación. ¿No estamos ya en el invierno?

—Pero es que los laureles de hoja perpetua no deben deshojarse.

—Si logra pasar estos meses negros, tengo idea de que reverdecerá.

—Los fríos de Febrero quizá se lo lleven. Está herido en el pecho, y su lesión se parece a una pulmonía.

Todos estos pronósticos mortificaban a Herbot, pero no dejaba de pedir su opinión a aquellos importunos, aunque luego maldito el caso que les hacía. Lo menos diez remedios le recomendaron, temiendo al aplicarlos acabar con su árbol. En su inquietud se contentó sólo con vendar su laurel con un trozo de lona. El árbol parecía con aquella venda a un truhán a quien le habían dado un linternazo en algún alboroto.

Transcurrió Diciembre, con alternativas de esperanza y de miedo en el ánimo de Herbot. El Atlántico gruñía con el estruendo de un tren al atravesar un puente de acero, y en el cielo, las nuebes, desplanchándose, semejaban rarísimas aves que empezaban a volar. A pesar de que la brisa se levantaba cada vez más fuerte, el herido la resistía bien; alguna que otra vez temblaba algo convulso, cosa natural con aquellos vientos, que no dejaban quietas las veletas. Además, el qué palidecieran las hojas en lo avanzado de la estación, ¿por qué asustarse por ello?

Y acaeció que en aquel día de Febrero, de cielo brumoso, parecía que se habían lanzado sobre el firmamento una banda de viejas con sus cabelleras grises y rojas mezcladas al viento. Aquel cielo escalonado contristaba los ojos, pero aún más el mar convertido en un caos de cataratas de espuma, derrumbamientos de murallas glaucas y de volcanes en erupción. Los odiosos ejércitos de las nubes se arrojaban sobre el océano, y éste, como represalias, intentando escalar el cenit, rodaba estruendoso y deshecho. Aquel día Herbot no se movió de su cercado, dispuesto a auxiliar a su árbol, sosteniendo con tres muletas. De vez en cuando, [illegible]rándole con sus manazas, murmuraba:

¡No tengas miedo, chiquito mío!

A media tarde sonó una campana en la aldea. Un pescador de cabeza chica, de ave de rapiña, y nariz en pico, al atravesar el sendero corriendo, tuvo el descaro de decirle en broma:

—¡Patrón! Con este tiempo vale más no embarcarse. ¡Eh!

Si no hubiese sido porque estaba al cuidado de su laurel, Herbot seguramente que no aguanta aquel insulto.

A la hora ya se había extendido el rumor por las afueras de que el sub-patrón Tudnal Liscoet había ido a socorrer con su barca a unos pescadores sorprendidos por el mal tiempo en la isla de Quinión.

Aquella noticia traspasó a Herbot, porque estaba claro que la iniciativa de Liscoet le hacía acreedor a un buen diploma ilustrado de la Sociedad Central de Salvamento, a una cantidad de dinero y quién sabe si, después, a su elección para el mando de la embarcación.

Absorto por estas preocupaciones, Guivión quiso entrar a ver a Corentina, su mujer, qué seguramente la encontraría ante la olla, entre *Foca*, el perro, y *Renardot*, el gato rubio.

Justamente, en el momento en que se agachaba para pasar bajo el pequeño arco de entrada en la despensa, retumbó un ruido, ¡Dios mío!, muy espantoso, semejante al que produce la ruptura del mango de una paleta. Cuando el pescador volvió la cabeza, el laurel yacía en el suelo, y lo mismo que un paraguas abierto se balancea sobre las varillas, la copa del arbolito rodaba y se acunaba con el tronco roto en el aire.

Con los brazos cruzados con fuerza bastante para hacer crujir su pecho, con la cabeza hacia atrás y poniendo la cara de los momentos de tragedia, miraba al árbol único como el trofeo de sus glorias pretéritas; ¡aquel árbol cuyo follaje no se miraría ya con sus dulcísimos ojos verdes en el espejo de las ondas!...

* * *

El patrón se metió en su casa. La maciza Corentina, de la cual en sus verdes años decía su marido que era tan bien plantada como un barco de alto bordo, agachada en la chimenea con las manos extendidas hacia el fuego, parecían evocar un milagro que nunca llegaba. El crepitar de las ascuas daban a su cara el resplandor de un cobre. Desde la marcha de sus ocho hijos, Corentina no abandonaba apenas su hogar. Ya no le quedaba en el mundo más que una esperanza: su telar o su pote de navizas. Al entrar su marido, una bocanada de aire disipó la humareda acre del hogar. Como despierta de su sueño, murmuró Corentina:

—¿Hay gente de Saint Guenole en el mar?

Plantado en el centro de la habitación y rígido como el santo de un Calvario, Herbot pareció que no oía la pregunta.

—¿Qué tienes?

Por toda respuesta, el marino largó un puñetazo en el armario de castaño que hizo gemir a uno de los paneles esculpidos, al mismo tiempo que se escapaba de su pecho un gran suspiro. Por simpatía, *Foca*, el fiel can, dió un resoplido también, aventando la ceniza.

Corentina se irguió:

—¡Jesús mío de la Pasión!

Todo lo había comprendido. El suspiro a aquella hora era una desgracia sin consuelo. Treinta años de desvelos y el recuerdo del heroico salvamento del *Herakles*, el que dió fama al patrón Herbot Guivión, todo ello por el suelo por el crimen de aquel envidioso de cabeza de gaviota.

—¡Maldito sea!—gruñó la vieja.

...En aquel instante, la sirena de Eckmuhl comenzó a mugir con intervalos iguales.

A cada bramido de la sirena de alarma, sin quererlo, Herbot se crecía y se sentía henchir su cuello de toro. Se oía correr en el sendero. Unos pescadores, casi invisibles por la niebla crepuscular, especie de fantasmas grises, empujaron la puerta.

—¡Hola, padre Herbot, hay que armar la barca, hay hombres en trance de perecer en la isa de Quinión!

—¿Quién está allá?

—El 271-D, el *Alga de las Rocas*.

—¿El bote de Liscoet? ¡Trueno de Dios! Esa alga que se quede pegada al arrecife.

—¡Vamos, Herbot! No es hora de hablar, que hay gentes que salvar y almas en peligro.

En el mismo instante, un relámpago iluminó la isla, y mientras bramaba el trueno como diez baterías de artillería, los marineros, que reprendían a su patrón, se percataron de que el laurel estaba roto, cabeza abajo y rodando sobre su copa. Entonces comprendieron la horrible imprecación de su patrón, que deseaba ver estrellarse sobre los rompientes la embarcación del criminal. En medio del huracán, que los zarandeaba de lo lindo, reflexionaron aquellos marineros:

—¡Sé razonable, Herbot! Piensa en las pobres gentes que van a perderse y en el propio Liscoet, que ha salido para salvarlos... Se expone por los demás... Y que no podemos ayudarle... En fin, que es nuestro segundo.

—¡Rayos del diablo! — vociferó espantosamente Herbot. — Si es vuestro segundo, ¡id a llamarle al infierno!

Sin enfadarse, los pescadores le contestaron dulcemente:

—No digas eso, que no es cristiano. Hay almas que van a perderse, quizá por culpa tuya, Herbot. ¿Es que nos va a faltar tu mando? Tanto peor, nosotros embarcamos. ¡Adiós!

Se fueron en seguida, oyéndose sus zuecos resbalar sobre los guijarros del sendero. Guivión, pálido como un muerto, cerró la cerca con violencia.

La sirena, sin cesar en sus mugidos, denotaba la angustia de Penmarch, en cuyos diques se estrellaban las olas con estrépito, siguiendo las convulsiones del corazón del océano.

—¡Antes de salir para salvar esta noche a un... Liscoet — dijo Corentina con odio, — vale más que vengas aquí a calentarte!

Herbot suspiraba tan fuerte que parecía querer absorber todo el aire de la habitación, y con la boina hasta los ojos no quería ver ni oir a nadie. Pero la vieja, terca en sus odios, le repuso:

—Dios quiere el castigo de los pecados.

En la noche tronó la explosión de un cañón portaamarras. Herbot, de pie, con las manos en el vasar, empezó a sacudirlo como si quisiera arrancarlo.

—¡Justicia de Dios! — murmuró roncamente Corentina, destapando la olla.—¿Vas a comer?

—¡No!—gruño Herbot;—tapa el puchero.

La vieja obedeció a regañadientes. Del lado de Kerity, un carillón tocaba, perdiéndose sus acentos en la tenebrosa lejanía de la noche.

—Las navizas están ya cocidas—murmuraba Corentina.—¡No, no se puede negar que la voluntad siempre viene a su hora!

Con una mirada terrible, el patrón de salvamento la interrumpió:

—¿Te quieres callar, hipopótamo?...

A lo que ella dijo en seguida:

—Muchas veces ellos se las arreglan solos... ¡A comer la sopa, Herbot!... ¡El mal está ya hecho! ¡Mira qué bien huele!

—Si dices una palabra más, te ahogo.

La vieja estaba aterrada viendo a Herbot andar a zancadas, midiendo con estrépito las losas del pavimento.

La sirena de Eckmulh bramaba desesperadamente, lo que significaba que el *Alga de las Rocas* y los pescadores de la isla de Quinión permanecían aún en peligro.

—¡Dios de Dios! Ya no puedo más... tengo que irme — vociferó Herbot.

La oronda Corentina, deshecha en lágrimas y abrazada a su cuello, le gemía:

—Piensa un poco. Tú ya tienes años. Te van a faltar fuerzas... Y, además, está allí Liscoet. Son ya bastantes para traerlos. ¡Tus remeros van a salir!

—¿Y quién los va a mandar? ¡Cobarde, déjame! Tengo que ir. Y ya me siento animado. ¡A ver... mis botas, mi impermeable!

—Tu sopa de navizas, tu caldo, querido amigo, y déjate de historias.

—¡Mañana! ¡Mañana! — gritó Herbot.

—Mañana, no; nunca!

* * *

Como horribles y voraces mandíbulas, los arrecifes de la isla de Quinión habían pulverizado el *Alga de las Rocas*. Cuando el bote salvador llegó al lugar de la catástrofe, los juegos crueles de las olas arrojaban a los náufragos sobre los peñascos y les rompían la cabeza como si fueran huevos.

Liscoet luchaba denodadamente, con una energía feroz. Herbot pudo agarrarle por el cuello. Un golpe de mar se llevó al salvador, que osciló en el agua sin soltar al ahogado.

El bote partió a la deriva.

...Al día siguiente, la marea arrojaba a la playa de Nuestra Señora de la Alegría sus cadáveres. Estrechamente abrazados y con las mejillas juntas, Herbot y Liscoet se daban así el beso supremo de paz.

Sin embargo, pienso que no creerán ustedes que el odio llevó a estos dos adversarios hasta el extremo de estrangularse en las propias ansias del naufragio. ¡No! El odio es cosa de la tierra. En el mar todos sus hombres son hermanos.

Y si su laurel no dió a Herbot su corona de gloria, las algas de oro ciñeron en cambio las frentes de los dos rivales, unidos así por una eternidad.

El fantasma de los tres cerros

Por Alberto G. Ocampo

(Del libro «NATAL», recientemente aparecido)

La montaña, en la inmensa soledad de sus valles, hondonadas, cavernas y precipios, esconde misterios que en los momentos más inesperados suelen presentarse a la vista del hombre. Siendo múltiples sus manifestaciones, diversas las formas de su revelación, nunca se pudo descubrir la provenencia, el origen ni el objeto de su aparición en las noches luminosas o en los días de fiestas tradicionales, al lado de los callejones apartados de los pueblitos montañeces y en los sitios escondidos de las altas sierras, por donde transitan los camperos revisando el ganado, cerciorándose de las querencias. Y es por eso que la imaginación de los moradores rusticanos ha creado una infinidad de leyendas de "aparecidos" como El Duende o Mandinga, La Mul' ánima, La Madre del agua, etc., — que ya hicieron conocer Dávalos y Burgos; — leyendas que son revividas interesantemente por los viejos venerables y que uno escucha con devoción y respeto durante un viaje o en rededor del fuego improvisado junto al ranchito de posada solariega.

He aquí uno de los tantos casos curiosísimos que escuché, al visitar los puestos y las aldeas del pie de las quebradas, en tertulias gauchescas, cuando cada campesino trataba de recordar y contar su mejor trance para demostrar su coraje y su audacia del natural. Don Pantaleón. Francés, un propietario de Villa Unión, hombre curtido en las alternativas de la vida, con su voz ronca como de ultratumba, que le infundía espanto hasta hacer terrorífica su narración, contó así:

—Tenía por fuerza que ir a "señalar" los cabritos de la primera parición de una majada que estaba haciendo criar en Los Tres Cerros. El estanciero ya me hizo llamar por repetidas veces. Y como tampoco podía dejar de atender las "alzas" de trigo ni un solo día, porque estaban amenazando las lluvias, resolví aprovechar una noche de luna para viajar. Sin embargo, debía perder nomás un día; pues, saliendo de Villa Unión después de merienda, llegaba al amanecer a la estancia; "señalaba", y volvía para llegar en la tarde a Villa Unión. Así lo hice. Comí, ensillé mi mula —ésta zaina en que ando ahora,— y me puse en camino. Casi a media noche pasé por Villa Castelli. Al tomar el sendero que corta el campo de poniente a naciente, empezó a vencerme el sueño. Más o menos a la mitad de ese trayecto, me apié, y tomando las riendas para que no se me disparase la bestia, me tendí a dormir sobre una camita de arena. Pero no había pegado los ojos ni media hora, cuando me despertó un tirón de la mula que intentaba huir. Entonces, medio amodorrado, emprendí la marcha. Entré a las primeras lomas.

La noche estaba como de día... ¡una luna, una claridad!... Y ya el sueño se me había ido.

Mientras la mula tranqueaba despacio, porque comenzó a sentir el pesado camino de los cerros que son tan ásperos y de tan volcadas pendientes, yo pensaba en mis cosas siguiendo con la vista el torcido y estrecho sendero de ascenso. Luego debía pasar por una parte bastante peligrosa. Es un rincón lleno de plantas tupidas que lo forman dos faldas de dos "caños" que caen a pique hacia la quebrada del frente. Bueno. Llegué. Pasé la primera falda, hice un codo por el rincón y al ir repechando la otra falda, de pronto la mula lanzó un roznido y dió una arrancada. La sofrené. Temblando se me atravesó en la huella y volvió la cabeza hacia atrás. Yo, como sugestionado, hice lo mismo y ví que de entre los matorrales espesos salía un animal dirigiéndose adonde yo estaba. La mula quiso "corcobear" y huir, pero le clavé las espuelas y la detuve, aunque yo debía animarla para escapar, puesto de que no podía imaginarme que fuera una bestia de campo, sabiendo — según me lo contaron — que en ese lugar espantaban. Observé. El animal, al verme resuelto sobre la mula temblona y resollante, se contuvo. Era un caballo gordo y grandote con unos ojos de fuego, rojos, una lista blanca a lo largo de la cabeza, unas crines que le caían hasta el suelo y un pelo negro retinto que le brillaba como plata; del anca le sobresalía un abanico luciente, como cola de pavo real.

La mula, al verlo bien, bajó la cabeza bruscamente, encorvó el lomo y relinchando de susto se largó a "bellaquear" del camino a la falda, de la falda al camino, en tanto que yo, afianzándome en las espuelas que se las hundí en los ijares, trataba de guiarla por la huella a fin de que no se me fuese al precipicio. Y en este afán iba cuando sentí un resuello raro en mis espaldas, juntamente con el sacudón de dos patadas que arrojó la mula, y que sonaron como si hubieran dado contra un cuero seco. Me dí vuelta con miedo recién y se me encrespó el cabello al ver al feroz animal atropellando mi bestia a manotones y tirándome mordiscos, mientras le chorreaba de la boca una baba larga como cordón deshilachado... Traté de recuperar mi coraje y aprovechando la defensa que hacía la mula, saqué el revólver y le descargué dos tiros a la frente, que produjeron el efecto de dos pedradas en una carona. El animal retrocedía, y atropellaba de nuevo. En mi terrible desesperación recordé el único medio de salvarse que citaban los que me contaron del horrendo espanto; el de hacerle ver el cuchillo. Escapando... escapando lo saqué de la bota y se lo hice brillar a la luz de la luna. El caballo fantástico desapareció inmediatamente.

Y yo seguí en el angustioso afán de sujetar la mula que continuaba en peligrosa carrera por los cerros. Pude contenerla ya vacilante. Y todavía me fué quitando las riendas hasta que llegué a la estancia. ¡Ah, la mula es un animal muy noble cuando su jinete no se arredra; como es el más traicionero cuando lo nota cobarde!

. . . .

Y don Pantaleón se quedó espantado y absorto, como pensando en que si la providencia no le hubiera dado tino y hecho más domador, no hubiera estado contando el cuento del fantasma...

La historia de la camisa

El arte femenino de vestirse desnudándose o de desnudarse vistiéndose, no es cosa de hoy ni siquiera de ayer; lo cultivaban con amor y para el amor, hace millones de años, las mujeres de Egipto y de Fenicia, y fué en la Edad Media la sola conquista durable y el único botín que lograron en tierra de infieles y pudieron ofrecer a sus esposas los Cruzados.

No sabemos, y es muy probables que nunca lo sepamos, la historia de la primera camisa, ni los avatares que a través de los siglos y quizá de los milenios sufrió hasta dar en aquella pura maravilla que era la camisa túnica egipcia, de un tejido impalpable y transparente, cuyo secreto de fabricación se ha perdido, que en la época de los Faraones sólo vestía a las elegantes con el recato leve y aleve de algunas flores bordadas.

En la Grecia clásica, la camisa, el "chitón", hacía también las veces de único vestido, y era una túnica de lino, muy corta, sujeta a los hombros con dos broches y ceñida al talle por medio de un cinturón.

En la Roma imperial, la camisa-túnica era de lino o de seda, muy amplia y recogida en pliegues sabiamente imbricados.

Durante los últimos tiempos de la invasión germánica, finalizando el siglo sexto de nuestra era, apareció en el sudoeste europeo una ropa interior llamada "camisa"; mas no se trataba de una prenda de uso general, sino de gran lujo, que sólo estaba al alcance de los potentados. Una camisa, por aquel entonces, era regalo de extraordinario mérito que se hacía, no solamente a los grandes para halagarlos, sino también a las imágenes milagrosas de los templos, cuando en súplica o en gratitud se deseaba ofrecerles una muestra de reverencia.

Por aquellos años, las camisas de mujer se rebordaban con seda o con hilos de oro y plata, y para que tanta riqueza no permaneciera del todo oculta, el escote del vestido exterior se prolongaba mediante un rasgado vertical, que a cada movimiento descubría los trabajos y primores de la túnica interior.

Con la supresión casi radical de las batas y la adopción del pijama, que es un vestido, el tradicional deshabillé *femenino va desapareciendo para la mayoría de las mujeres de las grandes ciudades. Para ellas no hay término medio entre el vestido y el desvestido, y al despojarse de su túnica de tisú, la mujer moderna aparece como aparecía la mujer prehistórica al dejar caer la piel de oso que le servía de abrigo: desnuda.*



LOS LADRONES DEL MAR

LA PIRATERÍA

Del mismo modo que la seguridad en los caminos era muy relativa en la antigüedad, la mar fué campo fecundo para las depredaciones de los piratas, ladrones del Océano, tan difíciles de perseguir en la vasta extensión de las aguas. La piratería ha durado por ello mucho más tiempo, y aún en los modernos de los rápidos cruceros y los velocísimos torpederos, los robos en la mar, aunque raros, no han desaparecido, y recientes están los relatos del asalto a los vapores no lejos de Hong Kong, el gran puerto inglés. Es general la confusión entre pirata y corsario, que son, sin embargo, esencialmente distintos; el pirata es el forajido, el ladrón que asesina si es necesario para apropiarse de lo ajeno, mientras el corsario es el perseguidor del comercio enemigo, autorizado por su Gobierno, y que solamente percibe un premio, en relación con el valor de la presa, por el daño causado a la nación adversaria.

En la antigüedad, Argel fué un nido de corsarios, y ésta fué una de las causas que más imperiosamente contribuyeron a la creación de las Marinas de los reinos de España; la expedición de Carlos V contra La Goleta y la mandada por el conde Pedro Navarro contra Trípoli, en 1510, fueron ataques contra los piratas berberiscos. Marruecos, Tripolitania y Túnez ejercieron la piratería desde el siglo XV con impunidad absoluta. La guerra de la independencia griega y la de las actuales repúblicas hispanoamericanas desarrolló grandemente la piratería en el Egeo principalmente y en el mar de las Antillas.

El mar de la China, último refugio en nuestros días de los ladrones del mar, fué infestado por ellos desde los tiempos más remotos. En 1796 un capitán pirata, Kea-Kiung, fué exaltado al trono de Pekín; los piratas eran, generalmente, annamitas, de los cuales el capitán más famoso fué Chin Yen, cuyo nombre llevaba el acorazado almirante chino en la batalla librada entre chinos y japoneses el 17 de septiembre de 1894. Chin Yen repartía sus fuerzas en seis escuadras con banderas roja, blanca, amarilla, verde, azul y negra; cada escuadra tenía fijada una zona par sus fechorías, a excepción de la roja, mandada por el propio Chin Yen, que podía "operar" en todas; a la muerte del célebre bandido marítimo su viuda tomó el mando de todas las fuerzas, confiando la bandera roja a Pao, el lugarteniente del muerto. Es curioso consignar algunos de los artículos de las que podríamos llamar "Ordenanzas" de los piratas chinos.

"Cuando un hombre baje a tierra sin permiso se le agujerearán las orejas si es apresado; en caso de reincidencia será muerto".

"Un quinto del valor de la presa será repartido entre los piratas, y el resto ingresará en el fondo social; el que se apodere de algo más será muerto".

"El que violare a una mujer sin permiso de su jefe, será muerto".

Como puede verse, el Código (¡!) no pecaba de suave; en 1810 la "almiranta" aceptó los ofrecimientos del Gobierno de Pekín y las pensiones asignadas, y vivió en tierra pacíficamente. Solamente Pao siguió asaltando a los "bárbaros de cabellos rojos", nombre dado a los ingleses, y el golfo de Tonkín, el estrecho de Fokien y las desembocaduras de los grandes ríos y del de Cantón, especialmente, donde se hallan Macao y Hong Kong, fueron los parajes preferidos para sus hazañas. Desde sus orígenes los piratas chinos son conocido por el nombre español de "ladrones".

La cobardía era también castigada con la pena de muerte, que, por lo visto, era aplicada con suma frecuencia; las mujeres capturadas eran entregadas mediante un rescate fijado por el jefe, y de no ser aceptada la cifra eran subastadas entre los piratas al precio de cuarenta escudos como tipo, y la mujer así adquirida era considerada como esposa legítima, y acompañaba a "su hombre" en su aventurera existencia.

Los mandarines combatían con flotas mercenarias a las de los piratas, y las luchas eran encarnizadas; Ricardo Glasspooz, oficial de la Compañía inglesa de las Indias, fué capturado por los piratas en 1809, y vivió entre ellos por espacio de cuatro meses largos, siendo rescatado por la Compañía a cuyo servicio estaba, mediante una fuerte suma de dinero. Francia hubo de combatir duramente contra los "banderas negras" del Tonkín.

Los estados de Sarawak y las islas de Joló eran un hervidero de piratas, cuando el teniente de navío inglés Brooke (cuyo nombre lleva un contratorpedero de la Marina británica actualmente) se dedicó, con su yate, a la tarea de acabar con los piratas de Sarawak, consiguiéndolo en 1839 y coronándose rajah de Sarawak, que desde entonces se halla bajo el protectorado de la Gran Bretaña. El archipiélago de Joló estaba dominado desde el siglo XVI por una tribu malaya, musulmana, oriunda de Java, a la cual pertenecía la banda pirática que gobernaba las islas y llamábase de los Datú; el jefe del Estado era el rajah o sultán, y el segundo el Rajah Laut o almirante. Acaso el capitán mercante español Cuarterón, que hacia 1877 conocieron varios viajeros bajo los hábitos de fraile y que vivió tantos años entre los moros de Joló, no era tampoco sino un pirata y, desde luego, el más hábil piloto del archipiélago de la Sonda.

En el Mediterráneo la piratería es tan antigua, que Tucídides decía que sobre la tumba de todo marinero griego podía grabarse: "Fué un pirata", y tan poco piadoso epitafio podía hacerse extensivo a todos los helenos, marineros, de los años comprendidos entre 1820 y 1852. La Marina sarda, gloriosa cuna de la actual Marina italiana, persiguió activamente a los piratas del Mediterráneo oriental. En 1825 Creta fué fortificada por los piratas griegos que se habían hecho fuertes en ella, llegando a montar 400 cañones, y la fragata inglesa "Sybil", enviada para expugnar la isla, fracasó en su empeño, tras sufrir grandes pérdidas.

Los piratas del mar Caribe, que tantas narraciones novelescas han inspirado a los Salgari, Marryat, Mayne Reyd y tantos otros escritores del género, dieron no poco trabajo al almirante francéc Jurien de la Graviére y al comodoro americano Porter, que hubieron de buscarlos en todos los surgideros de las Antillas.

Los piratas actuales del mar de la China han perdido mucho de la clásica arrogancia de los tiempos heroicos de la Marina a vela; si muchos almirantes ingleses, célebres en la Historia, fueron piratas en su juventud, hoy el pirata chino, o malayo, o annamita, se constituye en bandas que, disfrazadas, toman pasaje en un vapor en Hong Kong o en un puerto semejante; es en alta mar cuando la cuadrilla acorrala a la dotación y roba a los pasajeros, huyendo después en los botes. Es un robo vulgar, todo lo audaz que se quiera, pero exento de la belleza de los combates al abordaje, de la gallardía del ataque izando antes la bandera usada por cada uno de los célebres ladrones del mar. De aquel chino Yen a éstos que asaltan los correos de Hong Kong hay la misma diferencia que de los Candelas, a los que roban narcotizando a sus víctimas. Todo lleva el sello de los tiempos, carentes de romanticismo y de gestos airosos; los ladrones antiguos tenían cierto fondo de gallardía; los de hoy, piratas o ladrones, no son más que eso: ladrones a secas.

EN LA NOCHE

¡Oh, penetrante grito de la locomotora!
Es adiós melancólico y triste
del que parte, llevando en la prora
de la nave, que sombras embiste,
como emblema hazañoso,
su propio dolor...

Ni una estrella le guía la ruta,
y los rieles se juntan
en el terso infinito
que su vida pragmática
no alcanza a comprender...

Y se repite el grito,
en la noche lunática,
como el adiós certero del que no ha de volver...

En la noche del sueño la audaz locomotora,
con su pupila roja tras de sí lleva
al convoy de recuerdos, que se devora
el túnel del olvido...,
y en mi corazón nieva!...

ALBERTO J. FREIRE.

El mejor tocado de una señorita

El espejo encantado: Conócete a ti misma. (Mirarse sin recelo).

Lección para suavizar las arrugas: Paz de corazón. (Es además un buen narcótico para dormir).

Pomada para los labios: Veracidad. (De precioso tinte y suave aroma).

Cordial para dulcificar la voz: La oración. (Tres dosis al día por lo menos).

Colirio para los ojos: Compasión. (Específico que venden los pobres).

Par de zarcillos: Atención y obediencia. (Sientan muy bien a las jóvenes).

Par de brazaletes: Orden e industria. (Que avaloran nuestras obras).

Cinturón elástico: La paciencia. (Cuando más usado más brillante).

Par de riquísimas perlas: La resignación, (Realza las almas hermosas).

Una preciosa cinta: La cortesía. (Hay que llevarla con gracia).

La mejor diadema: Piedad. (En el cielo vale una corona).

Hermoseador universal: Buen genio. (Presta encanto a la misma virtud).

No hay nada nuevo bajo el sol

Unos cardan la lana y otros llevan la fama

Muchos son los inventos y descubrimientos cuya paternidad se disputan o han disputado varios sabios. Los buques de vapor, el descubrimiento de la circulación de la sangre, el submarino, los tanques, no tienen un solo inventor, no son producto de un solo cerebro. La Oficina de Patentes de Inglaterra va aún más allá, pues categóricamente afirma que "nadie ha inventado nada", afirmación atrevida que nos hace retroceder hasta 1785.

Todo el mundo sabe que se considera a sir Ricardo Arwright como el inventor de la máquina para hilar algodón y, sin embargo, en la patente que se le extendió se hace constar que era una ingeniosa combinación de inventos anteriores, y éste, como la inmensa mayoría, ha tenido predecesores.

Examinemos dos o tres grandes inventos:

LA MAQUINA DE VAPOR.—

La máquina de vapor funcionaba ya en Egipto 2150 años antes de Jesucristo, pues Herón de Alejandría escribió sobre la fuerza expansiva del vapor, describió el émbolo, el pistón y las válvulas, y construyó una máquina de vapor que elevaba aguas y pesos. ¿Sabía algo de eso Watt, a quien se considera como inventor de tan importante máquina?

Más modernamente, encontramos la máquina de vapor en el dibujo de Della Porta, en 1601, que empleó el vapor como energía. Su fuente de vapor fué la primera máquina pneumática. Veintiocho años después, Branca construía el juguete más ingenioso que se ha visto. Aunque inspirado en el artificio de Herón, el juguete citado fué la primera máquina rotatoria en Europa, 150 años antes de Watt, y fué el precursor de la turbina.

La primera máquina de vapor que se empleó para algo útil fué la inventada por el marqués de Worcester, utilizada en Vauxhall en el año 1656 para extraer agua. Esta fué la primera que tuvo caldera separada.

En 1680, Dionisio Papin inventó la válvula de seguridad, y en 1690 construyó y dibujó una máquina cuyas partes fundamentales eran el émbolo y el pistón.

El capitán Tomás Savory hizo, en 1698-1702, una complicada, pero útil, mejora en la máquina del marqués. Poco tiempo después, Tomás Newcomen inventó el "Atmosférico", y, finalmente, Watta ,en 1872, construyó la máquina de vapor de doble acción.

BUQUES DE VAPOR.—

La evolución del vapor duró dos siglos. En los principios de la máquina de vapor, en 1618, David Ramsey obtuvo la primera patente "para hacer que los barcos anduviesen por el agua con el vapor"; pero el primer buque práctico de esta especie se debe a Papin.

En 1736, Hulls hizo experimentos en el río Avon, Inglaterra, con un vaporcito que remolcaba a un gran velero.

Después de esto, Puck hizo varias alteraciones a la máquina de Newcomen para producir el movimiento de rotación; pero esta máquina no era práctica para la propulsión marítima.

Durante cuarenta años se siguieron haciendo otros nuevos experimentos, sin llegar a nada verdaderamente práctico. El resultado de los trabajos durante este tiempo fué un tipo de máquina que podía dar impulso a los barcos, asegurando un comercial futuro para la navegación a vapor. El inventor fué Guillermo Lymigton, en 1802-1803; pero las desgracias hicieron que su invento cayese en el olvido, y en él quedó hasta que, cincuenta años después, Fulton se llevó su gloria y fama con su notable buque de vapor "Clermont".

El primer buque que llevó pasajeros fué el "Comes", en 1812.

Citamos el último al español Blasco de Garay, de quien se dice fué el que primero presentó un barco movido por el vapor, que hizo las pruebas, primero, en Málaga, y después en Barcelona, el 17 de junio de 1543. Muchos han negado que la tal nave fuera movida por el vapor, y otros lo aseguraban. Una nota del Archivo de Simancas dice que el célebre marino hizo en Barcelona el experimento, en la fecha citada, con "un bajel que andaba por medio de un aparato cuya parte más importante era una gran caldera de agua hirviendo"; y Arago, como buen francés, quita importancia al invento, diciendo que, al fin y al cabo, no era otra cosa sino una variación de la eolípila de Herón de Alejandría, de la que ya hemos hablado.

LA LOCOMOTORA.—

La primera locomotora apareció en Inglaterra en forma de carretón de vapor para caminos reales, y la primera idea de una máquina que corriese por carriles se debe a Ricardo Lowell Edgewoth.

En 1776 ideó un plan para ferrocarriles, que consistía en arrastrar los coches sobre carriles con tracción animal o por medio de una cuerda que se arrollaba en un tambor puesto en movimiento por una máquina de vapor; pero el verdadero heraldo precursor de la locomotora fué el aparato inventado y construído en 1784 por Guillermo Murdock, ayudante y colaborador de Watt. El embrión de locomotora podía recorrer de seis a ocho millas por hora.

La verdadera locomotora empieza con Ricardo Tervithick. Con su creación de la locomotora y sus múltiples inconvenientes y experimentos, dió un campo más amplio a los usos de la máquina de vapor que las grandes mejores de Watt. En diez o doce años combinó en la locomotora todas, o casi todas, las mejoras necesarias para el éxito final.

A éste siguieron una multitud de inventores de inferior categoría, entre ellos Jorge Stephenson, considerado como el inventor de la locomotora. Pero hay que afirmar, en su honor, que jamás Stephenson se atribuyó el invento. Merece, sí, con justicia, el introducir la locomotora y desarrollar el sistema de ferrocarriles.

VIDAS PINTORESCAS

La muerte del bandido Romanetti

En Caltatoggia, distrito de Appieto, ha sido muerto por la Gendarmería el famoso bandido corso Romanetti.

A las ocho de la mañana tres gendarmes, que estaban escondidos en un cerro que domina el camino de Sagone a Lava, vieron que avanzaba por el mismo un hombre a caballo.

Se trataba de Romanetti.

Los gendarmes salieron de su escondite y apuntaron a Romanetti, gritándole: "¡Arriba las manos!".

Romanetti, en vez de obedecer, picó espuelas a su caballo y disparó su carabina contra los gendarmes.

Estos hicieron una descarga, y el caballo de Romanetti recibió una bala en el pecho y empezó a dar botes.

Romanetti entonces se tiró al suelo, arrojó la carabina, sacó dos pistolas automáticas de sus bolsillos y comenzó a retroceder, disparando repetidamente contra los gendarmes.

Estos volvieron a tirotearle, y por fin uno de ellos le acertó en el corazón.

La historia de Nuncio Romanetti es muy interesante. Nació en 1884, en Caltatoggia. Heredó de su padre una pequeña hacienda y vivía tranquilo, cuando un día riñó con un vecino, a quien acusaba de haberle robado un buey. Este lo insultó, y Romanetti lo mató de un tiro de pistola. Perseguido por los gendarmes, huyó al monte y se dedicó al bandolerismo, aunque, en realidad, apenas robaba más que lo estrictamente indispensable para su sustento.

En 1919, un tal Julio Carguccia le denunció a los gendarmes, y éstos, siguiendo sus indicaciones, le prepararon una emboscada; pero Romanetti logró escapar milagrosamente. Poco después se encontró en un bosque el cadáver del denunciador. Romanetti se había vengado.

Algunos años más tarde un gendarme llamado Faton prometió a sus jefes que prendería a Romanetti, y fué a buscarle. Lucharon cara a cara, y Faton murió de una puñalada en el pecho.

Un día Romanetti hizo pública una pintoresca proclama, en la que decía, entre otras cosas:

"No obstante mis desgracias, soy un hombre honrado, y para probarlo substituiré a la Gendarmería en sus verdaderas obligaciones. Los bandidos del distrito que roban a los pobres serán perseguidos y muertos por mí".

Efectivamente, en poco tiempo mató a cuatro célebres bandoleros, llamados Leca, Peccini, Carli y Pierangelli.

Algunas veces, cuando sabía que un pobre sufría hambre, buscaba a un rico, le pedía dinero y se lo entregaba íntegramente al infortunado.

Esto hizo que tuviera una gran popularidad y que los campesinos humildes le escondieran y se negaran a venderle a las autoridades.

En 1921 un avión del servicio aéreo Antibes-Ajaccio cayó cerca de Alata, y Romanetti acudió en socorro de los pasajeros, puso en seguridad el correo que llevaba y avisó él mismo a la Policía.

Un día encargó un gran banquete para él y sus amigos en el mejor hotel de Ajaccio, y presidió la mesa, comió tranquilamente y pronunció un discurso a los postres.

A la misma hora cenaba en la habitación de al lado el prefecto de la ciudad.

Un empresario de "cine" le preguntó si quería aparecer en una película, mediante un buen precio, y él contestó que no tenía inconveniente.

La película fué impresionada y exhibida en toda Córcega.

GABRIEL TIMMORY.

El poder marítimo en la antigua historia

Si consideramos las limitaciones del primitivo navío de combate, es un hecho notable el que pudiera, en plazo relativamente corto, llegar a ser la galera ordinaria de veinte remos, el navío griego de la fuerza expedicionaria de la *Iliada*, las galeras de treinta y cuarenta remos de los fenicios, las galeras del tiempo de Antonio, de las cuales escribe un autor que estaban provistas de torres y altas cubiertas que iban por las aguas semejando castillos y ciudades, mientras el mar gruñía y el viento se fatigaba. Y ¿qué decir de los barcos de once bancos de Demetrio Paliorcetes, los de dieciseis bancos del rey Filipo de Macedonia y los fabulosos de cuarenta bancos de Ptolomeo Philadepho, con sus cuatrocientos remeros?

Tan frágiles eran los primitivos navíos, que las tormentas eran para ellos más temibles que las batallas. Por tanto, las operaciones sólo las verificaban, en su mayor parte, durante los meses de primavera y de verano; y aun entonces, las flotas que se aventuraban a perder de vista la costa en una época en que la brújula no se conocía, pagaban cara su tentativa y el naufragio se encargaba de demostrarles su error. Las galeras de guerra descansaban durante la noche, las tripulaciones dormían en la playa y todas las comidas que eran factibles, se tomaban en tierra. El espacio destinado a carga, en los primitivos navíos, estaba limitado a las provisiones, especialmente al agua, que se llevaba en cantidad suficiente para proveer las necesidades de dos o tres días, y constantemente se le abastecía desde tierra, a menos que la flota fuese acompañada de navíos encargados de esa misión. Tal relación con tierra necesariamente acondicionaba la estrategia.

Esto explica también por qué los navíos mercantes, construídos para hacer frente a las necesidades, encontraran pocas dificultades en el bloqueo y por qué la piratería llegó a ser tan corriente, que el mismo Julio César fué capturado por los piratas.

Después está la cuestión del poder; los marinos fueron meros auxiliares impulsando la nave al ataque por su esfuerzo muscular, y la fatiga acababa muchas empresas. A pesar de esto, muchos encuentros navales decidían la soberanía de los mares e indicaban si un caudillo estaba en relación con la desgracia o con el triunfo, con la muerte o con cualquiera otra concesión que tiene "el privilegio para la vida de volver de los banquetes públicos precedido por un portaantorcha y por músicos".

Los navíos de guerra griegos y romanos eran navíos de ligera construcción, largos y estrechos, con finas y agudas líneas calculadas para cortar el agua como con un cuchillo. Esta forma fina les habilitaba para conseguir la misma velocidad tanto avanzando como retrocediendo.

El mando de la flota estaba, generalmente, en manos de un general con mando intercambiable sobre las fuerzas de mar y de tierra. Bajo su mando estaban los capitanes de los navíos, y bajo las órdenes del capitán había cuatro oficiales: 1), el práctico, que era el jefe ejecutivo del navío; 2) el piloto, u oficial encargado de la dirección del navío; 3), el sobrecargo, o segundo del buque, y 4), los contramaestres, que mandaban a los remeros y dirigían sus movimientos.

El personal auxiliar se dividía principalmente en remeros y marinos. "Los remeros, más numerosos, variaban en número, desde ciento setenta y siete en los navíos atenienses a más de quinientos en los navíos más importantes... Podían algunas veces ser auxiliados, y otras, empleados como fuerza terrestre. Los marinos eran simplemente tropas de tierra, y se empleaban para abordar los navíos enemigos, para repeler los abordajes y para formar una fuerza móvil que operase en territorio enemigo.

"Entre las armas, ocupaban el puesto principal la flecha, punteada con bronce o hierro, y el ariete, cuyo efecto era considerable lo mismo en agua que en tierra. Antes de su adopción, la victoria quedaba para el más fuerte que en lucha, cuerpo a cuerpo, pudiese cruzar el puente enemigo y quedar en él vencedor. La *artillería* tenía su turno, y desde las altas torres, los dardos y flechas se arrojaban contra los navíos y plazas enemigos; había también catapultas, que lanzaban enormes piedras, máquinas que destruían las fortificaciones costeras y útiles que se encargaban de que las flechas inflamadas se empleasen eficazmente.

"Encontramos que los factores que entraban en el trazado de los navíos de los tiempos primitivos tienen aún considerable importancia en el trazado de los navíos de tiempos posteriores. No necesitamos sino mencionar el ariete, la torre de combate y la ballesta; esta última desarrollada en las baterías de los modernos acorazados y cruceros. Aun más curioso es el hecho de la catapulta, usada en los primeros tiempos para arrojar piedras, y que ahora encuentra un nuevo uso para lanzar aeroplanos desde las cubiertas de nuestros navíos de guerra".

Canción maternal

Hijo mío, vamos río abajo por la existencia. Nuestras vidas habrán de separarse y nuestro amor se olvidará. ¿Qué te daría yo para que no te fueras? ¡Ay! Pero ¿seré tan tonta que intente comprarte el corazón con regalos?

Tu vida empieza; es largo tu camino: de un sorbo apuras el cariño que te damos, y vuelves a irte corriendo del lado nuestro.

Tienes tus juegos y tus amigos y es natural que se te pase el tiempo sin pensar en nosotros.

¡Nuestra vejez, en cambio, es tan ociosa! ¡Tenemos tantas horas para contar los días que cayeron y para amar en nuestro corazón lo que siempre se fué de nuestras manos! El río alegre rompe todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda y lo sigue con su amor.

Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos brazos del amor. Te tocará en la frente cual un beso de bendiciones. Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente, te cercará para alejarte de ella.

Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, se llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable. Cuando la noche negra se tiende en tu camino, mi canción será sobre tu cabeza como una estrella fiel. Se sentará en las niñas de tus ojos y guiará tu mirar al alma de las cosas. Cuando mi voz enmudezca con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

RABINDRANATH TAGORE.

El babuíno.

El babuíno es un mono que carece de melena, pues aunque el pelo de la cabeza es más largo que el del resto del cuerpo, no se puede decir que forme verdadera melena. Es de talla regular, y su pelo es color pardo verdoso y, en las mejillas, blanco amarillento. Las partes desnudas de las manos, pies y cara, son de color negro subido.

Vive en Abisinia y otras regiones del Africa; se los encuentra reunidos en grupos de 10 a 14 individuos, por los alrededores de los poblados. Se alimentan de maíz y de los productos que pueden robar. Es pacífico y sólo se dedica a recorrer los cultivos, en los cuales pasa su vida.

Es mono que se presta a la cautividad, y los egipcios primitivos ya lo consideraban como animal doméstico.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 3.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . . „ „ 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 „	N.º atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

"Devocionario romántico", por Carlos Prendez Saldías - Chile.

El sentido poeta C. Prendez Saldías, autor del conocido libro "Amaneció nevando", publica uno nuevo con el título de estas líneas.

Son todos poemas emotivos, con un dejo de misticismo, donde el alma de escritor, sencilla, espontánea y grande, se unifica a aquellas estrofas claras siempre y rebosantes de una armonía dulce y apacible.

Todo el libro es un cántico al amor, un salmo a la fe, una revelación de espíritu, profunda y dominante. En el amor descansa el alma del poeta, aquél es su guía, su norte, y por él se siente fuerte y su corazón se llena de alegría, y cuando el alba descorre los tules de la noche y su claridad se extiende sobre las cosas, el poeta lo evoca y lo eleva en sus canciones.

Este libro de Prendez Saldías, como sus anteriores, da mayor relieve a su personalidad literaria, tan conocida en el vecino país.

F. B. V.

"Alma Norteña", por Pedro Heredia, Editorial Tor - Buenos Aires.

Acaba de darse a la publicidad un libro de lujosa presentación, primorosamente ilustrado, de nítidos grabados, llamado "Alma Norteña", y que su autor Pedro Heredia, subtitula: cuentos de la montaña.

En él, se dan a conocer las pasiones, leyendas y supersticiones del Norte Argentino, con un arte verdaderamente magistral.

Sus cuentos, están impregnados de tristeza y saturados de honda realidad. Son relatos de amor y de pena, donde se descubre el alma emotiva y sensible de los sencillos y primitivos moradores de las montañas. Almas que sienten intensamente por dentro, y que no saben exteriorizar con vanas palabras, simulando así, una aparente y engañosa frialdad y apatía; al igual que las montañas que le han visto nacer: donde ruge impetuoso y terrible el fuego interno, mientras sus cimas permanecen cubiertas de perpetua nieve.

Nadie como Heredia, ha pintado el alma serrana de nuestro pueblo tan melancólica y colérica, enrevesada y sencilla, llena de misteriosas supersticiones, a la que todos estamos inclinados, devotos fervientes de Dioses legendarios, con tanto arte y maestría.

Heredia narra asuntos de la vida real, y describe paisajes que han impresionado su retina anhelante de viajero estudioso, pues en sus largos viajes, ha debido vivir y hermanar con los personajes que describe, y que ahora hace desfilar en "Alma Norteña", como una larga caravana de sombras.

"Panderetas sevillanas" (poesías), por Francisco Villaespesa.

Un nuevo libro del fecundo Villaespesa, siempre es un acontecimiento, porque este poeta inagotable, nunca semejante a otro alguno, tiene tantas notas en su lira, es tal su fuerza, tan grande su inspiración, que puede cantar sin tregua, sin que jamás se repita, sin que canse, sin que su musa se fatigue, sin que su estro experimente el menor desmayo.

Panderetas sevillanas, como su título indica, es un himno andaluz que el poeta entona a la reina de Andalucía, "la ciudad de oro", con sus guitarras, su "Torre", su Giralda, su San Telmo, su Triana, su Semana Santa, sus saetas, sus Cristos, sus cigarreras, sus peteneras, sus toreros, su sol de fuego, como los ojos de sus mujeres... Todo canta, vibra, se hace aroma y sentimiento en las hermosas poesías de este libro sin igual.

Otros temas abarca el creador númen del poeta: en la sección Medallones, da nueva vida imperecedera al pintor Valdés Leal, al poeta Bésquer, al escultor Susillo..., y en los Sonetos de la Infancia evoca sus años idos de pureza e inocencia, en las figuras encantadoras de la abuelita, de la madre, de las niñas pequeñas, de las ferias con sus polichinelas y sus fuegos de artificio...

Completa el volumen los Sonetos de la Adolescencia, las Elegías Suaves, la Mandolinata Romántica, y Los Cafés de Madrid, que son como broches de oro de tan selecta colección de hermosos versos, editados por la casa Maucci de Barcelona.

"Un enemigo de la Civilización: Leopoldo Lugones", por Julio Fingerit Editorial Tor - Buenos Aires.

El opúsculo de Julio Fingerit no es un mero trabajo de polémica. El crítico es además constructor. Analiza las ideas de Lugones, muestra sus fallas, y cuando parece admitir esas ideas, es para demostrar sus efectos absurdos. La reducción al absurdo es un viejo procedimiento, de virtud extrema porque ofrece un testimonio final e inapelable: por esto le han usado los matemáticos.

Lugones ha encontrado un adversario digno de él. Un adversario que une a la juventud, la destreza, a la cultura, la nobleza del propósito. Fingerit no ha querido denigrar a Lugones; ha querido juzgarle. Para juzgarle le ha examinado. Los resultados del examen se hacen patentes en la exposición y crítica del ensayo. La fuerza dialéctica de Fingerit es pasmosa. No es un sofista: es un pensador. Maneja hechos, no silogismos. Su conocimiento de la historia, su versación en las ciencias, su habilidad literaria, hacen ameno un asunto profundamente serio.

Este pequeño trabajo marcará un gran progreso en la formación mental de las nuevas generaciones. Revisa un valor, propone un criterio, muestra un método, deshace prejuicios, y ofrece una crítica, no sólo de una tendencia, sino de algo mucho más serio y más importante: una crítica de procedimientos comunes de la imaginación lógica y analógica.

"El clero católico y la educación", por Constancio C. Vigil.

¿En qué mano confiará usted la educación de sus hijos? He aquí una pregunta inquietante que los hombres de todos los tiempos se han hecho. ¿A qué categoría de hombres o mujeres entregará la arcilla virgen del alma y el cerebro de su hijo y de su hija?

A esta pregunta, Constancio C. Vigil, el conocido y elogiado autor de "El Erial", contesta en su breve pero enjundioso y bien encaminado estudio. No será entre las manos del religioso católico donde él depositará el espíritu maleable del pequeño... será, en cambio, bajo la mirada de los laicos, de los hombres y mujeres normales, de los que pueden y son padres y madres de otros niños, donde depositará sus vástagos.

Este y otros problemas derivados de la enseñanza religiosa encara valientemente el conocido publicista y bien puede asegurarse que su obra, la primera de la serie "Exposición y Crítica" que publica la Editorial Tor, resulta todo un catecismo revelador para aquellos a quienes interesa el porvenir de nuestra juventud y el progreso moral de la raza.

"Almas en pena", por E. Carrasquilla Mallarino

La Editorial Tor acaba de editar en su colección de "Lecturas Selectas", una obra de mérito: se trata de los mejores cuentos del poeta y escritor colombiano Eduardo Carrasquilla Mallarino.

Con este nuevo volumen la empresa editora mencionada no hace otra cosa que cimentar más aún el prestigio de sus cuidadosas ediciones, en las que se tiene en cuenta, además de la presentación del libro, el valor intelectual de los autores.

Carrasquilla Mallarino llena cómodamente las exigencias que consignamos más arriba. No es necesario hacer su biografía: en el mundo de las letras es una figura conocida y respetada. Colombiano de nacimiento, pero argentino de corazón, se halla radicado en Buenos Aires desde hace muchos años. El diario, la revista, las publicaciones selectas contaron siempre con su inteligente y eficaz colaboración.

En "Almas en Pena", Carrasquilla Mallarino relata con la fuerza del escritor que acusa una exquisita sensibilidad, la vida angustiosa de seres que sufren, impulsados por la fatalidad, a veces, por su propia culpa otras, etc.

El lector se interesa a medida que se va internando en la lectura, no sólo por la excelencia de la prosa, sino que también por la habilidad de que hace gala el autor al mover sus personajes, revelar sus pasiones y auscultar sus almas.



HEROISMO QUE REDIME

El caso de Torroella

Por Fernando Blanco

Por toda la Prensa española, por la catalana singularmente, el nombre de Fernando Torroella viene rodando con clamorosa pertinacia, envuelto en conmovedoras apelaciones a la justicia.

¿De qué se trata?

El gran público, la masa general de lectores que el periódico diario tiene habitualmente, es posible que no pueda precisarlo. Cuando más, acaso recuerda vagamente: "¿Torroella? ¡Ah, sí! Un penado para el que se pide indulto..., ¿no?".

Y esto es, en efecto, aunque la idea no responda exactamente a la verdad.

Porque lo cierto es que nos hallamos ante un caso tan extraordinario, tan excepcional, que a buen seguro no tendrá par en la historia penitenciaria de muchos años.

Fernando Torroella Bataller es un condenado por los luctuosos sucesos que en julio de 1909 enrojecieron a Cataluña. La famosa *Semana trágica* de Barcelona tuvo, como es sabido, diversas ramificaciones en la misma provincia. Uno de los lugares donde se registraron estos *chispazos* complementarios, fué Manresa. Aquí delinquió Torroella.

Se le acusó de haber dado muerte a un somatenista, de dos delitos de incendio y de algún otro de menos importancia. Por el primero fué condenado a cadena perpetua, a veintidós años de prisión por los dos siguientes y a unos meses más por las otras figuras de delito.

Grave fué la causa y grave la consecuencia. Torroella entró en presidio, y en él ha permanecido los diez y siete años transcurridos desde entonces. ¡Diez y siete años! Tal vez haya alguien a quien le parezca poco ese tiempo, en relación con la pena impuesta; pero, sin entrar en otras consideraciones, diremos tan sólo que de cuantos resultaron condenados por aquellos sangrientos sucesos, sólo queda hoy uno sufriendo prisión: Torroella. Y cuenta que son varios los que, habiendo sido castigados a penas iguales y aun mayores—pues alguno hubo a muerte—, han tenido todos la fortuna de lograr su libertad hace ya tiempo. Tan solo Torroella continúa padeciendo el rigor de la ley.

Pero no es esta consideración sentimental lo que ha de esgrimirse en su favor. Esto tendría escasa importancia. Cuando a los demás se les ha libertado, no obstante las más graves condenas que sobre algunos pesaban, y a Torroella no, por algo será.

¿Por algo? Veámoslo.

Pensemos un momento en el estado de convulsión en que los delitos se cometieron. El furor revolucionario, el estallido de las pasiones la lucha enardecida, la obcecación, el terror, la rebelión arrolladora...

En estas circunstancias, la personalidad de Torroella comienza a dibujarse, con un detalle que consta en las diligencias judiciales: la conmoción está en su apogeo; unos grupos de sediciosos prenden fuego a un convento. Alguien dice que queda una monja dentro; Torroélla penetra en el interior espontáneamente, decididamente, y sacándola a la calle la salva de una muerte cierta.

Una vez condenado y recluso en la prisión central de Figueras, su conducta ha sido tal, que ella es la que con elocuencia insuperada rodea a este caso de aquellos caracteres de excepción de que hablamos al principio.

Torroella, en presidio, nace a una vida nueva. Esto no es una frase: es una bellísima, una ennoblecedora realidad.

El humilde obrero panadero, inculto y apasionado, resuelto y violento, arrebatado y generoso, que en medio del extravío que le llevó al delito aun dibuja un rasgo de piadosa espontaneidad; el hombre oscuro, cuyo origen radica acaso en los estratos más profundos de la sociedad; el trabajador manual, el miembro de la turba, la *chusma* y el arroyo, siempre abandonado a sus pasiones, entra en la disciplina del penal y no tarda en ir despertando y educando su sensibilidad con la contemplación de tanta tristeza, en la penosa pero segura vida del establecimiento.

Y educa la sensibilidad porque cultiva la inteligencia. Lee, estudia, aprende Medicina, trabaja, consigue ser practicante del doctor Salesas, médico de la prisión; llega a tener a su cargo la enfermería...

Y ya aquí, en la serenidad de este escenario del dolor, el alma de Torroella se desborda en constantes manifestaciones de efusividad fraternal, alcanzando las cimas del heroísmo.

Así, por ejemplo, una vez, y otra, y otra, se presta a que de él se haga la transfusión de sangre a distintos enfermos cuyos organismos precisaban de ese recurso supremo para su salvación. Y esto, que es siempre un gesto de sublime altruísmo, que cuando de él se registra algún caso aislado por ahí, se divulga y comenta, y premio, Torroella lo ha tenido tres, cuatro, cinco veces, ¡muchas!

"Este hombre merece varias cruces de Beneficencia", cuentan que ha proclamado el médico del penal.

Pero no son éstos sólo los puntos culminantes de su vida penitenciaria.

Torroella, en la actuación de su cargo de enfermero, ha contraído por contagio diversas enfermedades, alguna tan grave como el tifus; ha sufrido una dolorosa amputación en una mano, por haberse herido al curar a un paciente; ha salvado la vida a otro recluso que en un crudo día de enero pretendió suicidarse arrojándose a un pozo existente en el patio del presidio — Torroella se arrojó tras él y consiguió extraerlo con vida—; se ha significado por el arrojo con que acudió en socorro de los soldados heridos en la explosión del polvorín del castillo de San Fernando...

¿Para qué más? Todos estos hechos y otros de menor relieve, aunque igualmente humanitarios y abnegados, esmaltan la hoja penitenciaria de Fernando Torroella.

Y porque esto es así, piden su libertad ya todas las clases sociales de Cataluña—la ciudad de Manresa entera, desde luego, desde el alcalde hasta la misma viuda del somatenista muerto—. La han pedido la Federación Nacional de la Prensa, el cardenal primado, doctor Reig; el patriarca de las Indias, doctor Muñoz, ex obispo de Vich, a cuya diócesis pertenece Manresa; la han pedido todas las corporaciones oficiales y particulares de Cataluña.

El Gobierno ha acogido con buena disposición estos deseos, y ahora se está incoando en la Audiencia de Barcelona el expediente necesario para ello.

Creemos que Torroella recobrará muy pronto su libertad; lo esperamos y anhelamos.

No es un indulto vulgar, sentimental, gracioso. Es una rebaja de condena, conquistada a pulso, a golpes de sacrificio, en una bien larga prueba.

Si Torroella, en instantes de obcecación y motín, de sedición y zalagarda, quitó una vida, después, con su propio riesgo, con su sangre misma, ha dado varias.

Y, además, ha sufrido ya una larga expiación.

(De "*La Voz*", de Madrid).

El Zar y la camisa

Un zar, hallándose enfermo, dijo:

—¡Daría la mitad de mi reino a quien me curase!

Entonces todos los sabios se reunieron y pusiéronse de acuerdo para curarle, mas no hallaron el medio.

Uno de ellos, sin embargo, declaró que podía curarse el zar.

—Si sobre la tierra encuéntrase un hombre feliz,— dijo,—quítesele su camisa y que se la ponga el zar. Quedará curado.

El zar hizo que por el mundo se buscase un hombre feliz. Los enviados del soberano se esparcieron por todo el reino, mas no hallaron lo que buscaban. Ni un hombre a quien su suerte satisficiera se encontró.

El uno estaba rico, pero enfermo; el otro estaba bueno, pero pobre; aquél, rico y sano, quejábase de su mujer, éste, de sus hijos; todos deseaban algo.

Cierto día el hijo del zar, que pasaba por delante de una pobre choza, en su interior oyó que alguien exclamaba:

—Gracias a Dios he trabajado y he comido bien. ¿Qué me falta?

El hijo del zar sintióse lleno de alegría; inmediatamente mandó por la camisa de aquel hombre, a quien en cambio había de dársele cuanto dinero él exigiera.

Los enviados presentáronse a toda prisa en casa del hombre feliz para quitarle la camisa; pero el hombre era tan pobre, que ni aun aquella prenda usaba.

LEÓN TOLSTOY.

La batalla de Megalópolis

Se celebró esta batalla junto a la ciudad de su nombre, la cual era capital de la Arcadia (Grecia), el año 900, entre Agis, rey de Esparta, y los macedonios.

Agis mandaba un ejército importante de 20.000 soldados, de los cuales más de la mitad eran mercenarios. Los espartanos sufrieron una derrota; pero Agis fué herido de muerte. Su sucesor Endáminos tuvo que firmar la paz propuesta por el regente Antipatro, y desde entonces Esparta se vió obligada a acatar los mandatos de Alejandro.

La curiosa pesca de los papúes

Primitiva y rara, pero productiva ,es la manera de pescar de los papúes, una de las principales ocupaciones de estos oceánicos, por lo que los hechiceros del mar son tenidos entre ellos en gran consideración.

El día antes de emprender una excursión pesquera, los hechiceros practican infinidad de ritos para que la pesca sea abundante.

Los habitantes de la costa practican esta ocupación, no sólo para subvenir a sus necesidades, sino también para cambiar la pesca con los habitantes del interior por los productos de la tierra. Además, los papúes tienen verdadera afición al pescado, su alimento predilecto.

La pesca a mano es interesantísima. He aquí cómo lo relata un viajero que tuvo ocasión de presenciarla:

"El calor es intenso, el sol tropical lanzaba sus ardientes rayos sobre la masa líquida, tranquila como una balsa, transparente como un vidrio, en la que se reflejaban como en espejo los cocoteros de la orilla. El fondo se veía tapizado de corales, y multitud de peces de variados colores nadaban por entre aquel bosque de vegetación de coral.

Los papúes se prepararon para la pesca. De los botes en que iban empezaron a deslizarse, dejándose caer suavemente en el transparente líquido de záfiro, hasta llegar al fondo, que a una profundidad de ocho brazas se veía perfectamente. Tal era la limpidez y transparencia del agua.

Lo que vi me dejó atónito. Aquellos hombres empezaron a andar por el fondo del agua como si estuviesen al aire libre. ¿Cómo podían hacer aquella maravilla? Imposible explicarlo. De vez en cuando se agachaban ante un agujero, hurgaban con un palo que llevaban en la mano izquierda y extendían la derecha, con la que tomaban el pez que huía de aquella molestia. En unos momentos llenaban los zurrones de que iban provistos. Un muchacho se lanzó como un saeta sobre un pez que pasaba veloz y lo tomó con rapidez asombrosa.

Entonces vi uno de los episodios más emocionantes que he presenciado en mi vida. Parecía un estudiado truco de película, pero era una escena real y verdadera.

El muchacho en quien tenía fija la atención estaba metiendo otro pez en su zurrón de red, cuando apareció una forma negra, alargada, enorme. Era terrible, fascinador, ver aquella escena en el fondo del mar; aquello sólo podía terminar de una manera: el muchacho estaba perdido. El horrible monstruo, el enorme tiburón se acercaba veloz.

Rápidamente, con un brusco movimiento, el joven papúe se echó hacia atrás, dando frente al escualo, y se metió en un hueco que formaban dos corales, en donde apenas cabía. No podía retroceder más, y allí permaneció quieto, inmóvil, mirando al monstruo con ojos maliciosos. Aquella escena, que duró un par de minutos, me pareció eterna.

El tiburón atacó; pero no podía alcanzar con sus dientes al muchacho. Mas aquello no podía durar. Era imposible que el papúe resistiese más tiempo sin respirar. Entonces arrojó su zurrón a un lado, y el tiburón se lanzó voraz sobre aquella presa, y el muchacho, dando una patada en el suelo, subió a la superficie y se encaramó en el bote con una tranquilidad espantosa, como si nada le hubiese ocurrido.

Descansó unos minutos, tomó un cuchillo y volvió a bajar al fondo del mar.

Algunas veces, pero no en aquella ocasión, suelen emplear para la pesca una pasta que hacen en forma de bolas con la raíz de una planta que llaman *tuha*, y que colocan en los corales más frecuentados por los peces. La *tuha* los atonta, y los indígenas pueden entonces cogerlos con la mano con más facilidad.

La pesca a mano, con red y con aparejo, son sus maneras de pescar; pero la primera es la más preferida de los papúes.

También pescan con cometas que llevan en la cola el cebo y una pequeña red impregnada de materia aglutinante. Dejan que la red toque la superficie del agua, y los peces que acuden quedan aprisionados en la red. Aunque la carne del tiburón no es muy apreciada, algunos indígenas la comen. Sin embargo, se dedican a pescarlos para desembarazar de tales monstruos—inútil tarea—aquellos mares, en donde tanto abundan.

Para tomarlos ponen trampas con nudos corredizos, con el cebo dispuesto de tal forma que los tiburones tengan que meter la cabeza en el lazo.

Para atraer a estos escualos hacen ruido con cáscaras de coco, frotándolas y golleándolas unas con otras, y los monstruos acuden, no se sabe si por curiosidad o porque el ruido producido se parezca al de algún pescado que sea bocado favorito de estos voraces animales.

Desde la infancia, los papúes educan a sus hijos para hacer de ellos hábiles pescadores. Les enseñan a hacer redes y aparejos, a preparar el cebo, a nadar y bucear, y a aguantar en el fondo del mar sin respirar. Es verdaderamente asombroso, es incomprensible; pero es un hecho; estos pescadores papúes permanecen sin respirar en el fondo del mar minutos y minutos. El verlo causa angustia y ahogo; una inquietud intolerable, por poco nervioso que uno sea.

Los pequeñuelos aprenden muy pronto a manejar arcos y flechas diminutos, y a pasar la vida en el agua pescando a saetazos. Junto a los hombres siempre se ve multitud de estos arqueros, pequeños Cupidos negros. Se meten en el agua hasta las rodillas, echan cebo ante ellos y con el arco preparado esperan pacientes, y en cuanto tienen el pez al alcance de su flecha, disparan con una puntería tan certera que siempre dan en el blanco. La refracción no es para ellos inconveniente alguno; la tienen bien calculada, y el blanco es tan certero, como si el sol no les molestase para nada. Sus ojos, habituados a ello, son como los de un pez más..."

CORTESIA

Las más bellas cualidades pueden conducir a un hombre a su pérdida. Prueba de ello la triste historia del señor De Guerlac: Soltero y rico, acostumbraba dar magníficas fiestas en su hotel de la avenida de Boulogne, en las que lo más notable era la exquisita cortesía del dueño de la casa. Sabía encontrar para cada invitado la frase que llega al corazón; se interesaba solícitamente por su salud y por la de los individuos de su familia; mostraba un gran interés por los adelantos de los hijos en el colegio o en el liceo.....

Por desgracia, tales fiestas eran tan costosas, que el señor De Guerlac quedó completamente arruinado, y de la noche a la mañana tuvo necesidad, para poder vivir, de buscar un empleo. Algunos amigos que le siguieron siendo fieles le proporcionaron una plaza de revisor de los coches del Metropolitano. Desempeñaba sus funciones con celo; pero con una urbanidad tan contraria a las costumbres administrativas, que le valieron varios apercibimientos de sus superiores. Para pedir el billete a un viajero empleaba tantas frases corteses y daba tales excusas que sólo picaba un billete mientras sus compañeros revisaban doscientos en el mismo tiempo; y si por casualidad descubría un caso de fraude, siempre perdonaba al viajero, asegurándole que la Compañía no quería molestarle reclamándole una suma tan pequeña. La Empresa concluyó por prescindir de sus servicios.

Después de un período de privaciones, logró una plaza en armonía con su esmerada educación de hombre mundano: maestro de ceremonias en una Sociedad de Pompas Fúnebres. Tenía el gran tipo con su bicornio, su traje negro y zapatos de hebilla. Por desgracia, la primera vez que ejerció su oficio, en un hotel particular de la avenida de la Estrella, fué presa de una extraña alucinación. Creyó que volvía a su época de esplendor, que daba una de sus magníficas fiestas, y recibió a las personas que acudían a la casa a dar el pésame a la familia del finado, como recibía en la suya a los invitados: "Encantado de verle", "Muy amable por dignarse ser de los nuestros", "Espero que se divertirá y que pasará usted un rato agradable", "Está usted en su casa..." Y estrechaba las manos de los recién llegados y prodigaba sonrisas. La familia del difunto se quejó, y se vió en la calle.

El señor De Guerlac conoció días de horrible miseria. Dió sablazos, pidió limosna, y un día la mala suerte le condujo a la casa de una vieja rentista. Se excusó de pedirle dinero sin que nadie le hubiera presentado antes; la anciana lo despidió descortesmente, y él, en un arrebato de violencia, la estranguló.

Aquello le produjo bastantes sinsabores, pues no sólo fué condenado a muerte, sino que le fué denegada su petición de subir al patíbulo en traje de etiqueta, como correspondía a un hombre de su elegancia innata.

Esperando la hora de expiar su crimen, quedó postrado en su celda, lejos ya de un mundo que tan poco se preocupaba de la buena educación. La última toilette no le hizo salir de su indiferencia. Pero a última hora volvió a recobrar sus modales corteses.

Como el ejecutor le empujara hacia la guillotina, retrocedió instintivamente y balbuceó, inclinándose ceremoniosamente:

—¡No faltaba más! ¡Usted primero!

GABRIEL TIMMORY.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

"LA LUZ DE UN FOSFORO", de Pedro E. Pico, en el SARMIENTO

Ha sido afortunado el último estreno que ha tenido lugar en el escenario del Sarmiento. La nueva obra, relativamente nueva, ya que había sido dada a conocer en provincias, no constituye un exponente valioso en el repertorio de Pedro E. Pico, pero dentro de la superficialidad de su argumento tiene el mérito de haber trazado el bosquejo de varias figuras interesantes, aparte de la pulcritud que se observa en los diálogos, traviesos y espirituales en su mayor parte, aunque a veces decaigan notablemente por la desmedida extensión.

Nos presenta Pico en esta obra a un mocito tímido para el amor y cuya natural timidez no se sabe si es causa o efecto de la poca fortuna con el bello sexo. Golito, que así se llama el infeliz, es un factor inofensivo en las reuniones de las garconieres, pues al no inspirar la pasión de las mujeres no suscita la desconfianza de los hombres. A veces es camaradá y amigo; otras, sirve de elemento complementario para determinadasactividades subalternas y, cuando no, lo aprovechan como objeto de diversión si es que falta otro más aparente. Con todo, Golito oculta su desgracia y lejos de retraerse, alterna con la muchachada, llegando a disfrutar los goces de la vida por lo que vé (y es muy poco) en la alegría de los demás.

Mientras se mantiene en esta situación de espectativa, el pobre hombre lo pasa más o menos bien, pero en un momento en que se deja llevar por una creación imaginativa, contrae el compromiso de conquistar una mujer, problema pavoroso porque no se trata de una cualquiera que halle al acaso, sino de una gran figura teatral con la que dijo haber tenido una hora de amor. La casualidad y su propia timidez, factores que muchas veces son decisivos sobre la voluntad de las mujeres, le hacen salir airoso de la difícil empresa y Golito triunfa, aunque con la mentira de una conquista que sólo es una compasiva concesión de la dama. Con todo, ese donjuanismo ficticio en que se ha colocado, le da la admiración de otras mujeres y la desconfianza de los hombres, quedando consagrado como uno de tantos tenorios de esos que abundan por ahí, asustando a todos y sin perjudicar a nadie. Es así como a la luz de un fósforo que le brinda el azar de una apuesta, distingue que entre hombre y hombre no hay en definitiva más diferencia fundamental, ante la complacencia de cierto ambiente femenino, que la voluntad de hacer y la opinión de los demás.

Bien puesta en escena esta obra, e interpretada con esmero por la compañía del Sarmiento, agradó visiblemente al auditorio, el que aplaudió a Pico, a la Brenna, a Camiña y en general a todo el conjunto.

"EL MUÑECO" GUSTO MUCHO EN EL AVENIDA

Si bien la opereta "El Muñeco" había sido dada hace dos años en el Politeama en una breve temporada de opereta alemana por la compañía de Urban, era, se puede decir, perfectamente desconocida para nuestro público, puesto que muy pocos poseen la lengua de Heine. De suerte que la versión castellana realizada por los señores Cappemberg y Escobar, que ha ofrecido la compañía Plus Ultra, resultaba un estreno casi absoluto, y así debió entenderlo nuestro público, que llenó la amplia sala del Avenida.

Un libreto agradable, muy adecuado para una opereta, tiene "El Muñeco", y si bien ofrece algunas escenas picarescas, no puede decirse que toquen los lindes de la pornografía. Los autores, o los traductores, pues no conocemos el original, usan mucha habilidad en determinados pasajes, resultando así esta opereta, en su asunto, muy discreta. La música del maestro Stoltz es inspirada, ágil y tiene pasajes bonitos, de melodías fáciles y bien combinadas. Las situaciones musicales explotadas por el maestro son realmente propicias para ello y no ocurre como en otras operetas en que se ve a la legua que los números de música están "embutidos" en las escenas.

"El muñeco" fué puesta en escena en forma que revela el esmero del director del elenco, Georges Urban, que no ha omitido detalle de perfeccionamiento escénico y que conquistó nuevamente los elogios que viene determinando su actuación al frente de este conjunto.

La interpretación fué acertada. La tiple Inés Berutti jugó con mucha gracia femenina su papel de Lissy, coqueta mujer de un marqués caduco. Amalia del Valle y Albadalejo se hicieron dignos de un bis; pero el verdadero héroe, en realidad, fué el mismo Urban, artista eficacísimo y de una vis cómica difícil de superar.

LA NUEVA REVISTA DEL MAIPO

Los del Maipo trabajan sobre seguro. Cada nueva revista que allí se estrena, es un nuevo triunfo que se adjudican. La última producción presentada al público, "En el Maipo no hace frío", de Cayol Cairo y el maestro De Bassi, ha tenido gran aceptación, siendo bisados la mayor parte de sus números, breves, graciosos y variados, como es hoy indispensable para obtener el agrado incondicional del público.

Como todas las revistas del Maipo, ésta de que nos ocupamos está vestida a todo lujo y no solo con lujo sino también con propiedad y buen gusto.

Para citar sólo los cuadros de más éxito nos referiremos al tango "mis noches de Colón", que canta Climent con mucho acierto; "El circo bataclán", en el que se exhiben algunas de las principales figuras con vistosos y fantásticos atavíos zoológicos, complicados con una doble audición musical excéntrica a cargo del actor Boytler y la Bessé, que alcanzan gran éxito; las parodias a cargo de Rafael Arcos, ocurrente y expresiva como siempre, y las alegres chicas que actúan como de costumbre y que al cruzar la pasarela al compás de una animada música, despiertan la ilimitada admiración del respetable espectador.

En suma, una revista más, pero una revista más de las del Maipo, es decir, de las que gustan a todo el mundo y llegan al centenar de representaciones en condiciones de volverse a dar nuevamente, con el mismo interés por parte del público, que si se tratara de un estreno.

"EL RINCON DE LA ALEGRIA", bonito sainete, estrenóse en el BUENOS AIRES.

No es la primera vez que Trongé y Cabral consiguen un éxito en colaboración, en el teatro de género chico. Con "El rincón de la alegría", recientemente dado a conocer por la compañía de Muiño, en el Buenos Aires, si no encaran un tema nuevo, lo desarrollan en forma personal y con mucha eficacia cómica. Reeditan estos autores un caso de vanidad artística o, para mejor decir, de pretensión por parte de unos cuantos ilusos que creen estar destinados a triunfar en el arte filarmónico y sufren el peor de los desencantos. Les sirve de animador un payador de barrio, charlatán y perezoso, Patricio Maldonado, personaje que le viene de medida al celebrado actor Enrique Muiño, quien le comunicó mucho relieve, provocando la hilaridad general con su verba pintoresca y de una gracia si se quiere un tanto grotesca, pero eficaz en todo momento.

De los tres cuadros de esta obrita, nos parece mejor construído el segundo, donde aparte de esto, los diálogos son más cuidados y las situaciones de fuerza cómica abundan, provocando el regocijo del público, que la noche del estreno aplaudió "El rincón de la alegría", y particularmente al director del cuadro, quien realizó una de sus más felices interpretaciones, compartiendo con los autores el éxito de la pieza.

DEL ULTIMO EXITO DE CASAUX

"Judío", el folletín escénico de Pelay, viene resultando hasta ahora la pieza de mayor éxito de Casaux en la temporada. Nadie esperaba que perdurara en el cartel, pues se trata de una obra ligeramente cómica y su argumento, si bien que interesante, no es de esos que entusiasman a nuestro público.

Pero el teatro,—volvemos a repetirlo—es el reino de las sorpresas y el destino de las obras es como el de las personas al nacer: desconocido.

"Judío", con la brillante interpretación de Casaux, que hace del personaje protagónico una creacin, viene postergando el estreno de "La mujer de Chapelgorría", lista para darse.

LOS CRIOLLOS Y VACAREZZA

El popular sainetero don Alberto Vacarezza, que tanto criollo ha hecho desfilar por las salas nacionales, parece dispuesto a ultimar el criollismo. Al menos, eso se infiere del título de su nuevo sainete "Se acabaron los criollos", primera novedad que nos hará conocer en el teatro Nacional.

MOVIMIENTO EN EL SMART

Por esta vez nos vamos a permitir la comodidad de no cumplir la promesa que hicimos en el número anterior, respecto al prometido comentario de la pieza "Cuadros cortos", estrenada en esta sala. Si comentario es decir que tuvo la vida y la apariencia de esos cohetes que fallan al encenderlos y que echando un poco de humo suben a dos metros de altura y caen irremisiblemente en la impotencia, queda comentado el estreno a que aludimos.

Por las dudas que el hado cruel pueda depararnos otra desagradable sorpresa, nos limitamos a anunciar que el viernes último debió de estrenarse en este teatro la pieza "Aventuras de Pancho Talero", de Arturo Lanteri, pero conste que no nos comprometemos a comentar ampliamente este estreno en el número próximo.

LAS POPULARES DEL SAN MARTIN

Los espectáculos del San Martín, que siguen siendo a precios populares, atraen mucho público, porque en realidad se trata de verdaderas pichinchas dada la calidad de las revistas y la forma de su presentación, que pueden competir ventajosamente con las de otros teatros del género, que como el Porteño y la Opera, valiendo notablemente menos cobran doble precio por la entrada. Se anuncia que para fin de mes será renovado el cartel con el estreno de una nueva revista titulada: "Si te perdés chiflame".

UN ESTRENO

La compañía Juárez - San Juan, ha debido de estrenar en los últimos días de la semana anterior un juguete cómico en tres actos, de Paso y González del Toro, titulado "Soltero y solo en la vida". Esta pieza es una de las que en exclusividad representa el conjunto del Mayo.

En el próximo número nos ocuparemos extensamente del estreno.

BENAVENTE EN EL ATENEO

El padre de la dramaturgia española cedió en exclusiva a la compañía de Camila Quiroga, una de sus últimas comedias, "Los nuevos yernos", que encaja dentro de la última manera del ilustre autor de "Los intereses creados", esto es, envuelve una sátira fina, sin mordacidad y con moraleja.

"Los nuevos yernos" ha sido estrenada en estos últimos días por la Quiroga, y a la producción benaventina nos proponemos referirnos en nuestra próxima edición.

¡PILU - PILU FOR EVER!

La segunda pieza que nos dió a conocer en su temporada actual la compañía del Argentino, resulta tan eficaz del punto de vista cómico, como la primera. Bien es verdad que traducida por Parravicini e interpretada por él, no necesitaba ser un "capo lavoro" para que resultase, ya que nadie ignora cómo influye el artista de excepción que es Parravicini, en cualquiera obra que cae en sus manos. Poseyendo como posee infinitos recursos, el eximio comediante hace triunfar toda pieza, por pobre que sea el ingenio del autor. Es así cómo más de uno de nuestros escritores teatrales, le deben largos éxitos de cartel y no escaso provecho.

"Desventuras y aventuras del indio Pilá - Pilú"—nos parece que quedaría mejor "Aventuras y desventuras, etc."—arranca estruendosas carcajadas, sobre todo en el segundo acto, donde Parra está insuperablemente gracioso con su curiosa vestimenta indígena y sus ocurrencias verbales, dichas en esa forma tan natural que es quizá el secreto de la simpatía personal y artística que a todos inspira.

OTRA HOGUERA EN EL LICEO

La temporada de Blanca se inició con "La danza de fuego", que mantuvo en estado de ignició muchas noches el cartel del Liceo. Tanto fuego parecía suficiente para purificar la "season"; pero está visto que no ha bastado. La prueba está en el último estreno, la famosa obra de Bernard Shaw, "Santa Juana", célebre doncella de Orleans que murió quemada.

En otro número aludiremos a este nuevo caso de incendio... escénico.

EL FIAMBRE DE LA COMEDIA

Conste ante todo, para los malpensados, que se trata de un fiambre fresco que para su mesa quisieran muchos, como que se trata de un "Salpicón de piernas" femeninas, de todos los tamaños de diámetro y altura y no decimos nada en cuanto a la superficie porque la vista suele engañarse en sus miradas por encima de las candilejas. No obstante, puede asegurarse que al público le gusta el plato, porque acude noche a noche en gran número y aplaude de muy buena gana, saliendo después con la satisfacción del que ha comido en un restaurant de lujo.

EN BREVE EN EL NACIONAL, SE OIRA EL CANTO DE UN ZORZAL

En la catedral del género chico criollo donde oficia Carca, se activan los ensayos de "Donde cantan los zorzales", nueva producción del popularísimo autor Alberto Vacarezza. Se dice en los corrillos faranduleros, que el rey del sainete criollo se va a apuntar un poroto como un melón con su último trabajo, causa por la que el conjunto del Nacional lo viene ensayando con meticulosidad, de manera que en la "premiére" salga el canto vacarezziano "bordado".

"MATEO"

La afortunada producción de Discépolo, que lleva el título del epígrafe, ha sido reprisada en el Apolo, renovando los aplausos que cosech en su estreno.

EL TRIBUTO A LA MODA

Como no podía menos de suceder, el universal pasodoble del maestro Padilla que nos repercute a toda hora en los oídos, servirá de título a la nueva revista que será estrenada próximamente en la Coemdia.

Nota para los sordos:— Se trata del pasodoble titulado "Padilla".

CON MUCHO GUSTO

Los autores del Florida, Bourel y Bellini, estrenarán pronto en esa sala una nueva revista titulada: "Bésame en la boca". Al consignar el título de este epígrafe dimos como tal lo que en realidad es una respuesta al verdadero. Se trata, sin duda, de una vaga reminiscencia sentimental.

LINDA THELMA EN ESPAÑA

Los diarios de Madrid notician el debut de Linda Thelma en una sala de la coronada villa, como número complementario del espectáculo que ofrece la compañía Loreto Prado. Agregan las informaciones periodísticas, que la popular cancionista criolla fué largamente aplaudida por el público de Madrid, que ha reconocido la gracia de su arte ligero e intencionado.

CASINO

Una agradable y curiosa atracción de este teatro es Willy Pantzer y sus liliputienses, número que debutó últimamente y que el público celebra sin reservas. Completan el programa otros artistas de variedades que son aplaudidos.

GRAN SPLENDID

A las grandiosas cintas ofrecidas en la temporada por esta regia sala, una de las preferidas por la aristocracia porteña, hay que agregar "Porque soy cobarde", estrenada anoche, y en la que actúan Ben Lyon, Mary Astor y diez estrellas más, notable película que une a su arguumento novedoso y muy interesante, una lujosa "mise en scene". Fué muy gustada y ha de repetirse, sin duda, muchas veces.

Recordamos que los viernes las veladas son de moda, con selecto programa y escogidas audiciones por las orquestas que amenizan el espectáculo.

"ROMOLA", EN EL CAPITOL

La bella película estrenada en exclusiva en la sala del Capitol, ha resultado un éxito grandioso, al punto que a pesar de hacer más de dos semanas que se exhibe, atrae todos los días gran número de espectadores, ninguno de los cuales deja de admirar el notable trabajo de Lillian y Dorothy Gish, notables actrices de cine.



FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Los Mogotes, en Capilla del Monte (Córdoba). (Fot. Trelles).



Las primeras crías.

La antigua marca de Bágley que recuerda los viejos tiempos

— y siempre tan preferida.....

Nos referimos a las conocidas galletitas MITRE, el exquisito bocado que deleitó con su riquísimo gusto el paladar de nuestros abuelos y que hoy, después de tantos años, sigue siendo el preferido de las familias.

Cuide, señora, que no falten en su despensa. Las Galletitas MITRE son apetitosas en toda ocasión. Usted puede servirlas con el desayuno, con leche sola, con licores, con el te de la tarde a sus visitas. En cada oportunidad destacan el buen gusto de la dueña de casa.

La ventaja del cierre hermético de los envases Bágley

Para que un envase de galletitas sea perfecto, es preciso que durante un tiempo prudencial conserve su contenido en buen estado, es decir, que al abrir la lata se encuentren las galletitas quebradizas y frescas.

En climas tan variables como el de la Argentina, el producto que no está bien resguardado absorbe la humedad ambiente, pierde sus buenas condiciones y hasta se deteriora.

Por esta razón, desde hace tiempo la Casa Bágley presenta sus galletitas en envases cerrados herméticamente. En efecto, bajo la primera tapa visible hay otra tapa, la cual ha sido remachada tan perfectamente que constituye un cierre hermético.

En esta forma las Galletitas de Bágley están en cualquier tiempo frescas, quebradizas y deliciosas como cuando salen del horno.

Prefiera estas Galletitas a las que se venden sueltas, expuestas al manoseo y a la humedad del clima.

GALLETITAS
MITRE
BAGLEY

Las encontrará en el almacén o despensa más próximos a su domicilio.



Tall. Gráf. A. García y Cía.—Patagones 2490
INDUSTRIA ARGENTINA